

ALEX TOLEDO

SE CURAN ROTOS,
DESCOSIDOS Y
DESHILACHADOS



ALEX TOLEDO

SE CURAN ROTOS,
DESCOSIDOS Y
DESHILACHADOS



BLACK *Birds*

SE CURAN ROTOS,
DESCOSIDOS Y
DESHILACHADOS

ALEX TOLEDO

BLACK*Birds*

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Aquí se curan los que aman, los que
han amado y los que apenas van a amar.

CON AMOR PARA TODOS AQUELLOS QUE
ALGUNA VEZ HAN VALIDO EN EL AMOR Y,
AUN ASÍ, SIGUEN CREYENDO.

ADVERTENCIA: el siguiente libro puede contener verdades incómodas. De esas que son imprudentes pero muy necesarias porque nos dicen lo que necesitamos oír y no lo que queremos que nos hable suavemente al oído. Tal vez vas a reír, llorar e incluso te darán ganas de aventar estas hojas por la ventana, pero algo es seguro: después de leerlo, no serás la misma persona. Así que si también estás roto, descosido, deshilachado o sabes lo que es estarlo, has hecho bien porque este libro es para ti.

INTRODUCCIÓN

Quiero empezar afirmando con certeza que, afortunadamente, las cosas cambian, la vida cambia y las personas también. Uno se va transformando conforme pasa el tiempo y vive experiencias, y de repente, al mirar atrás, te ves en un lugar diferente de donde comenzaste y te percatas de que efectivamente todo es distinto, para bien o para mal, y sin duda nada tiene que ver con el punto de partida.

Cuando te enfrentas a pruebas difíciles, a momentos críticos de la existencia, de esos que te dan un vuelco de ocho mil grados, en los que no puedes ni imaginarte lo que te espera y te aterra la idea de estar solo en el mundo, como romper con un ser profundamente amado, como recibir un balde de agua fría porque la gente no siempre es como se pinta a sí misma, o como tomar la decisión de salir del clóset —o dejar Narnia, como suelo decir—, el miedo con frecuencia es tu primer compañero, y aunque no es el mejor, sí ayuda un poco a sobrevivir ante tanta hostilidad que pueda encontrarse allá afuera, o incluso en tu interior, si eres de los que se juzgan con dureza.

Pero, al cabo de la tormenta, te das cuenta de que has avanzado en el camino, un camino que, sin lugar a dudas, te va llevando a conocer a mucha gente con la que compartes cosas y momentos. Gente con la que a veces te quedas por un rato, una estación o una temporada entera.

Cuando aprendí eso, decidí que era hora de exponer al mundo mi propia visión de las cosas. Al principio escribí sobre mi sexualidad, no sólo para otros, sino para entenderme yo. Cuando logré comprenderme y después de la primera vez que me rompieron el corazón, mi enfoque cambió por completo y me obsesioné con escribir sobre los diversos matices que hay en las relaciones humanas, sobre todo en aquellas donde el amor, la pasión y las emociones están presentes. Y en este caso, ¿quién mejor para hablar de amor, desamor y corazones rotos que alguien que ha valido ver\$%@ en el amor

más de una vez? Exacto, nadie.

Fue así como, después de un tiempo de publicar mis textos semana a semana en mi propio blog (que pueden visitar: alextoledo.com) y luego de muchas experiencias a cuestas, me armé de valor y me dispuse a darles un giro a mis artículos y llevarlos a otro nivel para que llegaran a más personas, más lectores..., más #Soperos, que es como yo suelo llamar a muchos de ustedes que me leen desde hace años, debido al nombre que lleva una de las secciones de mi blog: #LaSopaDeAlex. Seguramente muchos saben de lo que les hablo.

Así nació este libro, que, motivado por las sugerencias de muchos de ustedes, amigos cercanos y colegas, puede hoy finalmente ver la luz del día y aportar un poco de calor y refugio a todos aquellos corazones que, por distintos motivos, han decidido que es mejor ser un témpano de hielo por temor a pasar de nuevo por lo que una y mil veces han sufrido.

Pienso que, tal vez, muchas de las palabras aquí escritas son en parte las que, en su momento, a mí me habría gustado leer o escuchar, para saber que, por fortuna, los corazones rotos sanan y que esto del amor no debería ser tan azotado ni mucho menos un melodrama al estilo de las peores series de la tele.

Pero ¿por qué un libro como éste?

Simple: porque, como ya lo dije, todos hemos sufrido por un corazón roto. No hay nadie sobre la faz de la Tierra que no conozca lo que es. Aquí y en China, valer tres kilos de reata en el amor se siente igual y duele un chingo. Pero con el tiempo uno va creciendo y aprende a manejar esas experiencias y el dolor que causan (o eso creemos), al menos lo suficiente como para no terminar (tan) ahogados en nuestra propia miseria amorosa y tener la claridad necesaria para por fin entender una dura realidad: lo que apesta no es el amor, somos nosotros, nuestras pendejadas y las de otros. Desaciertos sustentados en creencias erróneas que el mundo nos ha vendido y nosotros mismos —sí,

porque nosotros también tenemos un poco (mucho) de responsabilidad— hemos aceptado como verdades respecto al amor propio y con otros, cuando las cosas son en realidad mucho muy diferentes de como nos enseñaron Disney o las telenovelas.

Así que, una vez advertidos, les doy una cálida bienvenida a estas páginas que no son más que el resultado de muchos artículos reunidos que, a lo largo de algunos años, han sido escritos con cariño y con todas las herramientas necesarias para reconstruir hasta el corazón más jodido y responder a la pregunta que Cher tanto repetía en su canción: “Do You Believe in Life after Love?” Y sí, efectivamente descubres —tal como lo hice yo— que, a pesar de las batallas perdidas en el terreno amoroso, sí hay vida después del amor e incluso hay mucho más y mejor amor. Cuando entiendes eso, ya no hay parches ni rasgaduras que enmendar; ya no hay rotos ni descosidos, sólo completos dispuestos a encontrar a otros completos.

Que lo disfruten tanto como yo,

Alejillotol

I

Por si quedó
algo que decir,
escúpelo!

Vamos, tanto tú como yo sabemos que no estás del todo bien — al menos no todavía— y quieres desahogarte. Sabes que en el fondo te quedaste con muchas dudas sin resolver y con aún más cosas sin decir. Asuntos que tal vez jamás has podido sacar ni gritarle a quien se fue de repente o a quien osó dejar tu corazón como establo de granja: hecho un chiquero. Pero descuida, ven, ya, ya pasó, no chilles. Con lo que estás a punto de leer, si no se cura por completo tu corazón, por lo menos sí mandarás directo a la mierda eso que ya es hora de superar. Ponte cómodo(a), la casa invita.

Cuando te fuiste y me sobró amor para darte

Nos han contado mucho sobre cómo entregar el amor, cómo cuidarlo y cómo hacerlo crecer, pero también sería útil un manual que nos dijera qué hacer con los sentimientos que se quedan cuando alguien ya no los quiere.

Y entonces ocurre lo peor que le puede pasar a un corazón en estos tiempos. De repente te dicen que se acabó, que ya no hay más y que es mejor dejar las cosas así. Al inicio aparece la confusión y quieres explicaciones. El tiempo te ha enseñado que no puedes obligar a nadie a estar contigo y por eso sabes aceptar la realidad y soltar. Pero también has aprendido que todos merecen un porqué y en este caso tú quieres conocerlo. Después de un ir y venir de explicaciones —salpicadas de dramas y llantos— con las que no estás muy de acuerdo, finalmente ambos se dicen adiós. Sin embargo, pronto te das cuenta de que el verdadero problema no es aceptar que se acabó, sino saber qué hacer con todo ese amor que te queda y que no alcanzaste a dar.

Por eso buscas un parche. Pero no para sustituir a quien se fue, sino para deshacerte de lo que te sobró; en otras palabras, buscas un bote de basura, un consuelo pasajero para darles salida a esos sentimientos que se quedaron en el cajón. Sólo después tomas conciencia de que tal vez no fue la mejor solución porque esos sentimientos y ese amor eran únicamente para alguien que se fue y para nadie más, ya no los puedes reciclar porque están marcados y siempre lo estarán. Sabes que los besos y abrazos que faltó dar aún tienen su nombre y apellidos.

Sabes que volverás a amar a más personas, de otra forma, que les darás otro amor, otros besos y otras caricias, pero nunca del mismo modo que en el pasado, con esa persona. Y eso no es tan malo, ¿sabes? Te permite seguir explorando lo mucho que puedes llegar a amar. Además, el amor es un recurso renovable en el ser humano; únicamente debe encontrar un motivo. Sólo piensa que más adelante seguro volverás a encontrar otro motor para impulsar el amor en ti.

Es en esta etapa cuando ante ti aparecen dos opciones: resignarte y esperar que el tiempo haga su trabajo para que ese amor desaparezca, o

quedarte estancado en lo que ya no pudiste seguir dando porque esa persona se marchó y hacer de ello un gran muro impenetrable que te impedirá relacionarte en el futuro con alguien que tal vez no te hará sentir el mismo amor, sino uno mucho mejor, más intenso y duradero. Alguien que no te dejará a la mitad del camino con tus sentimientos enredados en la mano y que, al contrario, siempre querrá más de ti. Alguien que te enseñará que el amor nunca se acaba y que en la vida nunca se ama igual, porque cada amor y cada historia son diferentes de la anterior.

Un día vas a entender por qué
no funcionó con nadie más.

Con frecuencia nos atoramos en la absurda idea de que no volveremos a sentir jamás un amor de la misma forma y, posiblemente, en eso tengamos razón. A lo largo de la vida, cada persona nos enseña cosas nuevas y nos hace vivir experiencias diferentes; gracias a ello, con cada momento del camino uno se vuelve más sabio, maduro y experimentado. Por eso, nunca se quiere igual dos veces. El amor nunca se acaba, siempre vendrá alguien más con suficientes motivos para hacernos volver a sentirlo y tener razones para entregarlo de nuevo. Dejamos de ser poco a poco carbón para convertirnos en ese diamante que espera salir a luz y encontrar a su igual.

Así que, si eres de los que tienen el corazón resquebrajado y colgando de las manos, no te preocupes. Acepta la idea de que no puedes hacer nada con ese amor de sobra porque ya no tiene “dueño” y el único que tenía se fue. Acepta que el tiempo es la mejor medicina para hacer que esos sentimientos se diluyan hasta que dejen de doler. Pero también ten en mente que cada experiencia y cada persona no son más que un entrenamiento que pone a prueba y refina tu capacidad de amar, porque va a llegar un día en el que alguien quiera quedarse con tu amor para siempre, alguien que también traerá un pasado lleno de amores fallidos, igual que tú. Entonces, también querrás quedarte con su amor para siempre. Ese día vas a entender que todo lo que

viviste era necesario porque tenía una razón de ser y esa razón era hacerte encontrar a la persona indicada.

Carta para el que te dejó ir

Hay quienes dejan pasar al “chico bueno” porque tal vez les da miedo que alguien así de lindo los quiera como ellos no saben quererse.

Lo más triste de un chico bueno es que jamás va a retener a nadie a la fuerza. Más bien, el chico bueno da lo mejor de sí para que sea el otro quien vea aquellas cualidades y decida quedarse por cuenta propia. Porque, en el fondo, es lo que realmente desea que el otro haga, aunque nunca lo va a exigir. Por eso, y de parte de todos aquellos chicos buenos que hay por ahí afuera (incluido tú, que estás leyendo), esta carta es para aquel que abandonó y despreció lo mejor que le pudo pasar en la vida.

A ti que lo dejaste ir:

Sabías perfectamente en qué te estabas metiendo. Él te dijo y te demostró que era bueno, que era el indicado para ti. Confió rápidamente y te dio todo lo que pudo. Ese “chico bueno” que dejaste ir pensó que estaba haciendo bien las cosas, ¡y de verdad lo hacía! Él estuvo ahí cuando lo necesitaste e hizo de todo para asegurarse de que supieras cuánto puedes importarle a alguien más.

Vivimos en una generación en la que todos tenemos que usar máscaras y jugar roles para sobrevivir en el campo de batalla que es la vida romántica del siglo XXI. Ya no existe la idea de dar todo sin reservas a quien te quiere. Participamos en estos juegos en los que estar disponible sólo puede pasar a veces, en los que hacerse el difícil es la prioridad. ¿Por qué?

Pensaba que la meta final era eventualmente sentar cabeza. Quiero decir, ¿cuál es el punto de tener citas si no quieres que te lleven a ningún lado? Si una relación de una noche es lo que buscas, deja a los chicos buenos en paz y juega en las ligas menores o en cualquier sitio que esté a ese nivel. Mejor ahórrate tiempo y energía, porque el chico bueno no te dará motivos para que lo abandones tan fácil. Al chico bueno le importas, así que si te vas, ten por seguro que exigirá una explicación aunque sepa que será un montón de mentiras.

He oído a muchos como tú decir que los famosos “chicos malos” también los prefieren porque ustedes representan un desafío que tienen que superar, entrenar y forzar hasta convertirlos en algo más que un idiota. Sin embargo, ¿alguna vez has pensado que quizá tú eres el que necesita aprender lo que realmente significa sentir de nuevo? Si lo piensas bien, esos chicos malos que tanto te gustan no son más que un montón de imbéciles que al final te dejan igual de vacío que al inicio.

Todos hemos pasado por cosas que nos hacen cambiar; tú lo has vivido y yo también. Es normal y parte del viaje experimentar lo que se siente tener un corazón roto, pero al final el dolor pasa. El problema está en que un chico malo no va a arreglar el daño que te hizo quien estuvo antes

de él, que también fue un idiota porque te dejó deshecho. Su prioridad no eras tú y no podías serlo.

Creo que por eso ahora eres un amargado y te cierras a cualquier cosa que sea, por mucho, más satisfactoria que un acostón de una noche con alguien que ni siquiera te gusta tanto y que quizá ni te lo hará tan bien. ¿Ves? Así fue como te convertiste en uno de ellos; uno de esos malos que ahora va por ahí arruinando historias e inventando puro cuento, haciendo básicamente lo que alguien más hizo contigo cuando eras el bueno.

Pero, claro, no me negarás que ser imbécil es divertido y que pasar un rato así con otro igual tiene sus ventajas a pesar de que nada es seguro. Sin embargo, cuando todo está dicho y hecho entre tú y ese otro parecido a ti, ¿te sientes más lleno y plenamente satisfecho? ¿Fue algo significativo en vez de ser un momento fugaz como tantos? Seguro no. De hecho, lo gracioso del “chico malo” es el entusiasmo con el que varios justifican su obsesión por él. Todos dicen que “tiene algo”; sin embargo, ese “chico malo” es probablemente del mismo calibre que el que terminó hiriéndote a ti en el pasado y en el que, claro, acabaste por convertirte.

Él te dio motivos para que te quedaras,
muchos más de los que merecías. Pero,
como dicen, hay quien prefiere el carbón en
vez de diamantes por estar acostumbrado a
lo simple.

Trataste de alejar al chico bueno y como no se fue, lo empujaste más fuerte. Pero él no se rindió; cada vez que lo rechazabas, él tiraba aún más para quedarse y darte motivos para que te quedaras también. Ignoró tus miedos y te forzó a crecer. Peleó por tus pasiones cuando tú estabas muy ocupado dejándolas de lado. Olvidó lo que querías y se concentró en lo que necesitabas. Y luego te fuiste porque él era muy bueno. ¡BAH!

El chico bueno te dio mucho de todo lo que querías. Te dio hasta las cosas que no tenía y aprendió a amar todas tus carencias, aunque probaran su paciencia; hizo que la vida se pusiera muy fácil para ti. Pero tú, que estás acostumbrado al conflicto y las dificultades como si todo en la vida fuera un viaje eterno sobre eso, no pudiste con tanta bondad y decidiste claudicar. Decidiste tomar la salida fácil para huir y, finalmente, fallar. Así de simple.

A raíz de eso, el chico bueno salió herido, pero él eligió seguir siendo como era en vez de convertirse en uno de esos imbéciles que tanto te gustan. Aprendió que gente diferente iba a darle cosas diferentes en la vida. El chico bueno eligió no dejar que tu acto cobarde y desagradecido cambiara su forma de ser. Entonces, con madurez te dejó ir. Todos siempre dicen que hay muchos peces en el mar y él lo sabía, por eso dejó que te marcharas sin decir adiós, aunque doliera.

Pero te tengo una noticia. No todo está perdido para el chico bueno, porque lo que no sabes es que alguien más está ahí afuera, esperando por él, y esa persona no va a ser tan tonta como tú.

Cuando descubras que te conviene y que quieres al chico bueno, al que le importabas demasiado, va a ser muy tarde. Alguien más será capaz de ver lo grandioso que es y no va a perder ni un minuto.

¿Ahora te das cuenta? Perdiste a tu Batman cuando tú para él eras su Robin, te lo juro. Los chicos buenos están ahí para darte un descanso, una entrada a algo más que los juegos pasajeros y fugaces con los que identificamos a nuestra generación. Y tal vez puede ser que ese chico bueno te haya amado muy pronto y todo haya sido muy loco o demasiado, porque tú estabas acostumbrado a recibir migajas de afecto cuando él llegó con todo un banquete de cariño sólo para ti. Por eso los chicos como él no pasan todos los días ni muchas veces en la vida. Él te dio el cofre al final del arcoíris y te hizo sentir amor cuando ni siquiera la palabra *amor* era parte de tu vocabulario. En ese momento, él te hizo decir “te amo” de nuevo y recordar cómo se siente pronunciarlo.

Él era el tipo con el que se supone que llegarías a la meta, quien hace que todo cambie y que los días sean mucho más que un simple día, pero lo echaste a perder. Ahora, mi único deseo es que lo vuelvas a ver antes de que algún otro chico lo haga, para que no te lamente de lo que pudo ser la mejor experiencia de tu vida.

Sinceramente,

un chico que llegó tarde y dejó pasar a su
chico bueno

Sin embargo,
te extraño

Le abriste los ojos a mi mundo y mi mundo se enamoró de ti.

Ya no eres un extraño. Te conozco y me conoces. Ambos nos sabemos con nombre y apellidos. En poco tiempo conociste mis profundidades y abismos; conociste mucho más que cualquier otro que antes se haya cruzado conmigo en la vida. Conociste mis miedos, mis sueños, mis días buenos y malos. Y me alegra que eso que nadie más conoce de mí, lo conozcas únicamente tú.

Pero, siendo honesto, no escribí esto para llenarte de halagos o repetirte todo aquello que, sabes de sobra, me sigue encantando de ti. En realidad, escribo para decirte con el alma desnuda, el corazón en la mano y despojado de mi ego y orgullo, que te extraño. Y ésa es la verdad: te extraño.

He pasado mis días tratando de luchar contra este sentimiento. Lo he ignorado y he procurado enterrarlo, pero cada vez resurge con más fuerza. Y probablemente lo que en realidad necesito es permitirme sentir que te extraño en lo más profundo de mi ser, desde esas fibras sensibles que sólo tú alcanzaste a tocar. Así que, en este justo momento, mientras lees cada renglón, puedes estar seguro de que en donde me encuentro ahora, te extraño casi al punto de no aguantar las ganas y salir corriendo por ti.

Dicen que hay historias que terminan con punto final y otras que acaban en suspensivos. Bueno, yo creo que nosotros nos quedamos en el segundo. ¿Por qué lo creo? Porque todavía no sé qué hacer con este amor que me sobró y no puedo darte. Es decir, ¿cómo hago para que desaparezca si es tuyo? Te sigue perteneciendo porque tú lo provocaste y me salió sin esfuerzo. Por eso te extraño, y extraño mucho más tu cuerpo o que me quites el frío de los pies al irnos a dormir.

Extraño cosas tan simples como ver tu nombre al inicio de mi lista de conversaciones en el chat y que aparecieras de repente en la pantalla de mi teléfono cuando recibía una llamada tuya. Pero creo que lo que más echo de menos es esa sensación que me provocabas: que había encontrado, por fin, mi

lugar en el mundo. Extraño sentir que eras mi apuesta a largo plazo: esa que resultaría, que sería a prueba de fallas y que — quiero creer— aún puede serlo. Como dice una canción, extraño que mis labios sean de toda tu incumbencia. Extraño tu mirada de reojo si cometía alguna imprudencia y esa sonrisa discreta que se dibujaba sutil en tu rostro cuando hacía o decía algo lindo que te llegaba al corazón. En pocas palabras, te extraño por completo. Sin embargo, y soy consciente de ello, puede ser que también me haga falta la persona que era cuando estaba contigo. Que extrañe todo lo que se quedó en el tintero y que, con un golpe de suerte, tal vez se pueda rescatar. Todas esas palabras que quedaron por decir, esas caricias y besos que permanecen a la espera de ser obsequios. Extraño esos planes que ahora no son más que ideas vagas flotando en la inmensidad. Ahora no me queda más que decir que le abriste los ojos a mi mundo y mi mundo se enamoró de ti; así que si de repente me ves en tus pensamientos, abrázame fuerte porque te extraño. Hazlo por favor, que yo te abrazaré en mi mente cada vez que te cruces por ahí; lo haré pensando que un día de éstos, no sé cómo ni con qué pretexto, podremos abrazarnos de nuevo en la realidad, aunque la voz sabia en mi cabeza me diga que eso no va a ocurrir.

El “malo” del cuento

Todos hemos sido ese trago amargo para alguien que, seguramente, sí nos quería de verdad.

Bienvenido al otro lado de la moneda, ese que nunca habías visitado. Pero, bueno, siempre hay una primera vez para todo, incluso para vivir una historia en la que te tocó un papel diferente: el papel de quien rompe el corazón de otro. De verdad lamento que estés en esta situación porque sé que sabes cómo debe sentirse el otro en este momento. Tú mismo has estado en su lugar varias veces gracias a algunas personas que no supieron cuidar lo que les diste. Pero las cosas cambian y tal vez ya era hora de que experimentaras lo que se siente estar parado justo aquí. Algo que aprender o una experiencia que vivir, no lo sé.

Si de algo te sirve, nadie está exento de hallarse en un lado o en el otro. Unas veces somos el “bueno” y otras el “malo”. Yo mismo estuve parado en ese mismo sitio hace algún tiempo, por eso sé lo que estás pasando. Un día estás en el lugar de siempre, con el corazón enredado y las emociones arrugadas, jurándote que jamás te convertirás en ese monstruo que te lastimó y que evitarás dañar a otros. Incluso tienes miedo hacer daño porque sabes lo que duele. Sin embargo, y cuando menos te lo esperas, te ves haciendo eso que juraste no hacer y realmente crees que eres un monstruo. Entonces, miles de preguntas y reproches vienen a tu cabeza, como bombas que destruyen todo a su paso, y te preguntas ¿por qué si era todo lo bueno que querías y te dio todo eso maravilloso que nadie más te obsequió en el pasado, no lograste corresponderle y entregarte a manos llenas? Esa pregunta te devasta y termina por hacerte sentir que hiciste algo terrible con alguien que no lo merecía, porque, en efecto, sabes que esa persona era del tipo a quien no deberías lastimar, porque es buena. Era la persona de quien supuestamente debías enamorarte y a quien debías entregarte sin miedo, porque, a diferencia de los otros, te demostró que esta vez sí era seguro confiar.

Te cuidó y te procuró como nadie y, aun así, lo hiciste. Lo heriste sin que

fuera tu intención y sin poder encontrar “eso” que te motivara y despertara en ti las mismas ganas de estar que tenía el otro. Sé que lo intentaste, te esforzaste, pero no pudiste seguir engañándote ni engañándole. No era justo para ninguno. No obstante, me gustaría pedirte que no seas tan severo contigo mismo, porque no creo que seas culpable y mucho menos un monstruo. Sólo estás aprendiendo y aunque eso no justifica tu parte de responsabilidad en esto, al final era una experiencia que debías vivir para aprender algo.

Después de todo, los dos sabían en lo que se estaban metiendo. Tú sabías que, después de tu última relación, tal vez no estabas listo para algo así y la otra persona también sabía que estaba frente a alguien que no se veía del todo convencido y aun así quiso evitar cerrarse a las posibilidades e intentarlo. Pensaste que con el tiempo aprenderías a quererle y te diste cuenta de que no fue así.

Llega un punto en que, después de algunas experiencias, la idea de romperle el corazón a alguien te aterriza porque sabes exactamente cómo se siente.

Con todo eso en contra, decidieron continuar y ambos se fueron enredando. Sabes que pudiste pararlo a tiempo y no quisiste. Ése tal vez fue tu error, porque no sabías cómo y también porque no querías lastimarlo, conociendo todo lo que hacía por ti. Entraste en una zona cómoda, más que de amor genuino, y lo primero fue más fuerte. Pero las cosas pasan y las heridas sanan. Hoy estás aquí, sintiendo que lo hiciste mal con alguien que tal vez sí era para ti, pero tú no para él. Piensa que, aunque te tardaste, fue lo mejor y lo más justo para ambos. Tú mereces a una persona que te motive y te despierte esa llama para dar a manos llenas, y ella merece a alguien que le corresponda en la misma medida. Alguien que se quede a su lado por amor y no comodidad.

Hacer lo que hiciste fue valiente porque tuviste las agallas para no seguir lastimando a alguien que no lo merece y no seguir engañándote a ti mismo

con algo que, sabías, no iba a llegar lejos. Ahora puede que te sientas menos monstruo y menos culpable pues, aunque hoy te tocó ser el “malo” del cuento, aprendiste valiosas lecciones de una historia que, si lo piensas bien, no fue del todo mala ni terrible, porque te permitió darte cuenta de lo que ya no tienes que hacer.

Ya aprendiste que decir “sí” cuando en realidad quieres decir “no” jamás lleva a nada bueno y, sobre todo, que en el mundo aún hay personas buenas, personas que pueden quererte como no imaginaste. Ya puedes perdonarte. Espera lo mejor y sigue avanzando, porque estoy seguro de que un día, la vida te pondrá frente a alguien que, al igual que quien estás dejando atrás, también te va a querer bonito. La diferencia es que será alguien a quien no te obligarás a querer porque lo querrás de forma natural, sin forzarte. Alguien que probablemente también sepa lo que es ser el “malo” y haya roto sin querer algún corazón en su pasado, pero que tenga “eso” necesario para que tú, y sólo tú, encuentres los motivos suficientes y las ganas de derretirte en sus brazos. A fin de cuentas, no eres malo ni un monstruo; nadie lo es. Eres como todos: un ser con tremendas ganas de amar y ser amado. Un ser que, definitivamente, vale la pena conocer y querer.

Saludos a tu nuevo amor

Supé que en sus brazos encontraste el calor que dejé de darte. Peor aún, supé que es todo lo que buscabas y que yo no supé ser.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero ahora que te veo, no quiero que me des explicaciones porque no las busco y no las necesito. Ambos hemos tomado nuestro camino por separado y así ha estado bien porque logramos sobrevivir.

De cualquier forma, la noticia corrió hasta mis oídos como pólvora y me alegra saber que al menos estás en buenas manos; manos que tal vez sí saben dar lo que yo no te di. Dicen que desde su llegada sonríes más y sufres menos. Que todas las canciones que escuchas hablan de amor y que si lloras, lo haces sólo cuando no para de hacerte reír. Definitivamente estás bien y lo veo. Qué bueno. Alguien debía estarlo en esta historia con punto final en la que no cupimos ni tú ni yo. Historia en la que, al parecer, el final feliz se quedó en el tintero. Y por favor no me malentiendas. Si estoy aquí diciéndote todo esto no es para ganarme tu lástima o hacerte sentir compasión para que regreses, porque ya comprendí que no es una regla el que todo cuento de amor termine en “vivieron felices para siempre”. Dolió y aún duele, pero lo entendí.

En realidad estoy aquí para felicitarte. Para decirte que en verdad me alegra que por fin hayas encontrado a alguien que es todo lo que quizá yo olvidé ser en algún punto del camino. Me doy cuenta de que la vida no se equivoca cuando quita personas de nuestro viaje y a mí me quitó del tuyo para darte algo mejor.

Si yo fuera otro, me enojaría saber que no fui lo suficientemente capaz de ser ese alguien mejor que tú merecías. Por fortuna he aprendido y, aunque no lo creas, de alguna forma logré pulir mis partes silvestres para tratar de ser más humano. Sin embargo, contigo vi que aún me falta mucho por afinar. Me satisface haberte conocido porque así lo sé, aunque ahora tú estés allá, aunque cada uno esté en los extremos de esa misma distancia y lejanía que

había antes de encontrarnos. No obstante, te reitero mi sincera felicidad por la dicha y suerte que tuviste de que alguien así te encontrara..., o al revés. Hazle saber que estoy contento por ese encuentro. No le digas quién soy. Mantén mi anonimato, guárdame en tu memoria como un secreto sin importancia del que pronto te desharás.

Sé que tal vez esto no me corresponda —y hasta puede ser inútil, sabiendo la maravillosa persona que seguramente debe ser—, pero dile que te cuide. Dile todo eso que a mí no me contaste y hazle saber lo que viviste en el pasado y que ya no quieres repetir.

Después del gran error de tu vida, siempre llega el gran acierto de tu vida. Me alegra haber sido ese error que te ayudó a encontrar en alguien más lo que yo no pude o no quise darte.

Dile que prefieres el té en lugar del café, los tulipanes a las rosas, y que te gustan los abrazos para dormir. Abrazos que te dejé de dar. Dile que, aunque te gusta Mozart, es Liszt quien te enamora. Dile que odias los pimientos, pero adoras los domingos donde pueden desayunar ambos en la cama. Dile también que no olvide las fechas importantes y que, por más saturado que esté el día, recuerde en la medida de lo posible enviarte ese mensaje a mitad de la tarde que te hace sonreír, sólo para que veas que está pendiente de ti.

Por favor dile que, en el momento en que vea que te olvidas de ti para pensar más en él, te sacuda y te recuerde que lo más importante sigues siendo tú. Que te recuerde que amar no es desaparecer ni eclipsar al otro, tal como lo has vivido. Dile que las peleas no deben ser su discurso de despedida antes de dormir y que te gusta saber lo mucho que te quiere en todo momento con sus hechos. No por ego, sino porque una vez tuviste a alguien que te decía que te quería, pero dejó de demostrarlo.

Dile que por favor no demore demasiado en contestar tus mensajes y que

no abuse de tu paciencia, como alguien en tu pasado lo hizo. Dile que, aunque disfrutas de tu espacio, no te gusta que ese espacio se alargue tanto entre ustedes, que los aleje. Déjale muy claro que eres de esas personas que crecieron con la idea de que si algo se rompe, puede repararse sin necesidad de tirarlo a la basura. Cuéntale que eres de ese tipo de gente que aún pregunta cosas tan simples como “¿ya comiste?” o “¿te fue bien?”.

Finalmente, dile... ¿Sabes qué? Mejor no le digas nada. No es necesario. Con seguridad sé que es de las personas que hacen las cosas sin necesidad de pedírselas, porque de otro modo ya no tiene caso, y lo sabemos muy bien. Por eso no le menciones nada de lo que hemos hablado. Apuesto lo que quieras a que conoce una de las reglas más importantes en esto del amor: nunca hagas que la persona que amas se sienta sola aun estando con ella.

Así que, después de todo esto, únicamente mándale saludos de parte de un conocido que envidia la suerte que tiene por tenerte y con quien ahora sólo tienes recuerdos en común; recuerdos que olvidarás con el tiempo para llenar esos espacios con otros mejores, más alegres y más vivos. Hazlo, lo mereces. Lo merecen.

Carta para el chico bueno que se fue

Es cierto, hay amores que no se presentan a diario y de hecho no ocurren siempre. Tal vez tú eras uno de éstos, pero también es cierto que hay un tiempo para todo y, desgraciadamente, amigo mío, no era nuestro tiempo.

A veces ocurre entre dos personas que los tiempos y las etapas de vida de cada uno son imposibles de juntar y se vuelven incompatibles. Por eso estas letras son para los que en algún momento jugaron a ser el villano en una historia que no resultó, pero que en ningún momento los hizo ser de verdad el malo del cuento.

Querido chico que se fue:

A estas alturas aún no sé si te dejé ir fácilmente o fuiste tú quien se marchó sin darme tiempo para reaccionar. De cualquier forma tomaste una decisión y no me queda más que respetarla; al ser la única opción que tenemos, debemos hacernos cargo de la parte de que nos toca por nuestros actos. Sé que no me había tomado el tiempo de escribirte, pero ahora que lo hago se me ocurren algunas cosas que, por tu partida, jamás me permitiste explicar. Y no es que necesite darte explicaciones o justificar mis actos, pero todos tenemos derecho de réplica y es por eso que me animo a dejarte algunos puntos muy claros.

Primero, me gustaría decirte que sabías perfectamente — al igual que yo— el terreno en el que te estabas metiendo. No había máscaras, telones o abismos y, desde luego, yo tampoco tenía intenciones de fingir ser alguien que no era con tal de conquistarte.

Y aunque no niego el interés que llegaste a despertar en mí y la curiosidad que sentí por ver si eras tú el correcto, sí rechazo ser el culpable de haberte echo creer algo que sólo pasó en tu mente, pero jamás en la mía, al menos no tan rápido. Fuiste tú quien, en su desesperación y anhelo por vivir el amor, se enamoró de mí y proyectó una imagen idealizada de lo que creías que era, todo con el fin de ajustarme a un deseo no correspondido muy dentro de ti, anhelo que esperabas llenar conmigo... y te falló.

Siempre he creído que en la vida a todos nos toca jugar alguna vez para un equipo u otro. Y en este caso la vida tuvo la puntada de juntarnos justo cuando ambos jugábamos para el equipo contrario, lo cual no significa que no hayamos estado en los zapatos del otro antes. Aunque no me lo creas, yo también he sido el “bueno” y seguramente tú también has sentido lo que es ser el “malo”, lo que es ser alguien como yo. La diferencia entre nosotros es que yo lo acepto. Acepto sin tapujos el lugar donde hoy estoy parado y reconozco lo que fui, mientras que tú —con tu empeño de querer ser siempre el chico bueno— sigues negando rotundamente que hayas sido alguna vez el malo, rayando casi en los cómodos terrenos de la victimización. Sin embargo, no te culpo porque

siempre es más sencillo decir que son otros los que nos hacen daño, en vez de aceptar que en algunas ocasiones no somos tan fieles al concepto y la percepción que tenemos de nosotros mismos.

Lo más triste de un chico bueno es que nunca va a aceptar que en algún momento de su vida también ha sido un chico malo.

Y en este punto me atrevo a decir que en cierta medida disfrutabas la clase de “reto” que yo representaba para ti en ese momento. Te gustaba, y no lo niegues, esa sensación placentera que te daba verme como una bestia que tenías que domar y doblegar, como si se tratase de una lucha de poder para demostrar que tus encantos eran suficientes para que un chico malo como yo cayera rendido a tus pies y se desviviera por llenar tus expectativas y corresponder tus emociones. Pero de nuevo fallaste. Ahora soy consciente de que quizá yo no era tan malo como piensas. Tal vez nunca lo fui. Me parece injusto llamar malvado a alguien solamente por no ser lo que esperamos, sobre todo cuando en ningún momento hizo algo que nos dejara una cicatriz profunda, de esas que nunca cierran porque llegan hasta el alma. Y lo que pasó estuvo muy lejos de eso.

Tú, en tu mundo de fantasía, donde el amor debe ser como en los cuentos de hadas y sin ninguna clase de conflicto que te saque de la zona de confort, creíste que yo debía corresponderte conforme a tus necesidades, pero éstas de ninguna forma se correspondieron con las mías. Entonces de inmediato me convertí en el villano del cuento. Supiste que no podía responder a tus exigencias sentimentales, no porque no quisiera hacerlo, sino porque me di cuenta de que no eras esa clase de chico bueno que me motivara a entregarte mi mejor versión. Y por favor no me malinterpretes, no quiero decir que no fuiste bueno, desde luego que lo fuiste. Veía todo lo que hacías por mí y, aunque no lograba entender qué había hecho para merecerlo, lo aceptaba, pero no podía corresponderte porque no sentía la misma motivación que yo provocaba en ti y que te impulsaba a darme lo mejor de ti. Ahora comprendo que quizá en las relaciones amorosas busco a alguien que me haga sentir lo mismo que te provoqué sin esfuerzo y, entonces, tal vez, dejaré de ser un chico malo para convertirme de nuevo, y después de mucho tiempo, en un chico bueno. Un chico bueno que te apuesto, quiere amar y ser amado tanto como tú.

Atentamente,

El chico malo que nunca dejó de ser
bueno

Carta para el monstruo que te lastimó

Es absolutamente necesario tropezar con algunas piedras y errores en el camino. Es la única manera que tiene la vida de recordarnos lo que no debemos ser.

Mucha gente dice que en la vida todo es experiencia y que, por lo mismo, siempre debemos agradecer todas y cada una de ellas. Es cierto. Pero también es cierto que no todas esas experiencias dejan un buen sabor de boca. De hecho, hay algunas que hubiera sido mejor evitar por los estragos que después dejarían a su paso. Experiencias que te abandonan igual o te dejan igual o más dañado que al inicio, pero que sin ellas, habría sido imposible crecer. Y tú, mi querido monstruo, eres una de esas experiencias: desafortunadas y que no tengo ganas de repetir.

Sin embargo, hoy no estoy aquí frente a ti para adularte y agradecerte por todo lo bueno que el mal trago me hizo aprender y mejorar. Tampoco me interesa quedar bien contigo y sonreírte de manera hipócrita para tratar de aparentar, porque tú no disimulaste cuando decidiste hacerme pedazos y quebrar lo que quedaba de mí. Pero, afortunadamente, aquí estoy y aquí sigo.

¿He llorado? Sí. ¿Ha dolido? Claro. ¿Y ha sanado? También. Me derrotaste, pero tenía que creer en algo: el destino, la vida o mi karma, y aquí me tienes, reconstruido, más grande y más fuerte. Creo que fue en el peor de mis momentos cuando me di cuenta de que lo peor no era estar en ese lugar, sino haberme cruzado en tu camino, y hoy puedo decírtelo sin miedo: fuiste el error y la pérdida de tiempo más grandes que pude tener.

Eres ese error que, a pesar de no causarme arrepentimiento, me da vergüenza aceptar. Serás ese mal recuerdo que escribiré en mi libreta de cosas por olvidar. Trataré de borrar ese episodio de mi memoria hasta que desaparezcas en la inmensidad. Y es que gracias a ti me di cuenta de que las personas en verdad pueden llegar a ser miserables y ruines cuando se lo proponen. En ti conocí esos infiernos que jamás pensé pisar y esos demonios cuyos nombres ni siquiera pude pronunciar.

Eres el tipo de persona que nunca podrá hacer feliz a nadie, porque ni

siquiera eres feliz contigo mismo. Eres el que llega, crea un caos y se va, dejándolo todo peor de como lo encontré. De esa forma me percaté de la existencia de personas como tú, personas cuyo único propósito en la vida es enseñarles a los demás lo que no deben hacer y cómo no deben ser. Bastante drama hay en este mundo para convertirse en alguien como tú y tantos más, que solamente causan problemas y hacen brotar más lágrimas que risas.

Después de haber cruzado ciertos infiernos, no cualquier demonio puede asustarte de nuevo. Y, curiosamente, los demonios como tú ya no me dan miedo.

Podría sonar falso y decirte que espero que encuentres la felicidad, pero nunca vas a poder alcanzarla. Conmigo lo aparentaste y fingiste que intentabas hacerme feliz, pero no sabes hacerlo y no aprenderás. Lo peor es que tampoco podrás llenar de dicha la vida de alguien, tú no sabes lo que es eso, no conoces esas cosas, solamente sabes destruir todo lo que tocas. ¿Y por qué lo sé? Porque cuando más vulnerable me mostré, dejé que tus manos me abrazaran el corazón. Tuve que juntar fuerzas y recolectar todas mis partes rotas para pegarlas de nuevo cuando te fuiste. Y debo reconocer que no me quedó tan mal, porque al menos pude revalorar a personas como yo frente a gente como tú, que está destinada a llevar sufrimiento y pesar a todo aquel que las deje entrar en su vida. Siento de verdad tener que decirte esto pero tenías que saberlo. Me duele en el alma que sea por mí y que hayas sido tú la causa de todo esto, pero me dolió más cuando descubrí que me dejé olvidado en un rincón por querer amarte. Y eso fue de todo, menos amor. Me encantaría haber mentenido el optimismo y agradecer por todo lo malo, pero no quise hacerlo. Esta vez quise externar lo que estas situaciones causan en el interior de la gente y las cosas que muchos quieren decir, pero no se atreven. Y yo me atreví.

En nuestro caso, querido compañero, sé que quisimos ser tanto que se nos olvidó ser algo. Fuimos un remedo de historia feliz y tú..., bueno, tú no eres

más que la personificación de esos sujetos con los que todos temen toparse y que nadie quiere conocer. Pues bien, yo te conocí y podría considerarlo un castigo, pero no puedo hacerlo, ya que el peor castigo de todos te lo llevaste tú. Y es que no hay condena más terrible que vivir con el corazón hecho piedra, porque es como morir sin dejar de respirar, y me temo que tú eres como esos que al no saber amar tampoco saben vivir. Descansa en paz... si puedes.

Déjame dejarte

Cuesta trabajo, pero el amor también consiste en saber alejarse a tiempo de todo aquello que te causa más tristezas que risas. No es egoísmo, es amor propio.

Sí, es cierto. Reconozco que nadie como tú me supo llevar tan alto y, al mismo tiempo, hacerme caer tan profundo. Que nadie como tú supo desarmarme y tocar mis fibras más sensibles. Acepto que has sido el mejor para desnudarme más allá de la piel y hacerme mostrar esas debilidades y abismos sutiles que la luz del sol no toca y a los que nadie tuvo acceso antes. Al final tuve que aceptar que de alguna forma te convertiste en eso, en mi debilidad, pero fue porque yo lo permití. No sé en qué momento dejé que pasara, pero pasó. Te cedí mi poder y, en mi terco afán por no querer perderte, terminé perdiéndome yo. Me volví un caos que moldeabas a tu antojo sin saber cómo detenerte.

Y hoy, después de muchas noches negociando con esos demonios internos que a veces me entendían muy bien, logré venir hasta ti para decirte que ya no quiero estar contigo. Que te dejo tu relación; esta relación que desde el inicio fue tuya pero nunca mía, ni un momento. Te dejo los besos, los abrazos y las cartas, las canciones y los momentos. Quédatelos, ya no me interesan. Inicialmente tenía mucho miedo de tomar esta decisión porque poner puntos finales no a cualquiera se le da bien; es cosa de valientes, que aun con toda la incertidumbre del mundo y todas las dudas en la cabeza deciden dar ese paso por su bien. Y mentiría si te dijera que pedirte que me dejes dejarte no me causa cierta satisfacción... Es casi como un placer, por mucho que me aterre.

Por eso hoy vengo a despedirme, a decirte que no me ruegues y que no trates de convencerme porque ya no va a funcionar. Si en el pasado te creí y quise seguir al grado de desaparecer por ti, ya aprendí. Así que déjame dejarte aquí, con esto que ya no tiene forma ni nombre; esto que ya no sabe y ya no siente.

Aunque tal vez reaccioné demasiado tarde, vengo a pedirte que no intentes reconquistarme y a rogarte que tampoco me busques, si es que de

repente mi nombre cruza por tu mente. Esta vez es definitivo, y en vista de que no fuiste capaz de dejarme, soy yo quien lo hace.

¿Duele? Claro que duele, pero dolería más quedarte en un lugar donde sonríes menos y lloras cada vez más.

Por eso he soltado mis amarras y he izado mis velas, dispuesto a irme lejos, quizás a otras aguas y otros vientos que me lleven a escribir nuevas historias... en nuevos brazos. No sé por qué tardamos tanto tiempo en separarnos a pesar de saber que nuestro castillo se caía a pedazos. Incluso me he cuestionado por qué no lo hice antes si sabía que, cada vez que tomabas mi mano, me hundías un poco más. Todavía no puedo averiguarlo y tampoco me interesa ya, porque hoy por fin lo estoy haciendo. Te estoy ahorrando un paso que tampoco quisiste dar. Alguien tenía que hacerlo y me alegra haber sido yo.

Así que déjame dejarte y avanzar. Es más, avanza tú también pero lejos de mí. Quiero que lo hagas por tu bien, porque también lo mereces, después de todo lo que hemos pasado, lo merecemos. Seamos por favor de nuevo un par de extraños con recuerdos en común, recuerdos que con el tiempo también quiero olvidar.

Por mi parte, te prometo ir tirando poco a poco nuestras fotos y comenzar a quitar tu nombre de mi almohada, de mi piel y de donde esté. Puedes estar seguro de que no voy a buscarte ni siquiera cuando escuche tu voz, tampoco voy a pronunciar tu nombre, que ya he comenzado a borrar de mi vocabulario y que posiblemente mis labios no van a extrañar. Puedes tener la seguridad de que a partir de hoy ya no hay un “nosotros”, y qué alivio, porque si de algo estoy convencido es de que soy yo quien rompe contigo.

Siempre te voy a querer

Algunas personas son como la sal en el mar. No las ves, pero se vuelven parte de ti y, aunque ya no duelen, las llevas siempre contigo.

No sé exactamente qué pasó, pero todo de repente nos cambió. Ninguno de los dos supimos qué fue de nuestro amor y en qué momento se escapó. Como agua entre las manos se coló y no supimos dónde quedó. Honestamente, más de una vez me pregunté adónde fue todo eso bonito que pasamos y que en un principio nos unió. Aún no he encontrado la respuesta y cada vez me resigno más a no encontrarla y simplemente aceptar el hecho de que esta historia, nuestra historia, se selló con un punto final que ya no pudimos borrar.

Al inicio traté de rescatarnos, tal vez en mi intento desesperado por no dejarte ir y también porque me estaba dando cuenta de lo que en realidad estábamos perdiendo. En verdad lo intenté con muchas ganas, pero creo que ya era tarde y no había mucho que hacer. No lo quise ver hasta que en verdad comencé a sentir esa ausencia que tuve que aprender a llenar conmigo otra vez.

Ahora ha pasado tiempo desde aquel adiós y, aunque no hemos vuelto a cruzar palabra, puedo ver todo con más claridad. A pesar de que dolió en el momento, y a veces aún lo hace, fue lo mejor que pudimos elegir. De no hacerlo, el golpe habría sido más fuerte y la herida más profunda. Qué bueno que no.

Sin embargo, y aunque estoy sanando y aceptando el hecho, si hay algo que no pude ocultar ni negar, es que siempre te voy a querer. No me preguntes cómo lo sé ni por qué lo siento, pero estoy seguro de que así será. Creo que eres de esas personas que, aunque se van, dejan una parte suya y yo decidí guardar ese pedazo que dejaste conmigo a propósito o sin darte cuenta. Lo guardo aquí, cerquita de mí. Te llevo conmigo y así seguirá siendo.

Sé que tú y yo conoceremos más personas y viviremos nuevas experiencias con otros amores. Que tal vez, en una de éstas, encontraremos a alguien que se quede a nuestro lado sin esfuerzo o sin pasar por todo lo que tú

y yo pasamos. Y está bien, porque deseo tu felicidad al lado de alguien bueno y también quiero la mía para compartirla con otro. Pero en silencio y para mis adentros, te recordaré de vez en cuando, te abrazaré en mi mente y simplemente te querré. Luego pasará ese instante y seguiré... seguirás. Lo haré aunque otro me acompañe, porque contigo entendí lo que con nadie más pude llegar a comprender. Porque me enseñaste y demostraste que aún había gente como tú, cuando yo ya no creía en nada ni nadie. Te querré hasta el fin porque fuiste un paréntesis en mi vida. Una bocanada de aire fresco que llegó a revivirme cuando más lo necesitaba, alguien que me regaló más vida. Y, sobre todo, creo que te voy a querer siempre porque le abriste los ojos a mi mundo y me enseñaste a mirar desde otro ángulo. Porque, aunque nuestra historia no pudo seguir, me regalaste la oportunidad de buscar una mejor versión de mí... en ti. Así que no me malinterpretes: no quiero ni pretendo volver. Ya entendí que lo nuestro tenía caducidad y he aprendido a respetar cada final que la vida me presenta.

Aprendí a lidiar con el hecho de que algunas personas sólo llegan a darnos felicidad temporal. Nosotros fuimos temporales, pero nos quedamos lo suficiente como para convertirnos en recuerdo y evitar el olvido.

Ya no te extraño como al inicio y estoy aprendiendo a superarte, pero, sin importar quién me acompañe o a quién ame, y sin más razones que las mías, te digo y te grito que hoy, mañana y siempre ten por seguro que te voy a querer.

Gracias.

II

Pedradas y lo que necesitas leer (es
por tu bien)

¿Y bien? ¿Cómo te sientes después de todo eso? ¿Desahogado? Ésa era la idea, que probaras lo bien que se siente sacar todo y por fin deshacerte de ello. La verdad es que yo también detesto quedarme con cosas por decir y siempre termino diciéndolas... o escribiéndolas, como lo que estás a punto de leer. Ahora es mi turno de decirte algunas palabras que tal vez no te gusten, pero que sabes que son ciertas. Y si todo sale bien, y con suerte no avientas este libro a la basura o al retrete, te darás cuenta de que valdrá la pena. Te lo prometo.

Cuando te rompen el corazón

Un día te volverás experto y sabrás cómo lidiar con esa terrible sensación que te da en el pecho por decepción y tristeza. Entonces, ya nada podrá romperte de nuevo.

Finalmente ocurrió. Tu mayor miedo se hizo realidad y ahora te encuentras sentado en medio de la habitación junto a la “soledad”, el desconcierto y las dudas. Por momento sientes enojo, frustración, angustia y, claro, tristeza. Puede que no entiendas bien por qué pasó, o, por el contrario, que sepas muy bien todas y cada una de las razones. Al final no importa si la culpa fue tuya o de la otra persona, el daño ya está hecho porque, efectivamente, te han roto el corazón. Bienvenido.

Tener el corazón roto es parte del viaje y el aprendizaje. Es sinónimo, en algunos casos, de que se luchó por algo importante en su momento, aunque evidentemente ya no lo sea más. Pero todos alguna vez hemos pasado por ahí y lo seguiremos haciendo hasta que llegue alguien que sea capaz de cuidar todo lo que podamos darle, sin temor a rompernos de nuevo.

Pero hoy tienes el corazón roto y estar parado en ese lugar tan común desorienta. Por eso es mejor que sepas algunas de las cosas que vas a experimentar, con el fin de que estés preparado para lo que venga.

Al inicio no entenderás nada y pensarás una y otra vez en todo, en lo que fue, lo que no fue y lo que pudo ser. Sentirás impotencia y dentro de ti querrás buscar las formas de rescatar ese barco que ya está hundido, pero que en tu mente sigue flotando.

Así pasarás algunos días, con la cabeza yendo y regresando de un lugar a otro sin razón, pensando en todas las posibilidades que existen para arreglar una situación que ya no tiene remedio.

Después de esa etapa, la siguiente es, quizá, la más complicada y dolorosa. Comenzarás a entrar en un duelo y vivirás prácticamente de luto, aunque por fuera sonrías. Entonces es cuando de verdad entiendes lo que es tener un corazón roto: ese dolor y vacío que se generan en tu pecho, como si te hubieran arrancado algo que pensabas que jamás se iría. Es comparable

incluso con el más agudo de los dolores físicos o con una herida en la piel, pero aquí no sangras... lloras.

... posiblemente lo más hermoso que tu ex pudo haber hecho por ti fue justo eso, romperte el corazón, porque gracias a ello descubriste a un mejor tú que no sabías que existía.

Y es que soportar un corazón roto y salir victorioso de ese dolor no es para cualquiera. Estar hecho pedazos por dentro y seguir de pie es para valientes, para los que se dieron permiso de mostrarse vulnerables ante alguien más, aunque hayan salido perdiendo. Lo único bueno de tener el corazón destrozado es que con cada batalla perdida no sólo se hace más grande, también más fuerte y sabio para amar más y mejor en el futuro.

Pero mientras te das cuenta de eso, no querrás saber de nada ni nadie, ni siquiera de ti mismo; querrás desaparecer. Al principio comienza como reproches contra ti y tu expareja. Te culpas por muchas cosas y culpas al otro de muchas otras. Pero no lo hagas tanto. Dejarás de creer en el amor y las personas —dependiendo del daño y la gravedad del asunto, claro—, pues no tendrás ganas en absoluto de enrolarte emocionalmente con alguien más durante un tiempo y eso será lo más sano que podrás hacer. Seguido de eso, comenzarás por fin a entrar en una etapa en la que la aceptación y la reflexión se empiezan a hacer presentes.

Después de un tiempo, empezarás a notar que aprendiste algunas cosas, sobre todo buenas, de esas que te hacen más sabio y más precavido. Al final comprenderás que esa persona te enseñó a no ser como ella y aunque tal vez no quieras conocer a nadie —porque sabes que debes darte un tiempo fuera para reconstruirte, repararte y sanar—, quieres enamorarte en el futuro. No sabes cuándo ni cómo, mucho menos de quién, pero sí sabes que la próxima será diferente, porque será con una persona que sepa apreciar esa nueva

versión tuya mejorada, más sabia, más madura y con más ganas de amar.

Así habrás cruzado el limbo que representa tener un corazón en cachitos y ya no tendrás miedo. Después de todo, lo que no te mata te hace más fuerte y posiblemente lo más hermoso que tu ex pudo haber hecho por ti fue justo eso, romperte el corazón, porque gracias a ello descubriste a un mejor tú que no sabías que existía, un tú que de otra forma nunca hubieras tenido la dicha de conocer y, mucho menos, de compartir con alguien más. Entonces, qué bueno por ti y qué afortunada la persona a quien más adelante le toque caminar a tu lado.

No quiero ser como tú

En la vida hay dos clases de personas: las que aprenden a sanarse el corazón
y las que van por la vida rompiendo otros corazones, tal como se los
destruyeron a ellos.

Así que también eres parte de las estadísticas. Vives en ese lugar tan poblado donde habitan aquellos que han estado cargando en el pecho algo muy pesado durante un buen tiempo. Me refiero a un corazón lastimado. Bueno, pues bienvenido. A estas alturas el daño ya está hecho. No importa si es reciente o si tiene algún tiempo, la cosa es que nada puedes hacer. Y lo sé, sé que el enojo te consumió por dentro, que quisiste gritarle al desalmado que te dejó el corazón hecho trizas sin necesidad y que incluso pensaste en no volver a enamorarte nunca más.

Pero ya sabes que esto no es más que otra piedra en ese costal que se ha ido llenando de decepciones. Estás cansado, lo sé, lo sabes, sólo estás harto de vivir más de lo mismo.

Por eso, un buen día, hastiado de caer en la misma experiencia, decidiste no ser más la muñeca fea que llora en las esquinas, la dama de las camelias sufriendo en los balcones, y tomaste todos los pedacitos de tu corazón roto y, aunque no sabías cómo pegarlos de nuevo, los cargaste contigo.

En ese momento, algo dentro de ti te hizo creer que sería una muy buena idea volverte más duro, frío e insensible con tal de hacerte “más fuerte” e impermeable al dolor, para protegerte y evitar experiencias como las que ya habías vivido.

Desde entonces, así has caminado por el sendero de tu vida: con una armadura lustrosa que nadie, ni siquiera aquellos que no tienen malas intenciones, puede penetrar. Crees que así estás bien. Te vendiste esa idea de forma tan perfecta que no te has dado cuenta de que ahora eres tú quien va por la vida rompiendo corazones y armando puros cuentos falsos. Felicidades, te convertiste en esa persona que alguna vez cometió la infamia de romper lo que quedaba de ti.

Sin embargo, hoy estoy aquí para pedirte que por favor te detengas. Aún

estás a tiempo de ver que romper a otros no es la mejor forma de reconstruirte. No seas el patán en la historia de alguien que, después de ti, comenzará también a destruir lo que queda de los demás. Todo gracias a ti. Deja de ser la víctima que se convirtió en victimario. Comprende que seguir los pasos del asesino de tu corazón no te hará olvidar ese dolor ni mucho menos te ayudará a sanar como esperas. De hecho, lo único que lograrás será convertirte en una copia de él, y de las baratas, porque al menos él es malo desde siempre y tú decidiste hacerte malo por despecho y dolor. No lo hagas. Sé que duele andar por la vida cargando ilusiones rotas —a todos nos ha pasado—, pero creo que es peor dejarse morir en el intento de volver a surgir.

Convertirte en alguien igual al patán que te arrancó el corazón es malo. Pero ser un patán y encima tener el corazón roto es aún peor.

Y quizá no tengas idea de cómo resarcir tus pedazos, es normal. Después de todo, volver a confiar y creer es una tarea titánica cuando lo único que has tenido son sinsabores; pero, irónicamente, ahí está la solución. La simple voluntad de juntar fuerzas y seguir es algo que sólo los valientes tienen el coraje de hacer. Hazlo. El día que entiendas que ir disparando a quemarropa al corazón de otros que aún creen no es la mejor medicina para tu vacío —y que a veces para hacerse más fuerte es necesario saber lo que es estar destrozado por dentro—, ese día, sin que sepas cómo, todos tus fragmentos volverán a juntarse. Volverás a creer y nunca nadie podrá hacerte daño. Como dije, cualquiera puede volverse un rufián que va por la vida pateando buenas voluntades, pero seguir dando lo mejor después de haber vivido lo peor..., eso es algo que sólo un valiente puede hacer. Lo sé, lo sabes, lo sabemos.

Atentamente,

Alguien destrozado que supo cómo
juntar todas sus partes rotas

Deja de buscar el amor

Antes de querer tener una buena relación con alguien más, asegúrate de que la relación contigo mismo sea de película.

Dicen que el amor es de esas cosas que llegan cuando menos las buscas y cuando menos lo esperas. Yo no creo que eso sea del todo cierto, porque para que ocurra debe confluír una serie de elementos que, sólo en sintonía, pueden hacer que aparezca ese amor que tanto se busca.

Parecería que “el mal de amores” es una enfermedad generalizada que todo el mundo padece, pues ese esperado amor de ensueño no termina por llegar. Al mismo tiempo, lidiamos y cargamos con un sinfín de malas experiencias que únicamente nos recuerdan lo mucho que nos han roto el corazón, y entonces parece que enamorarnos es un error que volvemos a cometer infinidad de veces y por gusto.

Pero si se supone que de los errores se aprende y hay que aprender a no tropezar con la misma piedra dos veces, ¿enamorarse es realmente el error que seguimos cometiendo? ¿O somos adictos a las equivocaciones que nos hacen sufrir? Aunque ambos cuestionamientos tienen algo de verdad, al final no son tan ciertos. Primero porque enamorarse no es un error en absoluto y, segundo, porque no creo que exista alguien que por diversión se equivoque en asuntos que le causen sufrimiento. La realidad es que las personas se enamoran cuando no están preparadas, cuando se sienten solas y, por consiguiente, no perciben que se están equivocando de nuevo. Todos lo hemos experimentado. Lo anterior me recuerda la famosa frase de Pablo Picasso: “La inspiración existe, pero te tiene que encontrar trabajando”. Porque el amor existe, solamente debe hallarte cómodo contigo mismo y sin esperar que alguien más venga a darte todo eso que tú mismo puedes brindarte.

Pienso que la vida consiste en juntarse con alguien completo, alguien con quien compartir todo lo que aprendemos a generar, y trabajar para nosotros sin necesidad de que el otro tenga que llenar nuestros vacíos emocionales o

carencias para sentirnos plenos, porque eso no es amor.

Libérate de la creencia de que necesitas a alguien a tu lado para sentirte feliz, pleno, porque mientras más pleno y feliz te sientas contigo mismo, más posibilidades tienes de encontrar a alguien igual que quiera compartir eso contigo y te ofrezca amor de verdad.

Además, llega un momento en la vida en el que ya no se trata de quién te mueve el suelo, sino de quién lo detiene y le da estabilidad. Pero nunca podremos encontrar esa estabilidad si no comenzamos por nosotros mismos. Y tal vez dejar de buscar el amor fuera para empezar a encontrarlo en nuestra propia persona es el primer paso para tener una relación que realmente valga la pena, y aún si la conseguimos, la relación más importante siempre será la que cada uno mantiene consigo mismo. No hay más.

Llega una etapa en la que buscar algo que tal vez está en uno mismo resulta cansado. Llega una edad en la que no te queda más que dejar que las situaciones fluyan y fluir con ellas, porque la etapa en la que forzabas las cosas, los amores y las relaciones para que ocurrieran ya pasó y ya no resulta atractiva.

A esas alturas de la vida sabes que ya no estás para entrar a los juegos de aquellos que siguen haciéndose los difíciles e interesantes como método de conquista, porque te sientes cansado de rogar y de buscar a quien no te busca, de esperar a quien no te espera y de mendigar amor. Entiendes que quien quiera estar contigo lo hará sin necesidad de que se lo pidas y cuando tú mismo estés cómodo con tus circunstancias y con quien eres, cuando estés en el lugar en el que quieres estar. Pero, sobre todo, entiendes que el amor no se busca, se construye a diario, y la primera piedra la ponemos nosotros mismos. Es entonces cuando, sin pensarlo ni esperarlo, llega por fin ese verdadero

amor.

Algo llamado amor

Tal vez el secreto sea dejar de pensar tanto sobre el amor y comenzar a sentirlo.

Siempre me ha resultado muy curioso cuando oigo a alguien decir que anda en busca del amor. Y lo veo así porque parecería que hay quien ve al amor como un producto enlatado o empaquetado para su venta en cualquier tienda de escaparates. Algo que pueden encontrar a la vuelta de la esquina o que pueden pedir a domicilio.

Muchos nos hemos creído ese cuento falso que nos han vendido las películas hollywoodenses acerca de lo que “verdaderamente” es el amor y las fórmulas mágicas para obtenerlo y conservarlo. Hemos comprado la inverosímil idea de que es bueno iniciar una búsqueda desenfrenada por el amor de nuestra vida. Y aunque en realidad muchos no saben con exactitud cuándo dejar de buscar, siguen enrolados en esa ilusión que ciegamente los lleva a creer que tal vez en un futuro podrán encontrar ese amor o, si bien les va, al menos algo muy parecido a los cuentos que leíamos de niños.

Innumerables teorías y explicaciones se han dicho sobre lo que creemos que es el amor, pero la realidad es que éste sigue siendo un elemento que, aunque lo sentimos y experimentamos, también continúa escapando a nuestro entendimiento y difícilmente podemos comprenderlo y descifrarlo en su totalidad porque va mucho más allá de toda materia, tiempo o espacio.

Todos somos capaces de darnos a nosotros mismos el amor que tanto queremos, pero la realidad es que no podemos ni deseamos estar solos, y mucho menos dejar de compartir algo que fue creado para entregarse.

Y posiblemente esté bien no poder explicarlo, porque a veces es mejor dejar de racionalizar ciertas cosas para comenzar a sentir las. Así es el amor: fue creado para sentirse y no para tratar de entenderlo, porque a veces rebasa la teoría y el conocimiento científico que hemos acumulado, a veces supera los límites de los procesos químicos en el cuerpo. Sólo podríamos entenderlo si llegáramos a comprender el funcionamiento del alma, pero nadie ha podido llegar ahí, excepto el amor; únicamente él conoce los misterios que encierra y, por lo tanto, a nosotros no nos toca más que sentirlos y experimentarlos, pero sin esforzarnos por comprenderlos en su totalidad.

Por desgracia, hemos aprendido a vivir al ritmo que el presente ha impuesto en nuestros estilos de vida. Hemos aprendido a valorar lo insignificante y a devaluar lo que tenía sentido. En ese afán terco por querer dominarlo todo, emprendimos un viaje en el que entender absolutamente todo se convirtió en prioridad, y en el que nos transformamos en seres incapaces de sorprendernos con algo porque ya todo está visto, porque ya entendemos mucho y sentimos poco.

No obstante, ahí siguen, escondidos entre la multitud, esos locos, osados y aventureros que, a pesar de haber fallado en sus intentos, continúan firmes en esa travesía que, con algo de suerte, los acercará un poco más al amor que con tanto ahínco procuran. Esos locos que se saben perfectamente capaces de amarse a sí mismos tanto como desean ser amados, y que, sin embargo, eligen no estar solos y compartir su amor con alguien que, de seguro, también aprendió a amar el día que comenzó a valorarse a sí mismo..., el día en que, al igual que tú, aprendió y comprendió que el amor no se busca, sino que se construye a diario.

Coleccionista de nombres

Y de repente notas que tener gente adulándote o una larga fila de pretendientes resulta inútil cuando lo que en verdad deseas es que haya sólo uno que haga desaparecer a los demás.

Ya estás aquí: soltero, solo y, de alguna forma, conforme. No te quejas. Te levantas y te dispones a vivir un día más. No te pesa tanto el tiempo que llevas así. De hecho, tuviste que acostumbrarte a llenar tu espacio contigo mismo, te gusta ser dueño de tu tiempo y disfrutas no tener que dividirlo para ver a nadie. Aun con ello, sabes que dentro de ti permanece el deseo de que algún día, y con un poco de suerte, encuentres a ese alguien que te haga pronunciar su nombre el resto de tus días. Aquel que, sin complicarse y sólo porque sí, te robe el corazón y lo cuide como nadie más lo ha hecho antes. Con la esperanza de que eso ocurra, llenas tu agenda de contactos con incontables nombres. De esa forma, sin querer —o de forma premeditada—, tu nombre pasa a formar parte de la lista de nombres de alguien más y, a su vez, muchos conforman tu lista personal. Nos pasa a todos en algún momento de la vida. ¿En qué momento nos convertimos en coleccionistas de contactos? En algún punto compramos la idea de que tal vez agrandando nuestra lista encontraremos a la persona indicada. Como si se tratara de un seguro de vida que nos brinda la remota esperanza de que, al final, entre todo el montón de nombres, sobresaldrá alguien y se quedará con nosotros. Por eso decidimos darle nuestro número a todos y coleccionamos gente, porque apostamos a que uno de esos nombres se convertirá en la palabra a la que daremos más valor el resto de nuestra vida. Es un experimento de ensayo y error, nada más; una especie de ruleta rusa en la que sí esperamos que nos toque el golpe de amor.

Lo que no alcanzamos a ver es que, así como nosotros, todos en nuestra lista de contactos están pensando lo mismo. Al término del día, nos convertimos en la simple opción de alguien más que también tiene un amplio menú para escoger y que, a su vez, es la opción de cientos más.

Dejemos de coleccionar nombres de personas como un desesperado seguro de vida que nos brinda la esperanza de que, tal vez, uno de esos nombres será el que se quedará con nuestro corazón. Ya llegará quien nos haga cancelar nuestras citas con la soledad.

Y así pasamos nuestros días. Les hablamos y escribimos una y otra vez a todos y cada uno de esos nombres en nuestra lista. Primero con unos y luego con otros, esperamos que alguien muestre un interés sobresaliente y especial por nuestra persona, para entonces —sólo entonces— ir olvidando a los demás y que sus nombres caigan de posición en nuestro chat. Así es el olvido en estos tiempos.

Quizá, en la mayoría de los casos, somos nosotros quienes, por temor a perder un candidato potencial o una posible opción, no permitimos que esos nombres bajen demasiadas posiciones. Unos están en los primeros lugares un día y después otros. Los vamos turnando.

Lo único malo es que en realidad no alimentamos nuestra esperanza de encontrar el amor en alguno de esos contactos que rondan como satélites. Lo que en verdad hacemos es aumentar esa necesidad humana de satisfacer nuestra curiosidad probando aquello que nos llama la atención por ser diferente y, en un ambiente donde todo es visual y la idea de sentir siempre nuevos besos y nuevos cuerpos resulta muy rentable, ¿quién no quiere tener a su disposición un menú para satisfacer su antojo? Aunque después eso termine cansando y aburriendo, o aunque casi nunca se concrete un encuentro, el ego ya tuvo lo que quería: sentirse deseado por varios.

No sé a ciencia cierta qué tan buena o mala es esta práctica que hemos adoptado, y tampoco sé si realmente funciona. Lo que sí sé es que, un día u otro, nos convendría borrar muchos de esos nombres y liberar espacio, no sólo en nuestra agenda, sino también en nuestra mente y nuestra vida. Porque el día menos pensado llegará alguien que se las arregle para meterse y revolucionar nuestro mundo en su mundo, para hacer que volvamos a creer en todo aquello que juramos nunca más voltear a ver y, finalmente, lograr con

su magia que en nuestra lista vayan bajando de posición aquellos nombres que no harán más que desaparecer. Ese día dejaremos de ser coleccionistas de contactos para volvernos coleccionistas de momentos de una historia que únicamente tendrá lugar para dos.

A todos los complicados

Lo sé, no soy fácil y tampoco pretendo serlo. Sólo espero un día encontrarme con alguien que acepte y ame mi complejidad tanto como yo lo hago ahora.

Hoy por fin puedo aceptarlo. Ya no tengo miedo de enfrentarme a esas cosas que me disgustaban de mí en el pasado. Por eso hoy, de frente, conmigo mismo, puedo decir que sí, que, después de todo, parte de la responsabilidad fue mía porque soy uno de esos chicos complicados que al fin se resignó y se dio cuenta de que, efectivamente, no es fácil lidiar con alguien así.

Me asumo como alguien complicado por lo complejo de mis ideas y mi forma particular de ver la vida. Ideas que no siempre son entendidas por el resto, mucho menos compartidas. Por primera vez contemplo la posibilidad de que tal vez mis fracasos amorosos fueron en gran parte responsabilidad mía. ¿Qué tal si en realidad nunca fueron los otros y siempre fui yo? ¿Qué tal si en mi afán de que el otro entendiera mi complejidad, terminé complicándolo todo?

Tal vez he llegado a ese punto de la vida en el que por fin comencé a hacerme cargo de mis actos. Y, evaluando la situación, tengo dos opciones: aprender a ser menos complicado o abrazar la idea, fluir y dejar que llegue alguien con la disposición suficiente para aceptar y amar mi complejidad..., si es que llega. Pero tampoco me asusta que no pase.

Y es que no quiero cambiar para agradarle a alguien. No quiero ser el único que se adapte o haga cambios por alguien que no pone su mayor esfuerzo. No estoy dispuesto a conformarme con menos de lo que ofrezco, porque yo doy en grande. No sé conformarme con lo simple y ordinario. No sé.

Algunos lo llamarán egoísmo y exigencia, pero yo prefiero considerarlo madurez. Creo que, luego de adquirir la experiencia necesaria, la vida como premio de graduación te da el derecho de volverte un tanto exigente, pero no de forma negativa, sino como reflejo del aprendizaje que te dejaron los

errores cometidos en el pasado y que, por supuesto, ya no estás dispuesto a repetir. Entonces, ser exigente no resulta del todo malo, sino que te permite escoger mejor y saber exactamente a qué y a quién hacerle espacio en tu vida. Simple.

¿Complicado? Si a tener un perfecto conocimiento de mí mismo y no conformarme con lo fácil y convencional le llaman ser complicado, entonces sí lo soy, demasiado. Y me gusta.

Cuando entendí lo anterior, no me quedó más que aceptar que sí, en efecto, soy alguien “complicado”. Y no sólo por saber lo que quiero y lo que no, sino por la claridad, a veces abrumadora, de mis ideales y por lo bien trazado que está el camino que sigo para llegar a mis objetivos. También por la facilidad con la que puedo hacerme cargo de mis emociones, aunque a veces no gusten a otros. Pero, sobre todo, soy “complicado” por haber entendido que quien quiere estar, se queda sin tener que convencerlo de nada, y quien no, pues que se vaya.

Me doy cuenta y acepto que soy así porque me entrego y ya no me conformo con las sobras o migajas afectivas de alguien que se hace del rogar. Porque el amor no es caridad, y aprendí a no detener mi andar por nada ni nadie que no me dé motivos para hacerlo. El que quiera ir conmigo para hacernos compañía durante el camino, adelante; pero, si no aparece nadie, tampoco me preocupa. He aprendido a caminar solo.

Y no es que sienta que mi compañía sea un privilegio o que deban hacerse cosas para merecerla; pero después de haber malgastado mi tiempo en gente y situaciones que no lo ameritaban, aprendí a ser más cuidadoso a la hora de entregarla... y entregarme.

Así que, después de todo, no me desagrada ser “complicado”. Lo prefiero a ser de aquellos sin rumbo que van por la vida arruinando historias e

inventando puro cuento, que no saben quiénes son ni lo que quieren porque, al final, se conforman con gente que les llena vacíos que ellos no saben colmar. Yo no. Yo ya entendí que la ausencia de uno mismo en el afán de llenarse con alguien más es terrible, y eso es algo con lo que no estoy dispuesto a vivir.

No desaparezcas por amor

No dejes que tu pareja ocupe toda tu mente, tu ser y tu espacio. Evita eclipsarte con la sombra del otro, porque amar no es desaparecer ni perderte a ti mismo en el afán de entregarte por completo a quien amas.

A veces, las mejores y más valiosas lecciones de la vida las aprendemos con las experiencias más duras, que después nos ayudan a madurar, crecer y reconstruirnos de otra forma, para evitar caer en los mismos errores.

Con frecuencia, algunas de esas lecciones sobre la vida, la madurez y el amor ocurren con las relaciones que te marcan, porque representan un parteaguas en tu andar. Sólo así puedes ver con claridad que existe un antes y un después. Te das cuenta de que, a pesar del dolor, has crecido y ya no eres la misma persona. Eres incluso mejor que antes. Sin embargo, al inicio es difícil comprenderlo porque, de entrada y motivado por la emoción y la ingenuidad propia del amor, pierdes de vista que entregarte a alguien a quien amas de forma profunda e incondicional puede acarrear la pérdida de uno mismo. Vamos olvidando quiénes somos con tal de compenetrarnos de forma extrema hasta que ya no sabemos dónde empieza uno y dónde termina el otro.

Yo mismo fui de esos perdidos. Descubrí que en un punto álgido de esa relación yo ya no sabía quién era, qué hacía y cómo lo hacía. Había olvidado continuar con todas esas cosas por las que esa persona se había enamorado de mí al inicio y que jamás debí haber dejado. Me olvidé de guardar un poco de espacio para mí y se lo regalé por completo a él, porque creía que eso era amor: darle absolutamente todo mi tiempo y estar absorto en él. Me perdí en un abismo creyendo falsamente que seguía actuando desde el amor, cuando en realidad sólo cometí error tras error, y el más grande fue olvidarme de mí al ponerlo a él por encima.

En mi idea de ser “nosotros”, de querer mantenerlo a mi lado y no perderlo, terminé por mimetizarme. Perdí el foco y me convertí en un ente que ya no pensaba más que en él todo el tiempo. Lo más triste es que, sin que él me lo pidiera, cedí mi poder mientras me creía la mentira de que yo estaba

haciendo un acto de amor y no me daba cuenta de nada. De esa forma, poco a poco, mi relación se desmoronó y yo junto con ella, sin poder hacer nada al respecto por estar tan “entregado” y fuera de mí.

Y pasó lo que tenía que pasar. La relación terminó y un balde de agua fría cayó sobre mí. Recibí la bofetada más grande que la vida me había dado hasta el momento, pero eso me hizo reaccionar. Y sólo en ese momento, al “perderlo” a él, comencé a recuperarme a mí. Aprendí la lección y estaba dispuesto a recobrar mi poder, mi individualidad y todo lo que poseía al inicio.

Ya decía Carrie Bradshaw que la más emocionante, retadora y significativa relación es aquella que tienes contigo mismo: “Y si puedes encontrar a alguien que ame totalmente al ‘tú’ que tú mismo amas, bueno, eso es simplemente fabuloso”. Por eso, al final te das cuenta de que por tropiezos tan grandes como ése es que, entre otras cosas, desarrollas dos virtudes muy valiosas: perdonar y agradecer. Perdonar al otro por sus desaciertos, pero también a ti, porque entiendes que no eres culpable por aprender y madurar. Para crecer y ganar experiencia en la vida a veces hay que regarla. Los errores suceden porque estás aprendiendo algo nuevo, en este caso entregar el amor y lo mejor de ti a alguien más. Sólo tienes que respetarte siempre sin ponerte en segundo lugar.

También aprendes a agradecer. Lo bueno y lo malo, lo que fue, lo que pudo ser y lo que ya no será. Agradeces, por primera vez en tu vida, haber tenido una experiencia como ésa, aunque te haya dejado el corazón roto, porque te regaló algo que ninguna otra te había dado antes: la oportunidad de conocer a alguien que, independientemente de sus defectos y errores —como tú también los tuviste—, durante la relación te ayudó, sin querer, a darte cuenta de las cosas que debes corregir en ti para ser mejor persona, porque nadie más se había tomado el tiempo de señalarlas aunque sólo fuera por accidente.

Agradeces haber encontrado a alguien que, sin enterarse, te hizo ver lo mucho que eres capaz de entregar en una relación, que te hizo amarlo como no sabías que podías. Sobre todo das gracias por esa enseñanza y por que, de ahora en adelante, evitarás regalar y entregar ese amor a manos llenas y de

forma ciega al primer instante.

Agradeces haber aprendido a respetarte y a darte un lugar, pues ahora entiendes lo que esperas de una persona y lo que estás dispuesto a tolerar. Y en realidad es muy simple: si te ven mover una montaña, esperas que también puedan mover una montaña por ti.

Comprendes que si no cuidas esos sentimientos maravillosos y valiosos como diamantes que puedes regalarle a alguien, nadie más lo hará por ti. De ahora en adelante serás más cuidadoso a la hora de entregarlos sin que eso signifique que te vuelvas desconfiado o frío. Quizá la mayor enseñanza es saber que *no* puedes ceder tu poder así, sin más, ni perder tu individualidad: dejar de lado tus pasiones, tu familia y amigos; perder tu esencia al grado de no saber quién eres.

Mantener tu poder bajo control no está peleado con entregarte de forma íntegra, en cuerpo y alma, con el corazón en la mano, a alguien que amas. De eso se trata amar con sabiduría. Por eso agradeces, porque cuando lo vuelvas a intentar, lo harás con mesura y madurez, sin dejarte llevar por la emoción del momento. La próxima vez dejarás claro que no te tienen seguro, que no estarás ahí para siempre; porque así como ellos se pueden ir si no los cuidas, tú también puedes partir y es importante que lo sepan: si alguien quiere mantenerte a su lado, debe darte motivos para quedarte. Y todo será gracias a que eres consciente de ti y de la forma en la que puedes llegar a querer a alguien.

Por eso agradece que alguien haya marcado un antes y un después. Pero ahora que únicamente tienes con él recuerdos en común, tómate un tiempo para continuar con este baile solo, para volverte alguien más sabio, con más ganas e, incluso..., con mucho más amor.

Confesiones de un hombre que maduró

Nadie está tan profundamente dañado como para no volver a intentarlo y entregarse de nuevo por completo a alguien más.

Luego de cierto tiempo comienza a resultar cansado vivir en medio de personas que sufren por otros. Y pienso que alguien debería enseñarnos cuándo parar, porque la realidad es simple. Alguien debería enseñarnos a decir: “Ya basta”. Así que ya basta. Ya dejémonos de cuentos absurdos de héroes y princesas que esperan ser rescatadas de su torre mientras sufren.

Hay ciertas cosas que ningún hombre va a revelar solito, porque muchos ni siquiera son conscientes de ellas, aunque las hagan —y las hagamos— todo el tiempo. Cosas tan básicas y sencillas como el hecho de que si un hombre no te llama es porque no quiere llamarte. Simple. Puede sonar crudo, rudo y hasta grosero, pero así es. La realidad es que somos prácticos. Por lo tanto, si no te invitan a salir es porque no quieren verte. Si te tratan como si fueras un comino es porque les importas un comino. Y el problema no es de él por ser un patán: es tuyo por quedarte ahí y permitir que lo sea contigo.

Si un hombre te traiciona es porque no le gustas lo suficiente. Y si te deja ir es porque no quiere estar contigo. ¿Ves? La lógica es muy sencilla; primitiva tal vez, pero clara y efectiva.

Cosas como “es que no estoy listo”, “es que tú eres el amor de mi vida pero...”, “es que ahora no es el momento”, “es que no sé”, “es que tengo que organizar mi vida”, “es que sí pero no”, “es que, es que, es que...” Es que... ¿qué? ¡Es que no quiere! Es eso, no hay más.

Durante toda la vida, el mundo ha aprendido y enseñado a compadecer a los hombres. Incluso nosotros mismos lo hacemos con nosotros y con otros. Por eso muchos han aprendido a seguir nuestro jueguito de confusión y victimización emocional para al final decir: “Pobrecito, es el que me ama, pero yo lo entiendo”. Y así, una vez más, nos salimos con la nuestra o, peor aún, nos convencen para justificar a uno de esos pobres mártires del amor. Porque, seamos honestos, a todos nos ha tocado estar en ambos lados de la

moneda. Pero vamos a dejar una cosa clara, de hombre a hombre: cuando un hombre quiere estar, ¡está! Así de fácil. Sin tantos enredos, sin tantas mentiras, sin tantas excusas.

Cuando alguien se derrite por ti, puede que le dé miedo, claro que sí, pero lo enfrenta porque no va a arriesgarse a perderte; porque quiere, porque te quiere y porque puede.

Tampoco existe hombre tan trágicamente afectado por el pasado o tan necesitado de ayuda que se vuelva discapacitado emocional.

Tal vez sería buena idea dejar de ser tan “Reina de la Misericordia” al justificar cada rechazo, cada desplante y cada excusa. Ponte *a ti* en primer lugar. No necesitas a alguien que no sabe lo que quiere, que no ve lo mucho que vales ni todo lo que puedes aportar a su vida. De hecho, nadie necesita a alguien así.

Por favor, no escojas la intranquilidad, las dudas y el desprecio envueltos en explicaciones sin sentido en lugar de tu felicidad. Tú mereces a alguien que sepa qué tiene enfrente, que te valore y se esfuerce cada día por ti, de la misma forma en que tú lo harías por él.

Deja ya de quebrarte la cabeza y secarte las lágrimas en la almohada cada noche por algo que probablemente no va a ser tan bueno como tú piensas y mejor date la oportunidad de recibir todo lo que mereces de una persona que sí te quiera.

Al final, recuerda que no existe nadie tan asustado o confuso hasta los huesos. Tampoco existe nadie tan trágicamente afectado por el pasado o tan necesitado de ayuda que se vuelva discapacitado emocional.

Y mira que más te vale creer estas palabras porque te las dice un hombre que excusó y dio excusas, pero que terminó madurando lo suficiente para delatar a su mismo género y darse cuenta de que, al final, no es bueno ser esa clase de sujeto.

Tarde o temprano, o quizá después de muchas noches de llorarle a quien no te merecía, entenderás que los hombres nos dividimos solamente en dos categorías: los que te quieren y los que no. ¿El resto? El resto es sólo mera excusa.

No te conformes con cualquier amor

Aprende que nunca debes conformarte con menos de lo que das. Aprende que si un amor te aprieta, debes buscar otro que sea de tu talla. Aprende que el amor no se mendiga jamás.

A medida que vamos creciendo y caminando por el sendero de nuestra existencia, nos vamos involucrando con cosas, situaciones y personas. Nos volvemos parte de la historia de otros y otros se convierten en parte de la nuestra. Algunos nos acompañan por un buen tiempo, pero hay quienes solamente se quedan un rato... y luego se van. Otros, muy pocos, son los que llegan hombro con hombro al final del trayecto. Después de cierto tiempo volvemos la mirada al pasado y hacemos un recuento de los años, pero también de los daños, y ponemos todo en perspectiva. De nuevo traemos al presente todo lo que vivimos: las risas, los llantos, los abrazos, las despedidas, los encuentros y, claro..., los amores.

Es entonces cuando vuelves al presente y haces un alto para analizar tus relaciones actuales: ¿te gustan?, ¿te sientes conforme con esa persona?, ¿sientes que mereces algo mejor pero te da miedo? Y comienzas a pensar en la posibilidad de no conformarte con algo a medias sólo porque es lo único que hay.

Siempre he pensado que en las cuestiones del amor, las personas debemos buscar lo que nos llene y nos dé felicidad, que también se pueda compartir con alguien que así lo quiera y contribuya a que se multiplique. Y, poniéndome un poco idealista si quieres, nadie debería sufrir por amor ni, mucho menos, quedarse con lo que hay, sobre todo si está roto, rasgado o incompleto.

Sin embargo, descubrí que tampoco está tan mal pensar así, porque entiendes lo que realmente significa no conformarte con cualquier amor. Entiendes que no debes contentarte con un amor que no te llena, que no te motiva, que no te impulsa. Entiendes que esos amores son como a una puerta entreabierta por donde sólo entran medias felicidades, ¿y quién en su sano juicio quiere vivir feliz a medias? Yo no y, desde luego, tú tampoco.

Por suerte, el mejor salón de clases es la vida y tarde o temprano comprendes que la rutina o la costumbre no tienen por qué ser la base de una relación, que no tienes por qué aguantar a alguien que no tiene otro sitio adonde ir o que ve en ti su zona de confort, su zona de estancamiento. Comprendes, por fin, que estás harto de los amores fugaces, amores de una noche y amores vacíos.

Sé que aceptar que mereces algo y alguien mejor lleva tiempo. Tal vez deberás luchar con tu miedo infundado a quedarte solo; ese miedo embustero que te hace creer que si no es esa persona, no habrá nadie más para ti; ese miedo traidor que te alienta a permanecer con tu “peor es nada” en lugar de arriesgarte y liberarte de él. Ese miedo le quita oportunidad a la vida de que te presente a alguien que realmente te haga feliz.

Pero descuida. Yo he pasado por ese proceso, y claro que al inicio es complicado porque te aferras neciamente y te niegas a aceptar que tal vez es necesario cerrar ciclos. Sin embargo, tarde o temprano te cansas, el vaso termina por llenarse y se derrama. Eso te permite armarte de valor y salir de la jaula que parecía de oro, pero que en realidad nunca fue más que vil cobre.

El día que te creas merecedor de alguien que realmente te dé todo aquello que buscas para sentirte pleno, ocurrirá lo que pensaste que jamás ibas a vivir.

Vas a entender que jamás debes conformarte con un amor de segunda mano, de esos que, aunque contestan los mensajes rápido o pasan por ti a la salida del trabajo, no te llenan porque eso no necesariamente es amor. Entenderás que conformarte con alguien que lo mejor que ofrece es sexo por la mañana no tiene mucho sentido cuando lo más seguro es que allá afuera, en algún lugar de esos que aún no te atreves a explorar por miedo a quedarte sin nadie y por la necesidad de seguir estando (mal)acompañado, se encuentra otra persona que te dará más que atención y placer infinito. Posiblemente ese alguien te brindará mucho más de lo que ahora crees merecer y de lo que

nadie jamás, incluyéndote, te hizo sentir merecedor, aunque siempre fuiste digno de ello. Tal vez ese sujeto sea quien te haga entender por qué no debías conformarte con ninguno de los anteriores. Tal vez sea él quien te impulse a dar más y a obtener la mejor versión de ti; no sólo te besará la piel y las virtudes, sino también los defectos e, incluso, el alma.

Sin embargo, hay una mala noticia: nunca podrás saber lo que se siente tener a alguien así mientras sigas con ese que te dice que te ama por compromiso o porque ya es una muletilla diaria con la que debe cumplir. Nunca lo sabrás mientras sigas con ese que te dice que llamará y no lo hace, y cuando lo hace es por compromiso, porque es parte de la rutina y porque así debe ser.

Aún estás a tiempo para descubrir que te esperan historias mejores con gente diferente y que nunca es demasiado tarde para vivirlas. Que nunca es demasiado tarde para aprender que el amor no debe mendigarse.

Así que huye, sale y vete. Corre lejos de esos brazos que crees que te protegen, pero que solamente te estorban, porque tal vez el día que entiendas todo lo anterior, puedas entonces estar listo para saber lo que se siente tener a alguien que sí te merezca tanto como tú a él.

III

El arte de dar vuelta a la
p*%\$@ página

¡Vaya! Felicidades. Haber llegado hasta aquí deberías considerarlo como un logro desbloqueado. Y no es que no confiara en ti; siempre lo he hecho. Pero tal vez hayas querido aventar el libro al retrete con la parte anterior o tal vez lo hiciste y, sintiendo remordimiento, tuviste que secarlo al sol y con secadora porque sabías que debías seguir leyendo. O tal vez sólo seguiste leyendo. Como haya sido, el punto es que aquí estás, en esta especie de terapia, y eso sólo significa que ya estás listo para hacer eso que desde hace mucho has querido: soltar y, por fin, dejarlo ir. ¡Ah, por cierto! Cada vez se notan menos las costuras y remiendos de tu corazón. Te dije que los corazones rotos sanan. Genial, ¿no?

Vamos a darnos un tiempo

Decidí alejarme para reencontrarme, para acercarme de nuevo a mi centro y así poder saber si quiero que te aproximes de nuevo.

Ven, acércate. Quiero que hablemos de nosotros y de lo nuestro, de esto que ya no tiene pies ni cabeza y que, al paso del tiempo, ha comenzado a perder forma para convertirse en un no sé qué. Ven, te quiero hablar. Te quiero hablar de todas esas cosas que por tontos e inexpertos hemos callado; cosas que ni tú ni yo sabemos manejar, porque amar demasiado no significa aguantar demasiado y hoy parece ser que ni tú ni yo cabemos cantando esta canción.

¿Cuántas veces hemos pasado por este lugar? ¿Dos, tres, cuatro...? Míranos, hemos perdido la cuenta de todos nuestros argumentos. Somos incapaces de recordar la última vez que reímos juntos o siquiera el último día que no hubo gritos ni portazos. Por eso, hoy te propongo algo: vamos a darnos espacio, un tiempo para observarnos desde lejos y ver qué forma tiene en realidad esto que hemos distorsionado. Hagámoslo, ¿qué dices? Por nosotros, pero más que nada, por nuestro bien individual. No importa si continuamos juntos o cada quien por su lado, hagámoslo.

Todo el mundo le tiene miedo al tiempo y al espacio porque lo traducen como olvido o como una forma fácil de zafarse de algo que ya no quieren continuar. Y aunque en algunos casos así es, a mí me gusta pensar en ese “tiempo” como una oportunidad para reevaluar ciertos aspectos, echarme un clavado en mis abismos y ver si realmente donde estoy es donde quiero estar o mejor giro mi vela hacia otro lado.

Te mentiría si te dijera que no hay razones para querer quedarme a tu lado, pero tampoco sería honesto si te ocultara que también tengo motivos para querer pensar si quiero seguir siendo un “nosotros” o prefiero volver a ser un “yo”.

Así que vamos, por favor, acepta esta propuesta. Sé que no es fácil y mucho menos es el tipo de invitación que todo el mundo quisiera recibir, pero

nuestro caso lo amerita. Además, en tu interior sabes que esto es lo mejor para ambos. Sé que hubieras querido ser el primero en proponerme este trato, pero en esta ocasión tal vez yo fui el más valiente o el más veloz para hacerlo. De cualquier forma, mis cartas están sobre la mesa y esperarí­a que aceptaras la jugada como prueba de lo mucho que, a pesar de todo, aún respetas esto, sea lo que sea.

Vete y sé feliz un rato, sin mí y sólo contigo.
Si nos volvemos a encontrar, tendré preparada mi mejor sonrisa para recibirte. Si, por el contrario, éste es un adiós, tendré listo mi mejor bolígrafo para poner punto final.

No sé cuánto tiempo dure este “tiempo”, pero te aseguro que será suficiente y razonable para darnos cuenta de lo que ahora mismo no entendemos ni podemos ver o para ayudarnos a mejorar la forma abstracta de lo que hasta hoy hemos construido.

No tengo que agregar más nada. Vayámonos, sigamos existiendo en la inmensidad y finjamos por un rato que es infinitamente imposible que dos almas viajeras como las nuestras puedan encontrarse. Si después de eso regresas y yo también, ten por seguro que mis brazos serán los primeros en darte la bienvenida. Pero si, por el contrario, la vida nos abre caminos que se alejan uno de otro, entonces te prometo que, desde ese momento, mi mente te abrazará cuando vea que apareces por sus rincones, pero sin la necesidad de tenerte.

Entonces serás un recuerdo, aquel que llegó, bailó conmigo un rato y se fue. Así la vida seguirá y yo con ella, tú con ella. Por lo pronto, querido compañero, hasta no saber qué traerá ese tiempo, no te digo adiós pero sí un firme y cálido hasta luego.

Cuando te cansas de esperar

Un día simplemente te das cuenta de que mover montañas por quienes no mueven una piedra por ti es agotador. Así que es mejor levantarse, irse y comenzar a ser feliz.

Tal vez sea muy pronto, pero llega un punto en el que te cansas. Tarde o temprano, te cansas de aguantar ciertas cosas con las que conviviste por mucho tiempo. Un buen día ya no te quieres desgastar, y puede que ése sea el momento de aceptar esa verdad tan simple. Acepta que te cansaste de buscar a quien no te busca y de esperar a quien no te espera. Acepta que ya no quieres escribirle a quien no te escribe y de darle tu tiempo a quien no te hace un tiempo dentro del suyo.

Te cansaste de hacer la primera llamada y de ser el o la que siempre responde primero. Niégate rotundamente a seguir tolerando todo aquello que implica un desgaste emocional, físico o mental, porque ya no está bien rogar por la atención de quien simplemente no está interesado en dártela —eso incluye amigos, familia y, desde luego, amores—; ya no es opción. Si estás cansado de sentarte a esperar que algo bueno ocurra en tu vida y, peor aún, de vivir con la esperanza de que alguien bueno llegue, entonces sal a buscar todo eso tú mismo porque, acéptalo, ya estás cansado de detener tu paso y tu ritmo por aquellos que no se detuvieron por ti y no lo harán.

No esperes nada y todo te va a encontrar.
Cuando nada esperas, todo llega.

Y tal vez sea prematuro o parezca extremista, pero al fin has aceptado y comprendido que quien quiere estar, está y punto. Quien de plano no quiera, que se vaya, pero que no se quede en la puerta porque estorba. Ya llegará alguien que permanezca sin que se lo tengas que pedirlo, sean amigos, familia o un amor. Gente que quiera compartir contigo la ruta que sigues, que quieran acompañarte en tu viaje para también compartir el suyo. Porque si de

algo estoy seguro es de lo tremendamente cansado que es tratar de cambiar para agradar a otros, de ser el comprensivo e indulgente que aguanta y se adapta con más facilidad antes que los demás, porque así conviene y es mejor.

Después de todo eso, descubres que puedes soportar todo, menos convertirte en una sombra; hoy por hoy, más vale que no estés dispuesto a dejarte eclipsar por gente cuyo interés tiene pies. Así que será mejor que les dejes muy claro que el tuyo también los tiene y más vale que los entrenes para que, de ahora en adelante, corran más rápido que nunca y se detengan únicamente cuando alguien valga la pena... o toda la alegría del mundo.

Ya no quiero ser el otro

Y una noche te das cuenta de que no quieres ser la opción de alguien. Quieres ser la prioridad.

Entonces ahí estás. En una cama ajena y en un ambiente donde el intruso eres tú. Al inicio, desde luego que resulta divertido recibir abrazos que le pertenecen a alguien más y robar besos furtivos a espaldas de otro que seguro tardará en darse cuenta de que son tres en vez de dos.

Así pasan los días y los meses: tú compartiendo caricias que son de otro y él buscando en ti lo que no encuentra en otros brazos. Hasta que despiertas un día en esa cama de hotel barato y te preguntas si estar ahí es lo que quieres de verdad y, peor aún, cómo fue que llegaste hasta ese punto. Un punto que alcanzaste convirtiéndote en eso que una vez juraste no llegar a ser. Mírate ahora...

Lo que comenzó como un juego pasional y cargado de adrenalina terminó dejándote igual o más destrozado que al inicio. Por fin sabes que jugar a ser el otro y vivir con la ilusión de que un día tal vez tú puedas ocupar el primer lugar en su vida no pasa, no es como en las películas. Sin embargo, tampoco debes autocompadecerte porque sabías desde un principio el tipo de juego que estabas jugando. Creíste poder jugar con fuego sin salir quemado, y ahora que las llamas comienzan a tocarte, quieres salir corriendo porque no resultó lo que esperabas. Y es que hay ciertos tipos de fuego que no son manejables para todo el mundo, con los que debes tener cuidado y con los que no debes quemarte dos veces. Pero a ti te siguen gustando los que te ocultan y te dan segundos lugares... Al menos hasta hoy. Piensas que después de las citas a escondidas, de todas esas horas en la cama, de los mensajes anónimos y las llamadas en voz baja, ¿quién te va a reparar cuando te des cuenta de que solamente fuiste un escape, una salida fácil a una situación que de momento no se supo resolver o, como dicen, un desliz? ¿Quién?

Se debe tener una vida muy miserable para aceptar y conformarse con ser el secreto de alguien que, a su vez, también tiene una vida muy miserable.

En toda historia de amantes siempre debe haber un perdedor, ese que no logra quedarse con el corazón de aquel a quien brinda refugio temporal. Y en este caso, sin excepción, tú eres el perdedor. Pero por suerte ya estás cansado de ser el que siempre está ahí, a merced y antojo del otro; de acomodarte a sus tiempos, de obligarte a adecuar tu rutina a la suya porque, como siempre, pesó más el ego de saber que eres lo suficientemente atractivo para robarle la mirada y los besos a la pareja de alguien más. Y ambos sabemos que el sabor de lo prohibido causa más placer y satisfacción que lo fácil, pero a un precio alto, el cual ya pagaste.

Ahora sabes que esa historia no tuvo el final feliz que tanto esperabas y tampoco podía tenerlo. ¿Cómo algo que empieza mal puede terminar bien si desde el inicio todo se hizo de forma “ilegal”? Por fin lo entendiste. Entendiste que en este mundo hay dos tipos de personas: los que se conforman con segundos lugares y se quedan rezagados, escondidos y negados, y los que prefieren ser prioridad y no una simple opción. Entendiste que después del sexo a escondidas y la adrenalina que provoca besar un cuerpo “prohibido”, no hay más nada, solamente soledad y un vacío, incluso más profundo que al principio.

Al final, tras haber recuperado tu dignidad y haberla regresado a su lugar, no te queda más remedio que abandonar todo porque jamás fue tuyo y nunca lo será. Sólo así podrás darte el lugar que mereces, en primera fila y no tras bambalinas, en la historia de alguien que te quiera como su protagonista y no como el secreto culposo que sus labios jamás podrán pronunciar.

Me libero de ti

Entonces un día amaneces con ganas de practicar el arte de soltar, de perdonar y dejar ir... Y funciona.

A veces la vida no es lo que uno espera. Te das cuenta de que el camino está lleno de piedras, pero que son necesarias para ayudarte a crecer y aprender. Una de esas piedras con frecuencia suele ser el apego que causa perder a alguien con quien se tuvo algo importante. Muchos saben de lo que hablo. De esas relaciones que te marcan —para bien o para mal— y que siempre dejan una pequeña cicatriz, si bien nos va.

Al inicio el drama parece ser eterno. Pasas por todas las etapas de un duelo hasta que de manera gradual comienzas a hacerte a la idea y te acostumbras —sí, mediocre, porque no queda de otra— a la ausencia, lo cual sigue generando cierta inconformidad oculta en tu interior, pero aprendes a vivir con ella porque es necesaria para tratar de ser feliz de nuevo y recobrar tu vida, aunque cueste trabajo, porque cuesta. Pero ya estás cansado de esperar algo que no va a suceder de nuevo. Porque la gente no cambia, a menos que haga un trabajo verdadero en su interior.

Aun con ello, sabes que hay puntos finales que, una vez puestos, ya no se pueden quitar. Así, de pronto y con mucho hartazgo, un día te levantas y decides volver a ser feliz, ocurre la magia: te liberas. Sueltas aquello que te pesaba y que no era más que un lastre emocional anclado a la esperanza de que sucediera, algo que no sucedió.

Aprende a no dejar puertas entreabiertas.
Ábrelas de par en par o ciérralas de golpe,
porque por medias entradas sólo entran
medias felicidades.

La tristeza de repente desaparece, la melancolía deja de teñir todo de gris y

sólo hasta ese momento notas que no habías soltado de verdad, por eso sientes la ligereza que causa desprenderte de todo aquello que ya no te servía para nada y no te dejaba vivir. Como dicen, perdiste tu centro, estuviste fuera de él, pero al final regresaste y todo comienza a ir en calma de nuevo, pero ¿qué sigue? Sigue que aprendes a aceptar y a continuar.

Aprender a soltar y entrenarse uno mismo para liberarse del miedo a perder es bueno para la salud. En otras palabras, entrenarse para no dejar puertas entreabiertas —en algunos casos— es menos fatigante que vivir con la incertidumbre de que ocurra algo que probablemente no pasará. De esa forma comienzas a reconstruirte, pero esta vez eres diferente porque aprendes, maduras y creces gracias a esa experiencia que dejas atrás. También entiendes que las puertas deben abrirse de par en par o cerrarse de golpe, porque por medias entradas sólo entra felicidad a medias. Comprendes que empezar de nuevo no es tan malo, pues por lo general cada comienzo es mejor que el anterior. Y al final, cuando la vida ve que fuiste valiente para soltar y decir adiós, te recompensa con algo que ni tú mismo esperabas: un nuevo y mejor “hola”.

Afortunadamente no eres tú

A veces el más grande acto de amor es alejarte de una persona, no tanto por amor a ella, sino por amor a ti.

Te guste o no, a veces el mejor regalo que la vida puede darte es quitarte del camino a esa persona que ya no tiene nada nuevo que aportarte. Aunque te duela, la vida consiste en ciclos y madurar significa aprender a cerrarlos para abrir otros nuevos, quizá con otro tipo de personas que aporten y te enriquezcan. Y cuando eso pasa, entendemos por qué no funcionó con nadie más y hasta podemos decir: afortunadamente no fuiste tú. ¡Y qué bueno!

A lo largo de mi vida he aprendido que las personas llegan a nuestro camino por diversas razones. Ya sea que nos enseñen algo o al revés, o que incluso nos hagan vivir experiencias necesarias en nuestro aprendizaje, siempre cabe la posibilidad de que, tarde o temprano, esa relación termine sin importar la causa.

No obstante, saber que la vida te hizo un favor al alejarte de alguien es algo muy liberador y que se agradece. Y es que, ¿para qué perder el tiempo con una persona que en su momento te hizo feliz pero ya no? Realmente no tiene caso forzar una situación que comienza a perder magia para regresar a su forma habitual: una calabaza vil y sin chiste que ya no tiene encanto.

Míralo de esta manera: quizá lo más bonito de esa persona que se va de tu vida es justamente eso, su partida, que te deja en libertad para darte la oportunidad de encontrar a alguien que pueda hacerte igual o más feliz que quien se fue. Pero no me malinterpretes, tampoco quiero que te conviertas en un despiadado y frío corazón de metal que no siente ni asimila ese dolor. Claro que va a doler, y puede que duela más de lo que pensabas, pero también puede ocurrir que no duela tanto y que ese sentimiento dure poco, dependiendo de las razones por las que esa historia haya terminado. El punto aquí es aceptar que lo que terminó fue por una razón y lo único que queda es todo lo bueno y el aprendizaje que se obtuvo.

Yo, por ejemplo, no tenía idea de cómo aplicar lo anterior hasta que me vi

en la necesidad de terminar una relación que, no conforme con desintegrarse con lentitud a causa de una infidelidad —también sé lo que se siente tener un lindo par de cuernos nivel vaca watusi—, comenzó a estancarse en esa cosa espantosa a la que llamamos rutina. Era un círculo vicioso que no llevaba ya a ningún lado y que, lejos de motivarme a seguir dando la mejor versión de mí mismo, me estaba obligando a sacar mi peor lado e, incluso, a volverme igual que él.

Fue por eso que tuve que replantearme si en verdad ése era el tipo de relación que yo quería en mi vida, tuve que elegir entre una relación que me daba inseguridad e incertidumbre y la posibilidad de dejarme llevar por la vida para poder conocer a otra persona que me diera lo que en verdad buscaba. Escogí la segunda opción.

La vida no se equivoca cuando nos hace el favor de quitarnos del camino a gente que ya no tiene nada nuevo que aportar a nuestra vida. Por eso, gracias.

La elegí porque sabía que merecía algo y alguien mejor, alguien que —como dice Paty Cantú en una canción— supiera amar y que me intoxicara con amor el cuerpo. No, en serio, descubrí que nunca es demasiado tarde para entender que siempre puedes tener cosas y personas mejores.

Créeme cuando digo que no es un pecado y tampoco es sobrevalorarse o ser exigente; al contrario, está muy bien entenderlo, aceptarlo y actuar en consecuencia. De verdad que no pasa nada cuando decides que es tiempo de darte la oportunidad de soltar lo que ya no te hace bien y tener esa relación que realmente te llene. No estás pecando ni de soberbia ni exceso de autoestima; sólo te estás dando cuenta de algo que sabías, pero que no habías practicado a pesar de haber tenido siempre el derecho.

Aprender a soltar situaciones y personas no sólo es un respiro de aire fresco, es también darle permiso a la vida de que, ahora sí, te mueva al sitio correcto en donde puedas sorprenderte al encontrar una persona que

realmente contribuya de forma sustancial, comprometida y significativa a llenar tu vida con otra dosis de felicidad, aparte de la que ya tienes. Así que mejor deja de deprimirte leyendo *Cumbres borrascosas* y aprende a decir ¡gracias! Agradece porque terminó y porque sucedió; agradece igualmente lo que pasó y lo que no también. Agradece incluso lo malo, porque en vez de convertirte en un cretino seguro te da motivos para seguir ofreciendo la mejor versión de ti mismo, para descubrir lo que en verdad quieres y no de una persona.

Aprende que con lo único que debes conformarte es con tu estatura y no con menos de lo que das en una relación, pero tampoco exijas nada. Si un amor no te llena, derrámalo, y si alguien te aprieta, busca a alguien de tu talla, porque seguramente existe. Es como comprar ropa: no puedes encontrar algo realmente bueno y de calidad sin antes haberte tomado el tiempo de buscar con paciencia, sólo así podrás encontrar algo que valga la pena. La vida y las relaciones siguen esa misma lógica. Entonces, si a un novio le gusta otro, regálalo; ya llegará alguien que te dé muchos motivos para quedarte a su lado, alguien que entregue todo sin reservas. Porque en esto del amor, se da —y bien— o mejor no se da nada; es mejor evitar las medias tintas. El truco es evitar sufrir, porque no vale la pena correr por alguien que ni siquiera se toma la molestia de caminar por ti. Así que a esa persona déjala ir, deja que sea feliz por otro lado.

Si se extrañan quizá volverán a estar juntos, en otro tiempo y otro espacio, menos inmaduros, menos orgullosos y más sabios. Pero si sientes —como yo lo sentí— que es el final, entonces agradece por las sonrisas, las caricias, los abrazos y los besos. Debes saber que, a pesar de todo, haber estado con ese alguien no fue en vano porque te ayudó a enriquecer tu experiencia de vida, y por ese simple hecho no queda más que agradecer que te haya permitido escribir esa historia de amor que, aunque breve, tuvo una buena trama —tal vez al inicio, pero la tuvo—, llena de comas, interrogantes e incluso puntos, algunos suspensivos y otros como este punto final.

Cuando finalmente logras comprender eso en su totalidad y liberarte, entonces puedes ver las cosas desde otro ángulo y decirles a todos los que pasaron de largo en tu vida: gracias, por fortuna no eres tú. Ésa es la mejor

satisfacción que alguien nos puede regalar, porque quiere decir que lo mejor aún está por venir.

Dicen por ahí

Dicen que ahora besas con los ojos abiertos porque si los cierras aparezco yo.

Al inicio no podía creerlo. Me negaba a darte el beneficio de la duda después de todo lo vivido. Pero lo que me contaron creó un espacio en mi interior para sembrar un poco de curiosidad y dar lugar al tímido y casi inaudible “¿será verdad?”. Parece cosa común que después de cierto tiempo la vida te haga recordar de nuevo personas, momentos e historias. Y yo, que conozco su afán de reírse a sus anchas de nosotros, pude entender el porqué, así que me dispuse a escuchar lo que tenían que decirme de ti para, quizá, calmar mis ansias y terminar por obsequiarte casi a la fuerza ese beneficio de la duda.

Y así me enteré de que mi foto aún está en tu buró y que no has vuelto a ocupar el otro lado de la cama; que lo guardas como si continuara siendo mío. Me dijeron también que en las mañanas sigues preparando café para dos aunque ahora eres sólo tú, que no has borrado nuestras fotos y que de vez en cuando, antes de dormir, te pones el suéter grande que olvidé en tu armario.

Pero eso no es todo. Me contaron que hasta hace unas semanas salías con alguien. Que le regalabas flores como a mí, pero no tenían el mismo efecto. Me han dicho que, aunque lo niegues, continúas buscando mi sonrisa en otros labios y mi consuelo en otros brazos. Dicen que se te nota y que es más difícil disimularlo cuando revisas nuestras viejas conversaciones que aún no borras, esas que abres cuando nadie te ve y te dibujan una sonrisa discreta. Me han dicho tantas cosas y todas me llevan de regreso a ti. Sé que ya no dedicas canciones porque no has encontrado quien se emocione como yo. Que mi lado en tu clóset sigue desocupado, por si un día la vida quiere que te vuelva a ver.

Al final, me pregunto si será posible que busques rastros de mí en los rincones de tu existencia diaria y, al no encontrarlos, tengas que conformarte con las estelas y el eco que mi paso en tu vida dejó como evidencia de lo que

una vez fue. Me han dicho tanto que me cuestiono si en verdad existe alguien cuyo tormento sea extrañar día tras día lo que una vez pensó que no iba a extrañar porque nunca se iba a ir.

Suertudos los que extrañan. Significa que tuvieron a alguien especial, alguien a quien vale la pena extrañar. Y tal vez ese sea el precio de haber vivido momentos inolvidables que ya no volverán... O eso me han contado.

Pero, por favor, no me malentiendas. No me alegra saber que hoy te encuentras así, un poco sin rumbo y un poco sin lugar. Tal vez me halaga, pero no me alegra porque sé lo que es extrañar. Me ha pasado y, de todos los castigos, ese es el que nadie debería sufrir, menos tú..., menos nosotros.

Sin embargo, ahora veo que sí, que es verdad, y ahí estás tú en la lejanía de tu soledad, guardándome todavía un espacio por si un día a la vida se le ocurre llevarme de nuevo por ahí. Pero descuida, tu secreto está a salvo conmigo y, con algo de suerte, un día también llegará alguien a contarte cosas sobre mí. Te las dirá durante una charla de café o una conversación de madrugada por el chat. Y entonces sabrás también que hubo un tiempo en el que, sin importar quien estuviera a mi lado, en silencio te seguía queriendo sólo a ti.

Así que sé paciente. Después de algunas jugadas y caprichos del destino, ese alguien llegará y lo reconocerás con mucha facilidad. Lo harás porque ese alguien seré yo. Mientras tanto, guardaré el secreto por si un día nos cruzamos y me decido a recuperar por fin ese suéter que tanto abrazas al dormir.

Mis días sin ti

Y entonces decides irte a un lugar donde amar sea buena inversión y donde confiar esté bien pagado.

Por fin, después de tanto meditarlo, lo hicimos. Logramos juntar la dignidad necesaria y el valor suficiente para hacer nuestras maletas y empacar ahí cada emoción y cada sentimiento de tal forma que pudimos llevarlos de regreso con nosotros y por separado. Como si nos hubiéramos prestado esos momentos sólo por tiempo limitado. Después, al salir del café y cruzar la puerta, nuestros caminos continuaron en sentidos opuestos como señal del punto final que se estaba dibujando en nuestra historia; historia en la que ya no había espacio para ninguno de los dos, en la que ya no había nada que contar. Así acabó y está bien.

El tiempo pasa. Ahora somos un par de extraños con recuerdos en común, perdidos de nuevo en el mundo y de vuelta al anonimato el uno del otro, como si no existiéramos. Mientras, amanece y anochece, amanece de nuevo y anochece otra vez. Una vez más amanece, pero noto que es diferente. Aunque llevo días despertando con la extraña sensación de que algo me falta... o me sobra, me siento diferente. Es cierto, me falta quien ocupe a veces el lado vacío de la cama y me sobra justamente ese espacio. Me sobra el tiempo que dedicábamos cada noche a charlas sin fin y me falta el sonido de tu voz. Son muchas cosas, pero aquí estoy..., aquí sigo y aquí estaré.

Sin embargo, y después de todo este proceso de duelo y aceptación que he estado experimentando en mi interior, hay algo que, por extraño que parezca, me llena de satisfacción y me brinda, de alguna forma, una sensación reconfortante. Por primera vez en mucho tiempo volví a sentirme sin presiones ni prisas. No tener que mandar un mensaje de buenos días ni buenas noches o soportar la espera de un mensaje de texto son cosas tan pequeñas que, de alguna forma, me hacen sentir liberado y sin ansiedad.

Puede que suene egoísta, y tal vez lo sea un poco, pero de verdad me alegra no tener ningún tipo de obligación sentimental ni tener que realizar

acciones protocolarias como cuando se tiene pareja. Y resulta un poco irónico, pero, a pesar de todo, se siente bien disfrutar de nuevo esta “soledad”... o libertad. ¿Cómo se le llama?

Para que nazca una estrella, una nébula debe colapsar. Yo colapsé con tu partida y renací.

Confieso que me gusta sentirme libre de nuevo, porque nuestro intento de amarnos con libertad no resultó, cuando se supone que ese es el chiste de compartir la vida con alguien: hacerlo sentir libre dentro de un espacio compartido. Pero no supimos hacerlo. Por suerte, hoy lo soy y me encanta dejarme consumir por esa libertad.

No voy a negar que aún hay momentos en los que extraño tu presencia, pero me alegra pensar que ya no tendré ni tendrás que soportar ciertas cosas. Cosas tan recurrentes y molestas como las discusiones, el desorden o los días enteros sin hablar son algo que definitivamente ya no quiero.

Me gusta poder salir a donde sea sin necesidad de tener que avisarle a nadie dónde estoy y mucho menos de llegar a cierta hora para no preocupar a nadie. Amo poder regresar a cocinar esos platillos que había dejado de comer sólo porque a ti no te gustaban. En pocas palabras, amo poder hacer todo lo que dejé de hacer por ti, y día tras día abrazo más la idea de únicamente ocuparme de mí y mis asuntos, de ir a mi ritmo sin tener que atenderme a alguien más. ¿Ahora entiendes por qué se siente tan bien? Por fin comprendo que amar no es desaparecer ni dejarse de lado, pero nosotros nos obligamos a eso.

No sé en dónde estés ahora o qué hagas, pero en verdad espero que descubras lo que yo, ahora que no estás. Si lo haces, abrázalo, explóralo y disfrútalo también. En verdad deseo que lo hagas. Olvídame y deja que mis recuerdos desaparezcan solitos de tu memoria. Haz aquello que incluso yo también te obligué a dejar de hacer y experimenta lo bien que se siente estar contigo y despojarte de las obligaciones afectivas y emocionales que nos

impone el amor.

Yo estoy aprendiendo a hacerlo porque había olvidado cómo y, con el paso del tiempo, me vuelvo más experto. No obstante y, como dije hace un momento, no niego que a veces sigo recordando lo que fuimos y no sé durante cuánto tiempo más lo seguiré haciendo, supongo que el suficiente hasta que sane por completo, y sanaré.

Lo que sí te puedo asegurar, sin lugar a dudas, es que cada vez te extraño menos y cada vez sonrío más.

Ya no me ardes

Hoy decido hacer limpieza de todo lo que ya no me sirve. Eso incluye tu recuerdo, que ya no arde.

Hoy es uno de esos días en los que sabes que nada es igual. Te despiertas sintiéndote diferente, como si algo dentro de ti se hubiera cansado de hacer lo mismo una y otra vez. Y hoy me siento así. Diferente. Agotado.

Al inicio no lo entendía y no sabía qué era. Había una extraña sensación reconfortante dentro de mí, como la que suele aparecer después de haber hecho algo bueno por y para uno. Una sensación que, al cabo de un rato, comprendí. Se trataba de un “ya basta, no más”, y fue así como las ganas de seguirte llorando se esfumaron, igual que tú.

Por un momento estuve a punto de sentirme culpable por permitirme disfrutar de esa liberación que me provocaba el simple hecho de ya no sufrir por ti. Quise sentir culpa, tal vez porque pensaba que dejar de llorarte significaba que ya no me importabas tú o esto que al final perdió la forma y el nombre. Y no es que no me importes o no me duelas. Es sólo que descubrí que me importo más yo y me dolía más extrañar esa parte de mí que dejé que se fuera contigo.

Entonces me levanté y decidí deshacerme de una vez por todas de ese intento de culpabilidad y de la autocompasión que me convertía en una víctima. Me propuse escapar de esa zona de confort llena de lamentos, donde me regodeaba una y otra vez en mi “pena”, cuando la verdadera pena era haberme permitido llegar a ese punto. Por eso me di cuenta y desperté.

No puedo exigir el amor de nadie, sólo
puedo dar buenas razones para ser querido y
esperar a que la vida haga el resto.

Comencé a recogerme la dignidad para acomodarla de nuevo en el lugar

donde correspondía, y también hice lo mismo con el amor y el respeto que por un instante se escaparon de mi control en alguna de tantas lágrimas que todavía llevaban tu nombre. En pocas palabras, me perdí en la tormenta de mi drama y dejé que se volviera un huracán. Pero las olas se fueron y el viento cesó. Así lo quise y así lo hice.

Por favor no me malinterpretes. No quiero decir que la herida sanó por completo y que ya no duele. De hecho, aún me dueles un poco. Todavía me duele esa llamada que ya no harás y esos mensajes que ya no vas a enviar. Me duele cada instante que ya no va a poder ser y me duele cada centímetro de distancia que se coló como plaga entre nosotros. Me dueles un poco cada momento, y al mismo tiempo, un poco menos cada día.

No obstante, entendí que nada se puede hacer con quien decide irse y por eso te abrí las puertas. Conocías bien la salida y la tomaste. Respeté tu decisión y al mismo tiempo, casi sin notarlo, comencé a faltarme al respeto yo. Pero me di cuenta a tiempo y por eso a estoy aquí.

Sé que aún piensas que sigo con la mirada vacía y la sonrisa quebrada por ti, pero ya no es así. Y posiblemente nunca sepas que hoy decidí ponerme un alto, pero no me importa. Con saberlo yo me basta.

Así que hoy es uno de esos días en los que, ya sabes, me di cuenta de que, por un momento, estuve lejos de mi centro, pero ya regresé y aquí me pienso quedar para no perderlo ni por ti ni por nadie que venga a importunar. Hoy lo entendí y lo he aprendido bien.

Ciao.

Nunca te voy a dar una segunda oportunidad

Aprendí que hay que agradecer lo bueno, lo malo y lo que pudo ser. Aprendí que existen personas como tú. Aprendí a cerrar ciclos con personas como tú.

Y, por fin, la herida sanó. El dolor se esfumó por completo y me reconstruí. Pude revivir de mis cenizas y aprender a seguir un camino que desde el inicio empecé solo, sin ti.

Han pasado los meses, y la vida, que a veces necesita reírse de sus propias casualidades, te ha traído de nuevo frente a mí. Ahora, estando en terreno desconocido por tu regreso, no sé si sea el momento o el lugar, tampoco sé si sea lo más prudente, pero hemos aquí... una vez más.

Miro tus ojos. Esos ojos en los que alguna vez me vi reflejado, pero que ahora no reflejan más que la palabra *arrepentimiento*. Tus manos piden perdón a gritos y tu cuerpo suplica mi absolución. Entonces, en un arranque de valor, haces la pregunta que te quemaba la lengua. Esperanzado y creyendo que es tu día de suerte, aguardas a que acepte escribir una segunda parte de una historia en la que mi punto final fue definitivo. Esperas que te vuelva a dar un papel en una película en la que, ahora, solamente yo puedo y quiero ser el protagonista.

Es así como, sin una pizca de compasión y de la forma más honesta, contesto “no”. Tus ojos se abren, tus manos sudan y un escalofrío te estremece el cuerpo. Pero, en efecto, he dicho que no y te doy mis razones.

Aprendí en este tiempo que las personas llegan y se van. Algunas se quedan por un tiempo corto y otras por más. Aprendí que los ciclos son parte de la vida y saber cómo cerrarlos es similar a graduarse en madurez. Y no es que no crea en segundas oportunidades, pero tal vez la vida me ha hecho ver que no todos las merecen. Al menos no alguien que se fue de mi lado porque le dio miedo que yo lo quisiera como no sabía quererse y como nadie lo había querido antes.

Aprendí que correr por alguien que ni siquiera caminó por mí fue un error fatal, un error que, sin embargo, me dejó una enseñanza grande: no

conformarme con menos de lo que doy. Aprendí incluso que existen personas como tú, personas a las que debo identificar para no caer de nuevo en sus redes y, sobre todo, para no ser como ellas.

... te agradezco el daño que me hiciste porque me fortaleció, te agradezco las mentiras que dijiste porque me hicieron más sabio y cauto; pero, sobre todo, agradezco tu adiós.

Perplejo, me miras y te recargas en el asiento. Por primera vez tu encanto no fue infalible. Yo, tranquilo, te miro con compasión. Por primera vez llevo a la práctica mi aprendizaje y me reservo el derecho de obsequiarte una segunda oportunidad, que bien podría ser la primera de alguien más, alguien que pueda enseñarme otras cosas, otros lugares y otros ángulos. Alguien que no necesariamente sea mejor tú, pero que me haga admirarlo y comprender por qué contigo tenía que terminar. Con todo lo que he aprendido de ti, puedo decir que no te daría una segunda oportunidad, no ahora que he crecido y madurado.

No obstante, te agradezco el daño que me hiciste porque me ayudó a ser más fuerte. Te agradezco las mentiras que dijiste porque me hicieron más sabio y cauto; pero, sobre todo, te agradezco tu adiós, porque tal vez lo más bonito de ti apareció cuando te fuiste, al regalarme la oportunidad de encontrar a alguien con quien compartir lo que es ser feliz. Ahora que lo sabes es por eso que jamás, jamás, te daría una segunda oportunidad.

A los fantasmas de mis ex

Un día aprenderás a dar gracias por todas las historias que has vivido,
incluyendo esas a las que decidiste poner punto final.

Hoy decidí hacer un alto para mirar atrás y ver todo lo que he recorrido. Quise darme cuenta del lugar en el que ahora me encuentro y tomar conciencia de aquellos que ahora forman parte de mi pasado y que, al mismo tiempo, me hacen parte del suyo. A medida que fui avanzando, sentí el peso de lo que significa ser el ex de algunas personas y, todavía más, tener recuerdos en común con gente que se ha ido o decidió cambiar de dirección, porque simplemente mi camino y el de ellos, estaban en sentidos opuestos. Conozco muchos que al terminar una relación, por desgracia, pasan el resto de sus días lamentándose y hablando mal de quien en algún momento les dio felicidad. No los entiendo. Siempre he pensado que hablar mal de alguien a quien se le tuvo amor, en realidad no hace quedar mal al otro, sino a uno mismo. Además, ¿para qué hablar mal de quien te dio experiencias agradables y te dedicó un poco de su tiempo? Todos tenemos motivos para odiar o detestar a quien nos rompió el corazón, dependiendo de lo infame que haya sido. Sin embargo, considero que aunque el dolor que nos provocó quien decía querernos es insoportable, no justifica en absoluto que guardemos rencor y resentimiento por el resto de nuestra vida, desgastándonos al hablar barbaridades sin sentido que nada más nos hacen quedar mal a nosotros.

Gracias, gracias, gracias por darme la oportunidad de ser libre y, en esa libertad, encontrar a alguien que verdaderamente me hace muy feliz.

Y en este punto me doy cuenta de que, en efecto, tengo muchos motivos para hacer una lista interminable de las cosas por las que ciertas personas

dejaron de ser mis favoritas y de ocupar un lugar especial, pero eso sería desperdiciar palabras y espacio de esta hoja, que bien puede ser ocupado en algo más constructivo y sensato. Se me ocurre tal vez usar estas líneas para agradecer a todos y cada uno. Agradecer por el tiempo y la paciencia, por las risas, por los abrazos y los besos. Agradezco a cada uno la historia que me permitió escribir, con todo y las incertidumbres.

Pero, sobre todo, agradezco el adiós, ese momento en el que decidimos poner fin a nuestro camino, porque gracias a esas experiencias puedo ser quien soy ahora. Gracias a ellas hoy puedo sacar lo mejor de mí para entregar una mejor persona de lo que fui con ustedes alguien que tal vez encontraré y me encontrará en el futuro. En serio, gracias por dejarme ir.

Ya no quiero desperdiciar mis “te quiero”

Hubo un tiempo en el que regalaba mis sentimientos y palabras más bellas a cualquiera sin que tuviera que esforzarse para ganarme. Ya no funciona así.

Ni mis “te quiero” ni mucho menos mis valiosos “te amo” funcionan igual. Pero no por egoísmo. No. En realidad, creo que me di cuenta de que la vida me está llevando a otra etapa. Una etapa de esas en las que no te queda más que madurar y comenzar a hacerte cargo de tus sentimientos y emociones; cuidarlos con esmero porque que si no lo haces tú, nadie más lo hará. Y justo estoy en eso. Es más, podría incluso decir con toda seguridad que tampoco quiero que alguien me ande regalando ese tipo de frases sin antes asegurarse que realmente las siente. Vivimos en una época en la que es muy sencillo dejarse llevar por los impulsos y emociones del momento, llegando al punto de hacernos decir cosas que en realidad no tienen un verdadero valor o significado especial. Solamente las decimos por decir.

Siempre he pensado que cada quien es responsable de lo mucho o poco que quiere salir lastimado en una relación, y he elegido el camino fácil: evitar todo lo que me haga sufrir.

No obstante, cualquiera fuera de contexto podría entender esto como un acto individualista y hasta mezquino, pero en realidad me gusta pensarlo como un acto inteligente, prudente y mesurado. Y es que, de todos los errores que podemos cometer los humanos, ninguno resulta tan catastrófico como decir algo que no se piensa y no se siente con antelación. Yo lo he vivido antes y ahora me niego rotundamente a pasar por la misma experiencia que los malos impulsos me hicieron atravesar.

Por eso ya no quiero dejarme llevar por unos ojos bonitos o por el embrujo de una sonrisa agradable que sabe decir palabras dulces, capaces de hacerme pronunciar frases que tal vez requieran un poco más de esmero. Solamente quiero disfrutar de esa mirada y esa sonrisa mientras analizo y observo las emociones que causan en mi interior. Quiero ver cómo se van desarrollando y saber hasta dónde llegan; si son lo suficientemente fuertes

para hacerme decir aquellas frases que ahora con tanta medida pronunciaré. Así que hoy elijo estar en paz. Me libero de la presión que genera tener que fingir sentir algo que se dice por error y también me deshago de la angustia que provoca estar esperando de otro una frase o una respuesta a palabras impulsivas y comprometedoras, sólo para constatar que ambos estamos en la misma sintonía, cuando es probable que no sea así.

Es de muy mala educación enamorar a alguien y no hacerse cargo de ese sentimiento. Pero es todavía peor no tener la madurez necesaria para saber con quién dejarse alborotar y con quién no.

Pienso que esta nueva postura que adopté para mí es una forma de demostrarme respeto y darme valor. Es la forma en la que entiendo que frases tan fuertes como “te quiero” y “te amo”, que han sido terriblemente devaluadas al regalarse a cualquier persona que nos endulza el oído por instantes, no deben tener ya un papel tan pobre y carente de significado.

Al fin comprendí que a veces es preferible guardar silencio cuando no se tiene nada que decir a ir por la vida rompiendo corazones inocentes y, mucho peor, dejando el nuestro a merced de otro que no va a cuidarlo mejor que nosotros.

Ahora que entiendo esto, entiendo todo.

No esperes que te espere

Después de algunas malas experiencias, resulta ofensivo detener tu vida por alguien que no se va a detener por ti.

Lamento mucho que se diera ahora y así. En verdad me habría gustado que pasara antes. ¿En dónde estabas? ¿Por qué no nos cruzamos cuando podíamos?

A veces pienso que somos ese chiste del que la vida se burla de vez en cuando. Y sé que todo pasa cuando tiene que pasar, pero habría preferido evitar esto, porque de todas formas no iba a continuar. Nunca pasó, sólo se detuvo un instante con nosotros, como si fuera de paso, y se fue.

Ahora no nos queda más que repetir ese viejo y gastado guion que ya sabemos de memoria cómo termina. Tú me dirás que, aun lejos, seguirás pensando en mí. Yo voy a sonreír incrédulo. Acordaremos escribirnos y llamarnos con frecuencia para que no se pierda la magia, que en mi interior sé que vamos a perder. Luego saldremos por última vez y nos alejaremos uno del otro; habrá tierra, mares, montañas y kilómetros de por medio. Durante los primeros días en esta nueva lejanía, seguiremos el guion al pie de la letra. Aún sé de ti y tú, de mí. Pero después de un tiempo, ser puro teléfono y teclado aburre. Me aburre. La idea de aferrarme a un espejismo, a algo cuya única realidad es la ausencia, comienza a fastidiarme y cansarme. Entonces pasan más días y, con ellos, los textos y llamadas cada vez son menos frecuentes. Tu nombre baja de posición en la lista de mis conversaciones del chat, y supongo que así es como la tecnología te dice que comienzas a olvidar a alguien. Sin embargo, esta vez no duele. Ya no. He estado aquí tantas veces antes, que me resulta familiar y no arde más.

Ayer nos encontramos y mañana nos separaremos. Así es esto a veces. Fuimos dos que quizás habrían sido la pareja ideal, pero el tiempo conspiró en nuestra contra y nos juntó en el momento menos indicado de nuestras vidas. Momentos con caminos diferentes que deben seguir su curso. Y, por primera vez en mi vida, no voy a poner resistencia ni me voy a aferrar a una

idea o a una ilusión con esperanza vacía sobre algo que, de entrada, ya sé que no va a pasar. No voy a detenerte ni a pedirte que te quedes. No quiero. Creo que, en ocasiones, llegamos sólo de paso a la vida de otros mientras esperamos el siguiente tren, y, bueno, en esta historia llegó el de cada quien y, esta vez, quiero abordarlo.

Lo que sí sé, y con toda seguridad, es que prefiero perder todo lo que pude haber tenido contigo a perder mi paz por quedarme a tu lado.

Así que no, no te voy a esperar y no pienso detenerme para alimentar la idea y la fe ciega de que algún día nosotros podamos ser. Me niego. Sólo voy a agradecerte por los momentos y por estacionarte conmigo para regalarme una bocanada de aire fresco y así poder continuar mi camino. Te voy a dejar ir y te guardaré como una experiencia.

Sé que tal vez me quedaré con las ganas de averiguar cuál es tu canción o tu color. Tampoco sabré qué te habría regalado en un cumpleaños y desconozco si algún día, en otro tiempo, por fin tendré a alguien que se acerque siquiera un poco a ti.

Lo que sí sé, y con toda seguridad, es que prefiero perder todo lo que pude haber tenido contigo a perder mi paz por quedarme a tu lado. Por tenerte a ratos, por temporadas, y sobrevivir a tu ausencia. Realmente me hubiera gustado saber cómo sería escribir esta historia juntos, pero somos dos extraños ideales a quienes el tiempo les jugó en contra, y me temo que eso sale de nuestro control.

Voy a levantarme junto contigo y también seguiré, sin ti, sin nosotros, pero conmigo. Pasarás a formar parte de mi lista de experiencias por recordar y por las cuales no me detuve. Porque si algo aprendí es que ya no estoy dispuesto a cruzar universos enteros por quien no puede o no quiere cruzar siquiera una calle por mí. Ya no.

De ahora en adelante, si alguien va a quedarse a mi lado, tendrá que

cruzar el universo conmigo, al mismo tiempo y en la misma dirección. Por eso no me esperes, que yo tampoco lo haré. Aún queda tanto por recorrer.

Los amantes pasajeros

Ya lo hice. Ya acepté el hecho de que algunas personas llegan a nuestra vida de forma temporal. Bailan un rato con nosotros y se van.

De acuerdo, lo acepto. Admito que me costó mucho tiempo y trabajo asumir lo efímero y fugaz que resultan algunas cosas de la vida. Sería poco sensato de mi parte decir lo contrario y fingir que jamás tuve que lidiar con eso. Lo hice, y la buena noticia es que, al menos, sigo aquí.

No creo haber cambiado mucho a raíz de eso, pero sin duda sé que ahora soy un poco menos testarudo y un poco más maduro. Algunos dirán que gané experiencia..., y yo también lo creo así. En ese proceso de soltar y fluir, aprendí muchas cosas. Aprendí, por ejemplo, que los fines de semana al final duran lo mismo que un parpadeo. Un día es viernes y al siguiente domingo.

Aprendí a afrontar que mi canción favorita sólo es de dos minutos y medio, y no hay nada que yo pueda hacer para prolongarla. Tuve que hacerme a la idea de que el bote de helado en la nevera no iba a durarme para siempre. Y, por supuesto, también atravesé por lo difícil de aceptar que de lunes a viernes el despertador debe sonar en algún momento para interrumpir mi sueño y regresarme a la realidad.

Lo mismo pasó con las duchas calientes antes de dormir, los cafés por la mañana y los abrazos apretados. Todos, fugaces, pasajeros. Todos instantes. Pero, sin duda, nada me costó tanto trabajo como aquel día que tuve que decir adiós. No hubo más remedio y no había otra opción. Tampoco es que la vida me haya acorralado para no encontrar otra manera, porque entendí que así debía ser. Que las cosas son como son, nos guste o no. Y fue justo en ese instante de despedida cuando acepté el cruel hecho de que algunas personas llegan a nuestra vida de repente, sólo para darnos felicidad temporal. Llegan a bailar con nosotros un rato y se van.

Ahora entiendo que esa es su misión: regalarnos pequeños instantes de vida que, aunque fugaces, se quedan en nuestra memoria para siempre y nos dan un respiro en medio del caos. Instantes que hacen que el mundo deje de

doler por un rato, para después continuar, más ligeros, nuestro camino, con una sonrisa por haber logrado ser felices, aunque sólo fuera diez minutos seguidos.

Todos hemos sido el cometa Halley en el cielo estrellado de alguien más. Hemos sido la huella en la arena dentro de la playa de alguien más. Hemos sido ese instante que pasó rápido y apenas deja rastro.

Duele un poco acostumbrarse a la idea, pero nadie ha muerto por ello. Al menos yo no morí y tampoco esa parte de mí que se fue con esa persona, porque yo se la regalé. A cambio recibí un pedazo suyo como obsequio por esos instantes de felicidad, que aún conservo en esa parte de mi mente donde mantengo su recuerdo con vida. Ahora ya no somos parte de un presente compartido, y probablemente tampoco lo seamos en nuestro futuro, porque así son esos momentos de felicidad pasajera que alguien bueno nos regala cuando se estaciona junto a nosotros por un rato.

No obstante, también sé que existe otro tipo de felicidad. Es ese tipo de felicidad que comienza en uno, que crece y también se comparte con alguien más. Tiene mayor duración, indefinida también, pero es más prolongada si se alimenta.

Son esos pequeños momentos de felicidad fugaz los que nos hacen ser un poco de lo que somos cada día. Y no sé si seguiré siendo ese instante de felicidad temporal para otros durante algún tiempo. No lo fuerzo ni lo busco. Tampoco sé con exactitud cuántos más lo serán para mí y por cuánto tiempo. Lo que sí sé es que un día llega otro tipo de personas, de éstas que, después de mucho viajar, deciden soltar sus anclas, instalarse y dejar de ser un instante nada más y se quedan con alguien. Alguien que ya no calme su apetito con felicidades temporales ni afectos con fecha de caducidad. Alguien que deje de conformarse y más bien haga de la vida ese gran momento para compartir

hoy, mañana y siempre.

Ahora que te vuelvo a ver

Entendí que para querer no hace falta tener a nadie a la fuerza. Por eso te di
dos cosas: mis brazos para que te quedaras y mis alas para que volaras. Tú
decidiste volar y qué bueno. Gracias.

En definitiva, la vida es muy chistosa. Primero une caminos, para después separarlos y volver a unirlos después. Como si nos viera desde lejos y se divirtiera con nuestras reacciones, siempre a la expectativa de ver cómo vamos a manejar las situaciones que nos presenta. Se ríe de nosotros, le causamos gracia sin darnos cuenta.

Curiosamente, hoy es uno de esos días. De forma premeditada y sin saberlo, nos hemos convertido en parte fundamental de su plan. Así nos volvimos a encontrar. Aquí estamos, una vez más, como en los viejos tiempos, tiempos que no necesariamente quiero repetir. No he sabido nada de ti desde hace tanto y tampoco me interesaba mucho. No sé qué has hecho o adónde has ido y mucho menos con quién has estado. Pero no me preocupa. Hoy veo que estás bien y, de alguna forma, eso me da gusto.

De igual modo, también me perdí de tu radar y lo hice a propósito. No creo que te haya importado mucho saber de mí y no esperaba que así fuera. Aunque, si realmente te llegó a pasar, creo que ya era demasiado tarde.

No sé cuánto tiempo vaya a durar este breve encuentro. Pero, aprovechando la ocasión, debo decir que después de tu partida pensé que no podría recuperarme. Creía que era el fin de mi mundo, cuando en realidad era el comienzo de uno nuevo.

Eras mi taza de té, pero ahora bebo
champaña.

Incluso llegué a pensar que después de ti no habría nadie. Que nadie podría compararse contigo y, en efecto, así es. Porque, de hecho, tiempo después de tu partida conocí a alguien que ahora me hace muy feliz y, desde luego, no se

compara en nada contigo. Sin embargo, creo que sería muy absurdo desperdiciar este instante frente a ti diciéndote lo feliz que soy y lo bien que me siento después de nuestra historia. Más bien, quiero agradecerte el tiempo que me diste. Agradecerte los días y las noches, los enojos y las risas. Incluso que hayas fingido al hacerme el amor. Así que ahora, querido compañero, no me resta más que decirte desde el fondo de mi corazón: gracias por dejarme ir.

Adiós.

Hoy no tengo ganas

Un día ya no te causan conflicto esos momentos de soledad. De hecho, los invitas a pasar y a que se queden ahí contigo, a un ladito de ti.

No sé si sea políticamente correcto un manifiesto así, en medio de un mundo que ha sobrevalorado estar en pareja. Un mundo que incluso ha hecho de la soledad y la soltería un verdugo; un monstruo que vive bajo la cama y del cual deberíamos escapar a como dé lugar.

Tal vez no sé muchas cosas sobre eso y tampoco me interesa mucho descubrirlas. Sólo sé que hoy no tengo ganas de una relación, no ahora y no sé hasta cuándo. No me interesa y me siento bien así. Era necesario que fuera sincero conmigo, porque aceptarlo me libera y aligera mi carga. Es como dejar de arrastrar una pesada obligación que con el tiempo se transformó en un deber, estar con alguien solamente para encajar en los estándares sociales que dictan las reglas de lo que es mejor para cada quien. Reglas que hablan mucho de lo vital que es el contacto con otros, pero que muy pocas veces se refieren a lo importante, quizás aún más importante, que es el contacto con el propio “yo”.

Actualmente, todo el mundo muere por tener una relación con quien sea, no importa. Todos sueñan con tener algo parecido a los cuentos de hadas, porque desde niños nos enseñan a creer en eso: en mentiras que nada tienen que ver con la realidad. Y siguiendo esas ideas absurdas e irreales, es mejor estar con alguien a quedarse solo, y por eso muchos tienen una relación aunque no sepan ni por qué ni para qué.

Del mismo modo, también están los que se la pasan quejándose de su mala suerte amorosa y sufren por no tener a nadie. Son personitas que van por la vida lamentándose por ello, como si a los demás nos importara gran cosa saber lo ansiosos y desesperados que están por encontrar a alguien que los quiera como ellos mismos no saben quererse. La verdad es que me parecería deprimente ser como alguno de los dos. Por eso no tengo reparo en gritarle de frente a todas esas reglas absurdas que no me interesa y no quiero

tener nada con nadie. No tengo ganas, tiempo ni mucho menos ánimos de hacer espacio en mi vida y mi rutina para alguien más. La única relación que quiero y en la que deseo trabajar es la que tengo conmigo y que por idiota a veces descuido.

Al inicio pensaba que mi elección era por temor a ser lastimado otra vez y vivir esos momentos amargos que provoca el desamor, pero no. La verdad es que ha pasado tanto tiempo desde la última vez que me rompieron el corazón, y hace tanto que lo sané, que ni siquiera puedo recordar lo que se siente tener el corazón roto ni lo mucho que duele. Tampoco me da miedo que vuelva a pasar. No, porque he aprendido de los errores pasados y a estas alturas es más fácil que me lastime el dedo pequeño del pie con la base de la cama a que venga alguien de nuevo a romper y desordenar lo que con tanto trabajo, paciencia y tiempo he logrado reconstruir y dejar en perfecto estado.

En realidad, es mucho más sencillo que eso; todo se reduce a tres palabras: *no tengo ganas*. Así de simple. No tengo ganas en estos momentos de mi vida de repetir más veces el nombre de alguien antes que el mío. Tampoco me vuelve loco la idea de adecuar mis planes y mi tiempo a los de otro, sólo para seguir eso del “dando y dando” o ceder y ceder. No quiero y no lo haré.

Es mentira que hay que vivir todo el tiempo con las ganas y puertas abiertas al amor. Es como con los mormones: si no te da la gana abrir la puerta, no la abres y punto.

Yo de lo que tengo ganas es de seguir levantándome tarde los sábados porque no tengo que correr a la ducha inmediatamente después de despertar para arreglarme y salir a ver a alguien con quien repetiré el mismo guion de cada fin de semana.

Tengo ganas de disfrutar el gozo y tranquilidad que provoca no esperar mensajes ni llamadas de nadie, que hay que responder con frenética ansiedad para evitar el incómodo “visto” y los agonizantes tiempos de espera.

Yo quiero estar conmigo, con yo mismo y yo. Nada más. Quiero poder entenderme todavía en muchos aspectos antes de siquiera intentar comprender a alguien que de seguro no se va a esmerar tanto por conocerme de la misma forma en que lo haría yo. Quiero vivir mis tormentas y mi caos solo. Ahogarme en ellos y después volver a salir triunfante y ser mejor de lo que fui. Quiero terminar de saber y definir qué es lo que quiero y hacia dónde voy, porque a veces no lo sé y tengo dudas que me gustaría despejar. Eso es lo que quiero: pensar en mí y resolver todas esas interrogantes antes de pensar en resolver las de alguien más. Y no es egoísmo; yo le llamo amor propio, algo que sería bastante útil que enseñaran en las escuelas en lugar de ecuaciones que jamás vamos a usar.

Quiero acompañarme durante un buen rato y no sé por cuánto tiempo. Podría ser un mes, dos o tres, incluso un año o más, no lo sé. Yo sólo quiero que sea el tiempo necesario para tener ganas otra vez de acompañar y caminar al lado de alguien, pero esta vez sin dejar de acompañarme. Cuando eso pase, será maravilloso y seguro lo voy a disfrutar.

Por lo pronto, y por ahora, lo único que quiero es una relación saludable conmigo. Me niego a estar con alguien sólo por estar, por costumbre o apego. Hoy quiero ser ese Grinch que usa repelente para el amor y quedarme así por un rato, haciéndole el feo a Cupido porque quiero y porque puedo. Eso es bonito y está bien. Sé que tal vez no tenga a nadie con quien pasar los cursis y sobrevaluados días de San Valentín, ¡y qué bueno! Mi cartera lo agradece y yo también. Así que, de manera educada, les digo a todas esas normas sociales sobre la soltería y el amor que pueden irse por tiempo indefinido al carajo o a la mierda, lo que quede más lejos. Por lo menos hasta que aparezca alguien lo suficientemente increíble como para hacerme querer cambiar de opinión, porque valdrá mucho la pena y toda la alegría del mundo.

Ahora no soy el mejor partido ni el candidato ideal para estar con alguien porque no se me antoja serlo —aunque, eventualmente, cuando me vuelva a dar la gana, seguro lo seré—. Por ahora mi único plan es seguir volando solo mientras disfruto esto que es mío y de nadie más. Esto que con mucho gusto me hace gritarle al amor en la cara: “No gracias, no estoy interesado y así estoy estúpidamente feliz. Adiós”.

Querido futuro amor

No quiero enamorarme por necesidad o por no saber qué hacer con mi soledad. Tampoco quiero hacerlo por compromiso u obligación. Así que, esta vez, me tomaré todo el tiempo que sea necesario porque entendí que el amor no va de prisa.

No sé muy bien cómo empezar, así que comenzaré con un simple “hola”. Ni tú ni yo nos conocemos. No sé quién eres y tampoco dónde estás. O quizá sí. Imagino que en algún punto fue la vida —que a veces gusta de divertirse con nosotros— la que nos presentó en algún lugar, pero no nos reconocimos y ahora no nos recordamos. Pero no importa.

Contrario a lo que podrías pensar, quiero decirte que esta no es del todo una carta de amor y, por lo tanto, no te expondré lo emocionado que estoy por conocerte ni tampoco me pondré romántico por la ilusión que me causará nuestro encuentro cuando suceda. Perdón, pero no lo haré. Y no es que no quiera hacerlo o no tenga motivos. Por supuesto que a todos nos entusiasma la idea de pensar que ahí afuera, en alguna parte del mundo, también está esa persona buscándonos y que terminaremos pasando juntos el resto de nuestra vida; pero yo tengo asuntos más importantes que arreglar antes de encontrar a esa persona o, en este caso concreto, antes de encontrarte —o tú a mí, no lo sé—, aunque ambos seamos completos desconocidos todavía.

Por eso, esto no es una carta de amor. Es más bien un texto a corazón abierto en el que te pido que por favor te tomes tu tiempo. ¡¿Cómo?! Sí, como lo lees. Te pido en estas letras que por favor no te apresures ni te presiones por llegar a mi lado. Entiendo que esta petición puede parecerte absurda o ridícula. Después de todo, ¿quién en su sano juicio no querría apresurar ese momento en el que por fin conoces a ese “siguiente” que podría ser el amor de tu vida? Bueno, ¡sorpresa! Yo soy uno de esos que no tienen prisa en adelantar lo que de todas formas va a ocurrir, tarde o temprano.

Pero vayamos al grano. ¿Por qué he decidido pedirte algo como esto, que aparentemente no tiene sentido? Creo que tiene más que ver conmigo que contigo, pero está bien, lo estoy manejando. Porque después de un tiempo en esta dinámica de enamorarse y decepcionarse, se te van desgastando las

emociones y, claro, también el corazón. Por eso en algún momento es necesario hacer un alto total en el camino y apretar el botón de “restaurar” para volver al punto de partida. Sabes a qué me refiero. Y me temo que yo me encuentro parado justo en ese punto de mi vida.

Y esperaré como esperan los secretos, a develarse con un beso para al fin decir amor.

Mi corazón, digamos, está en recuperación. La última persona causó un gran desastre y tuve que juntar de nuevo mis partes rotas para poderlo reconstruir. Después de la terapia intensiva logré estabilizarlo y ahora lo rehabilito en terapia de mantenimiento.

Por eso no tengo prisa. No me agobia ni me causa ansiedad la espera, por eso no quiero apresurarte a que llegues. Posiblemente tú en estos momentos tengas a alguien que te haga muy feliz, y me gusta pensar que así es, pues creo en la teoría de que hay personas que están destinadas a conocerse y quedarse juntas.

Pero mientras ese día llega, tú sé feliz, sé libre y disfruta lo que hagas y con quien lo hagas. Sal, ríe, baila, goza la etapa de tu vida en la que te encuentres, que ya tendremos mucho tiempo para caminar juntos y escribir otra historia, nuestra historia. Yo, por mi parte, te prometo hacer lo mismo. He aprendido a estar conmigo y me gustan mis momentos a solas. He pasado tiempo mejorando la relación conmigo mismo y retomando esas cosas que me gusta hacer, sacando del cajón esos proyectos olvidados y compartiendo tiempo con la gente que me importa y que aparté de mí cuando estuve fuera de mi centro por alguien que no lo merecía. Ahora es diferente, me siento pleno y feliz. Así quiero que me encuentres cuando sea el momento.

Por lo pronto seguiré reparando mi corazón hasta que se recupere por completo. Tendré paciencia para esperarte y seguiré haciendo mi vida como hasta ahora. También quiero disfrutar de mí y de todo eso que deseo hacer antes de conocerte. Porque, créeme, el día que por fin nos toque estar frente a

frente, ya estaré listo para darte la mejor y más cálida de las bienvenidas.
Hasta entonces...

Con todo mi amor, tu futuro amor

IV

Porque enamorarse
(otra vez) está chingón

No te hagas, sabes que sí. La verdad es que enamorarse de alguien, y que ese mismo alguien se enamore de ti, no tiene comparación. Además, tú y yo sabemos que enamorarte de nuevo es algo que llevas esperando desde hace mucho. Descuida, ése va a ser nuestro secreto, y de verdad quiero que lo cumplas. Para eso has llegado hasta aquí. Ha sido un viaje largo y estoy seguro de que ya no eres la misma persona que al inicio. Y está bien, porque eso quiere decir que funcionó. Yo creo que mereces el amor que has tratado de dar a las personas “equivocadas”, siempre lo has merecido, pero no lo creías. De ahora en adelante, ya lo sabes. Créelo. Siempre.

Ahora sí, enamórate sin miedo (otra vez)

Tomar el riesgo de entregarle el corazón a alguien nuevo puede ser la entrada para la mejor y más satisfactoria experiencia de tu vida. Confía.

Todos hemos experimentado lo que es tener el corazón roto alguna vez —o varias—, pero, como siempre lo he dicho, saber lo que se siente tenerlo en mil pedazos es parte del viaje llamado vida. Sin embargo, también creo que es parte del camino aprender a reconstruirlo después del dolor y la decepción para poder entonces volver a dar amor sin reservas.

Con frecuencia, después de que alguien ha cometido la grosería de rompernos el corazón, solemos convertirnos en ostras, tratamos de proteger lo poco que nos queda de las garras del temible amor. Pero ¿se han puesto a pensar que lo que en realidad nos aterra es que las personas puedan ser despiadadas con nuestros sentimientos y no el amor *per se*? Las personas nos pasamos la vida esforzándonos tanto por no ser lastimados que, de forma inconsciente, lo único que hacemos es evidenciar más nuestra vulnerabilidad. Queremos tanto tener todo bajo control cuando estamos en una relación, cuidar cada detalle y siempre estar alerta y a la defensiva por si algo ocurre, que lo peor que imaginamos termina por suceder, porque no supimos enfocar nuestra atención en otra cosa que no fuera ese miedo latente y aparentemente escondido, que lo único que sabe hacer es eso: boicotear relaciones y hacer que terminemos viendo *chick flicks* cada San Valentín.

Honestamente no comparto esa frase mafufa que dice: “Lo que no te mata te hace más cabrón, más frío y más hijo de puta”. ¿Quién, en su deseo de algún día encontrar el amor, querría tener esas características como carta de presentación? Pienso que nadie, al menos yo no y seguramente tú tampoco. Si bien es cierto que las películas de Julia Roberts y Jennifer Lopez nos han vendido una idea falsa del amor, también es cierto que hemos comprado otras ideas falsas que, creemos, nos protegen del amor para hacernos impermeables al dolor que de forma testaruda nos empeñamos en seguir alimentando en nuestra mente, pero que no es real porque ya pasó y quién sabe si vuelva a

pasar.

Tener el corazón roto no es una derrota, al contrario, es signo de que se luchó por algo importante.

En este tiempo he aprendido —seguro también lo sabes ya— que cada decepción amorosa en realidad no es tan mala, porque hace crecer la capacidad de amar. Además, creo que tener el corazón roto no siempre es una derrota; al contrario, significa que intentaste y luchaste por algo importante, que al final no pudo ser; es parte del aprendizaje y las enseñanzas se quedan.

Los tiempos actuales nos han convencido de que en cuestiones del amor es mejor vivir protegiéndonos y siendo egoístas con nuestros sentimientos para evitar el dolor, porque así la vida es más fácil. No obstante, sostengo que darse el derecho y la oportunidad de elegir la aventura, lo desconocido, e incluso permitirse ser vulnerable con alguien que llega a nuestra vida es dejarse ir..., es vivir. Por eso hay que tomar la oportunidad de enamorarse cuando se vuelva a presentar, porque seguro pasará y entonces habrá que confiar de nuevo. Abraza la incertidumbre que viene con un nuevo amor y disfrútala. Aprende a involucrar a tu corazón en todas tus decisiones porque, aunque suene a cliché, él nunca se equivoca. Es como si el cerebro estuviera en el corazón y el corazón en el cerebro. Así se ama con sabiduría y se piensa con amor, para que tal vez un día puedas tomar ese riesgo, aventarte al vacío y dejarte ir una vez más; quizá de esa forma te de la mejor experiencia de tu vida, que estará ahí para darte los buenos días y prepararte el café en el desayuno. Que estará ahí para consolarte y también para llenarte de sonrisas. Que estará ahí para brindarte ese bonito sentimiento de que tu corazón está a salvo y que todos los días vuelve a encontrar al amor de su vida en ti. Recuerda que el amor no se hizo para acumularlo como un avaro con sus monedas, se hizo para entregarlo sin reservas. Después de todo, ya sabes lo que dicen: se acercan tiempos difíciles y amar es urgente.

Los valientes como tú

No hay nada como la entereza de aquellos que se rompen y aprenden a juntar
de nuevo todas sus partes rotas para sanar.

Pues sí, al final es cierto. En verdad existen aquellos que huyen, que temen y se ocultan. Aquellos que alguna vez se enamoraron y nunca más lo hicieron de nuevo por miedo a terminar peor que la última vez. Es esa clase de gente que prefirió estancarse en el papel de la víctima, que cargan con un corazón roto que no saben —o no quieren— reparar y que arrastran un manojo de emociones enredadas hasta quién sabe cuándo. Porque en ocasiones es más fácil culpar a los demás de nuestras circunstancias, en lugar de enfrentarlas y tomar la parte de responsabilidad que nos toca. Y, curiosamente, esta gente es así: va por la vida responsabilizando a otros y justificando sus actitudes con el pretexto de no querer volver a sufrir lo mismo. Sin embargo, no se dan cuenta de que vivir así es de hecho el verdadero sufrimiento. Entonces pasa el tiempo y se convierten en la típica persona que se queda esperando la llegada de alguien que la quiera como no sabe quererse, y que también cure y repare las heridas que no ha sabido sanar por sí misma, como si fuera deber de otros hacerlo. Es gente que simplemente necesita de otros para sentirse “feliz” y completa, como si su felicidad no dependiera de ella.

Lo peor de esa clase de sujetos es que van por ahí arruinando historias e inventando puros cuentos, tal como algún infame de su pasado lo hizo con ellos antes de huir y transformarlos en esos seres que, aunque quieran volver a amar y sentirse amados, no saben cómo. Y cuando por fin parece que pueden volver a darse el permiso de hacerlo, a lo más que llegan es a darlo a cuentagotas y quieren un día sí y un día no. Aparentan querer, pero no lo demuestran porque son cobardes y se la pasan huyendo, como si el amor pudiera vivir constantemente asustado, cuando en realidad no puede.

Pienso que ese tipo de gente automáticamente muere sin dejar de respirar, y qué lástima, porque desde entonces odian y temen a todas las rosas sólo porque hubo un par que les picó.

Pero también existen los valientes como tú. Ésos que a pesar de haberse roto en el pasado, y sin importar cuántas veces, se han levantado, secado sus lágrimas y aprendido a juntar de nuevo todas sus partes rotas para curarse a sí mismos. Ese tipo de gente que, en vez de sentarse a llorar eternamente y lamentarse en el lodo de su sufrimiento, decidió aprender la lección y mejorar; tomar esa experiencia para hacerse más fuerte y resistente. Se convierte en una persona que no teme mostrar sus cicatrices porque cada una significa una lección aprendida y una prueba superada. Por eso creo que el mundo realmente les pertenece a ellos, a los que son valientes, como tú, y se vuelven a enamorar. Que vuelven a creer, a confiar. Y aunque no tengan mucha certeza de si funcionará o si dolerá otra vez, van, se arriesgan y se entregan a ese vacío, a esa incertidumbre.

La diferencia entre el cobarde y el valiente es que el cobarde ruega y quiere que le rueguen. Mientras que el valiente, si realmente te quiere en su vida, te pondrá en ella sin que tengas que rogarle ese lugar. Sé como el segundo, siempre.

Están los que, como tú, sonrían de nuevo por la emoción que causa conocer a alguien y que esperan con ansias ese mensaje de texto por la mañana. Son los que, sin importar nada, vuelven a tomar de la mano, abrazan y regalan besos como si fuera la primera vez. Son los que se quitaron la máscara de víctima, aprendieron y decidieron volver a probar suerte, sabiendo que un día darán en el blanco con alguien que también haya aprendido lo mismo.

Ahora ya sabes que hay más como tú. Andan por ahí, repartidos en alguna parte del mundo, aprendiendo, mejorando y avanzando, convirtiéndose en la mejor versión de sí mismos para que en una de éstas la vida los sorprenda y haga que se junten cuando menos lo esperen.

Sabes que los valientes son reales y existen, que tarde o temprano se

encuentran. Tú mismo lo has comprobado porque después de haber librado ciertas batallas ya no te conformas con amores cobardes y amores partidos. Te deshaces de ellos, los dejas atrás y haces espacio para otro amor, uno mejor, uno sin miedo, porque sabes que lo mereces. Y, perdón, pero después de todo tú y yo sabemos que ir tras lo mejor es sólo para unos pocos.

Enamórate hasta que te salga bien

A estas alturas de la vida ya no estamos en condiciones para poner pretextos
ante lo único que puede salvarnos: el amor.

Ya lo entendí. Se trata de intentarlo una y otra vez hasta que, en una de éstas, demos en el blanco y dejemos de ser parte de las estadísticas; éstas en las que la gran mayoría claudica por “culpa” de un corazón roto.

Después de mucho tiempo —y muchos tropiezos también— logré comprender que las personas no dejan de enamorarse por el corazón roto, porque éste se reconstituye, se repone y se hace más fuerte. En realidad, la gente deja de enamorarse por pereza y egoísmo, pues no es el amor el que se acaba, sino las ganas y la paciencia. Y es que es comprensible querer evitar las situaciones dolorosas que ya se han vivido antes. Nadie quiere desgastarse de nuevo en vano por alguien que al final resultó no valer tanto la pena. ¿Pero por tener el corazón roto? No, señores, esa excusa es para tontos y cobardes.

En el proceso he aprendido que esto de la sanación interior puede darse en lo individual, sin ayuda de nadie, o con la llegada de alguien que te hace volver a creer y confiar. Porque, en efecto, siempre existe esa persona que con sólo abrazarte te ayuda a reacomodar todo y reparar lo que estaba roto en ti. Te brinda la oportunidad de hacer lo que te habías negado a vivir de nuevo: enamorarte. Y, pensándolo bien, no está tan mal. Así es la vida, como una prueba de ensayo y error constante, un experimento que erramos muchas veces pero en el que acertamos muchas otras. Son esos errores los que nos permiten encontrar los aciertos más importantes, pero nunca los descubriremos si dejamos de intentar, si no perdemos el miedo a fallar otra vez.

Por eso creo que debemos seguir enamorándonos con todo y sus consecuencias, hasta que en una de éstas obtengamos el resultado que esperamos. Y no me refiero a hacerlo por impulso, ciegamente o por deporte; también hay que aprender a ser sabios a la hora de hacerlo, y hacerlo cuando de verdad lo sentimos, sin reprimirlo. Somos eternos viajeros en esto del

amor y cada uno tiene una estación donde alguien espera para viajar a nuestro lado, pero debemos seguir buscando esa estación.

Hazlo, enamórate de nuevo y equivócate. Hazlo sin miedo. Puede que te pase lo de siempre o puede que sea diferente. Si te pasa lo de siempre, sécate las lágrimas, levántate y vuelve a empezar. Te juro que no pasa nada.

Por eso, pierde el miedo a enamorarte. Enamórate y equivócate las veces necesarias, porque te repondrás y te levantarás de nuevo las veces que hagan falta. Besa los labios erróneos y entrégate a los brazos equivocados. Quédate ahí y goza mientras puedas. Disfruta del calor que puedan brindarte mientras puedan y quieran hacerlo. No te niegues ni te cierres a intentarlo de nuevo sólo por los tropiezos que has tenido y, por favor, no pongas como excusa tu corazón roto porque de cualquier forma te vas a enamorar en otra ocasión, como si fuera la primera vez.

Entrégate de nuevo a alguien, aunque con el tiempo te des cuenta de que no era la persona indicada, pero entrégate sin miedo porque eso no lo sabrás sino hasta después. Dale tus abrazos y tu compañía a todas las personas que sea necesario antes de que encuentres a la persona ideal, esa que también te estaba buscando en los brazos equivocados. Mírate en unos ojos que al final no serán para ti y, cuando te des cuenta de eso, no te atormentes ni te recrimines. Como todos, estás aprendiendo y en el amor nunca dejamos de hacerlo.

Por lo pronto, enamórate una y otra vez, como si fuera una disciplina en la que tienes que ser el mejor. Como si se tratara de tocar una pieza musical hasta que te salga. Enamórate hoy, enamórate ahora, mañana y siempre. Enamórate hasta que un día dejes de enamorarte de gente diferente, para que entonces, te enamores de una sola persona cada mañana al despertar. Después de todo, bien dicen que nunca nos enamoramos de la misma forma dos veces,

y puede que sea en la siguiente ocasión cuando encuentres a alguien que te hará entender por qué no tenía que funcionar con nadie más; alguien que se quede contigo sin que se lo tengas que pedir, porque quiere y porque puede.

Hola, extraño

Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*

Hubo una época en la que varias personas se acercaron a mí para contarme la clase de amor que buscaban, y fue entonces, con esas historias, cuando de alguna forma empecé a definir lo que realmente quería en una relación. Así que quizás esta carta es el resultado de muchas visiones y deseos ajenos, pero aún así plasma un poco de mi percepción sobre el amor que alguna vez me gustaría llegar a vivir. Porque al final del día, todos somos ese extraño con el que alguien más está esperando encontrarse.

Hola, extraño

Tú no me conoces y yo tampoco, pero a diferencia tuya yo sí sé que existes en algún lugar del mundo aguardando por mí —o eso quiero creer—, tal como yo lo hago ahora por ti. Antes de continuar, me gustaría contarte algunas cosas sobre mí para que al menos yo deje de ser un completo extraño para ti.

Has de saber que durante algún tiempo conocí a muchas personas con las que traté de comerme al mundo cuando estábamos juntos. Los piropos y halagos de algunos hacia mí nunca faltaron. Las cenas “románticas” o las palabras dulces tampoco, pero siempre eran sólo eso, palabras que se desvanecían en el aire al despegarse de los labios de la persona en cuestión, con quien generalmente jamás llegaba más lejos.

Incluso hubo ocasiones en las que mi amor no fue correspondido y eso me desilusionó un poco. Debido a esas malas experiencias, dejé de creer ciegamente en el príncipe “azul”. Tal vez ahora crea en uno naranja o verde, pero no en el “azul”.

Sin embargo, esos tiempos han pasado. Ahora me encuentro soltero, y aunque tú no lo seas hoy, lo serás en algún momento, y eso nos dará la remota posibilidad de involucrarnos, tal vez algún día, en la vida del otro. Mientras tanto, creo que no nos queda más remedio que esperar a que nos crucemos para al fin encontrarnos.

¿Sabes? Es curioso que hayan pasado sólo unas cuantas líneas desde que empecé a escribirte y ya te tenga confianza, al menos la suficiente para atreverme a suponer la manera en que vamos a reconocernos el uno al otro cuando la vida nos cruce. Intuyo que tú también te harías la misma pregunta, a la cual podría simplemente responder que lo haremos porque podríamos cruzar una sonrisa en algún bar o chocar camino al trabajo, al tomar el transporte público. La verdad, no lo sé. No puedo asegurar que te reconoceré y me reconocerás porque, para entonces, muchas de las cosas

que ambos suponemos sobre el otro habrán dejado de tener importancia. Seremos menos tercos, menos tontos y más maduros. La vida nos habrá dado la oportunidad de entender que hay ciertas cosas superficiales que, aunque llaman la atención, no dan el verdadero amor.

Existe una cita aún sin fecha ni hora para encontrarnos. Yo estaré ahí puntual; no sé si tú también.

Te dije que dejé de creer un poco en el amor o, mejor dicho, en las personas. Y es que pienso que es la gente quien se realiza a través del amor, de tal manera que no puedes dejar de creer en él, porque ahí está siempre presente, sólo hay que saber darle entrada.

Por eso hoy, el estar aquí sentado con un café, la pluma y el papel, me ha hecho creer de nuevo, aunque sea un poco —o tal vez bastante—, pues es muy osado de mi parte escribirte a ti, que eres un completo extraño, pero no tengo miedo.

Por un momento me olvidé de nuestra pregunta anterior. Y digo “nuestra” porque sin querer ya nos he involucrado a los dos. Podemos tomar esta carta como nuestra primera cita a ciegas. Es más, esta carta es nuestra primera cita. No nos conocemos, pero ya estás formando parte de mí, aunque no lo sepas. Y eso me emociona. Confiaré en que eres la persona correcta cuando vea el brillo que en tus ojos sólo yo voy a provocar. Lo sabré porque a tu lado brotará lo mejor de mí, de tal manera que contigo me convertiré en un mejor ser humano.

El sexo para ti no será una simple rutina diaria que hay que cumplir para no perder la costumbre. Será un profundo ritual en el que, con cada caricia, cada beso y cada roce de nuestra piel desnuda, nos entregaremos todo eso que, a veces con palabras u otro tipo de afectos, es difícil demostrar.

Sabré que eres con quien debo estar porque en los buenos momentos, y sobre todo en los malos, estarás ahí para mí. Para ser mi soporte y la casa que me dará refugio y la fuerza para levantarme y seguir. Me gusta pensarlo así, y tal vez pecho de cursi, pero al mirar mis ojos verás lo más bonito que habrá en mi ser: tú. Porque cada “te amo” será igual a decir que eres y soy una de las experiencias más maravillosas de tu vida.

Como ves, no hay nada de qué preocuparse. Te reconoceré sin problemas y tú también lo harás sin importar cómo, cuándo y dónde; no habrá más obstáculos, excusas o pretextos porque, cuando eso pase, yo sabré que tú eres aquel extraño al que con tanta confianza decidí empezar a darle mi cariño.

Y entonces, sólo entonces, dejaré de llamarte extraño para saber que mi compañía tendrá tu nombre y apellido durante todo el tiempo que me quieras regalar.

Con amor,

Tu extraño

A quien corresponda

Un día te das cuenta de que no existen medias naranjas; sólo hay naranjas completas que quieren rodar acompañadas.

A decir verdad, no sé cuánto tiempo llevo así. Han sido tantos meses que podría asegurar que son suficientes para formar al menos un par de años. Pero honestamente no me pesa y tampoco me importa contabilizarlo. Ya no. Debo aceptar que al inicio no me gustaba y tampoco lo entendía. Lo negaba y hacía todo lo que estuviera a mi alcance para salir de ese estado que yo entendía como soledad absoluta.

Hacía tantas cosas, que no me importaba forzar algunas situaciones aunque, al final, no salieran como lo esperaba. Pero lo superé y lo acepté. Vi que estar solo, acompañándome, no era tan malo.

Con un poco de tiempo y buenas dosis de madurez, me di cuenta de que despertar y ver vacío el otro lado de la cama no es tan terrible como yo imaginaba al inicio. Descubrí que no esperar mensaje de buenos días o buenas noches tampoco me quitaba el sueño ya, y mucho menos lo hacía no tener un plan de fin de semana para compartir con alguien.

Lo entendí y lo abracé. Abracé esta nueva etapa de mi vida en la que ya llevo caminando un buen rato, y a pesar de no saber cuánto tiempo más seguiré recorriéndola, ya no siento ansiedad ni tengo prisa. En cambio, decidí aprovechar este tiempo para conocerme aún más y descubrir cosas que ni yo mismo conocía de mí. Incluso redescubrí otras y varias más las mejoré.

Así, pude llegar al entendimiento de mi “yo”, ese “yo” que preferí guardar por un tiempo y olvidar, sólo por mi necedad de estar con alguien más y mi temor a perderlo. Sin embargo, y a pesar de que ahora es diferente y ya no quiero eso, por primera vez en mucho tiempo sentía que había algo más. Gracias a ese “algo” me sinceré conmigo y acepté que, a pesar de estar bien así, disfrutando de mí y de mi soledad, sí quería volver a sentirme acompañado.

Supongo que aceptar con agrado la idea de estar tanto tiempo solo me

hizo replantear muchas cosas y reafirmar otras tantas. Estar tanto tiempo solo me obligó a mejorar la relación que tengo conmigo mismo y a pensar diferente, con más sabiduría, quizá, y sobre todo con más conciencia y madurez.

Ahora sé que, en realidad, siempre me ha gustado demasiado mi espacio personal. Ese espacio que no estoy obligado a compartir con nadie y en el cual me reservo el derecho de admisión. Aun con ello, me gusta pensar que puedo encontrar a alguien con quién convivir de forma natural, sin que se lo tenga que pedir. Alguien que respete ese espacio, pero que también sepa venir hacia mí en los momentos adecuados y me permita acercarme cuando incluso yo mismo me aburra de mis momentos solitarios.

Y de repente ya no quise correr. Dejé que se fuera lo que se tenía que ir, y ahora espero que llegue lo que tenga que llegar..., cuando quiera llegar.

También recordé lo mucho que me gusta seguir mis propias reglas y cuánto detesto que me digan lo que tengo que hacer, más a estas alturas de mi vida, cuando mi independencia y libertad son tal vez el tesoro más preciado que tengo.

No obstante, también me agrada la idea de contar con alguien que sepa corregirme de vez en cuando para evitar cometer imprudencias. Alguien que no me quiera cambiar, pero me apoyé para mejorar todo lo que ya soy. Que me ayude con amor a ver mis errores y me guíe también en las cosas que no sepa hacer.

Esta carta abierta es para que esa persona —con rostro aún desconocido— sepa que en algún momento en su futuro puede encontrarse con alguien como yo: tan libre y tan “caos”, pero también con inmensas ganas de compartir y sentir.

Y sí, hoy disfruto la soledad, pero también estoy listo para vivir de nuevo eso que alguna vez juré ya no hacer. Estoy listo para abrazar otros brazos y

besar las historias que otros labios me quieran contar. Porque ya entendí que al amor en libertad también le gusta la compañía y no por eso es menos amor. Y mi amor se volvió así, libre, paciente y sin prisa. Por lo pronto seguiré haciendo planes para mí y gozaré de la calma que proporciona no esperar nada con nadie. La mejor parte será disfrutar de los dos lados de la cama, sabiendo que uno de ellos está reservado a quien corresponda: ese cuyo nombre y apellido todavía no conozco...

Hasta entonces, yo estaré aquí, esperando y cuidando de ese lugar.

Búscate un amor libre

Al amor en libertad también le gusta la compañía y no por eso es menos
amor.

Otra vez estás ahí, parado en ese lugar que ya te resulta tan familiar y que sueles visitar después de otro intento..., de otro fracaso. Entonces, harto de llegar al mismo sitio, te preguntas “¿por qué a mí?, ¿por qué otra vez?”. Y comienzas a recapitular tus errores para saber en qué fallaste de nuevo. Acéptalo. A estas alturas ya estás tan cansado de buscar explicaciones que optas por la resignación y la aceptación: ya no te interesa encontrar culpables.

Sé lo que es estar en estación tan concurrida. Conozco de manera sistemática lo que se siente agregar un tache más a la lista de intentos fallidos, y tratar de entender lo que sucedió sólo te confunde más. Sin embargo, sumergido en los porqués de esos fracasos, divagando una y otra vez sobre lo mismo, llegué a cuestionarme —y probablemente también lo harás tú— qué tan libre me sentía estando donde estaba y con quien estaba. Porque quizá la razón de tus fracasos nunca fuiste tú, el otro o las cosas que ambos hicieron y dejaron de hacer. Tal vez el verdadero problema fue intentar quitarle libertad al otro y, al mismo tiempo, permitir que te la quitaran así sin más.

Sabes que es así porque también lo has vivido. Porque quizá lo único que has buscado estos últimos años han sido amores limitantes que pretenden adueñarse de ti y tú de ellos. Aprendiste a conformarte con eso porque así nos enseñaron que debía ser y porque, a tu parecer, no había mejores amores u opciones, por eso tomaste lo “menos peor” dentro de un abanico de posibilidades que nunca fueron tan convincentes.

Cuando llegas a ese punto en la reflexión, ya no hay vuelta atrás. Comprendes que quizá tú y todos aquellos con quienes has estado han tenido un concepto errado de lo que supone la libertad entre dos personas que se quieren. Te das cuenta —y esto puede ser duro, pero así es— de que formas parte de las estadísticas y de las largas listas en donde están los nombres de

todas aquellas personas que se dejaron llevar por el juego del apego y la posesión del otro, al grado de cortarle las alas sólo porque no podían alcanzar su vuelo o, peor aún, cortárselas a sí mismos porque el vuelo propio era muy alto para el otro.

Por eso decides buscar un amor distinto. Un amor libre, pero libre en serio. En el sentido real de lo que significa la libertad en una pareja. Esa libertad que no se vuelve libertinaje y, más bien, ayuda a crecer y mejorar en conjunto. Yo sé que la idea de un amor así podría parecer utópica al inicio, pero con el tiempo aprendes que la madurez y experiencias, solitas y sin esfuerzo, te llevan a encontrar la compañía de alguien que está contigo porque quiere y puede, no porque te necesita, y que al mismo tiempo sabe estar sin ti. Alguien que no tiene necesidad de saber cada paso que das ni te pregunta con ansiedad lo que estás haciendo para que te enteres de cuánto le importas porque, de hecho, respeta tus espacios y los suyos y sabe que eso es más que suficiente para demostrarte su cariño.

Conforme más lo piensas, se vuelve realmente posible la idea de encontrar a alguien que no temerá dejarte volar tan alto como para perderte de vista porque en el fondo sabrá que siempre estarás de vuelta; alguien que te ayudará a diluir el miedo al abandono cuando sientas que se está alejando demasiado, así como la ansiedad de controlar su vuelo porque te hará entender que siempre volverá a ti y sólo a ti.

De esa forma te convences de la idea de un amor libre, porque entiendes que también le gusta la compañía y no por eso es menos amor. Porque no causa ansiedad por los mensajes sin responder o por el tiempo que están lejos, y mucho menos provoca enojos cuando uno de los dos simplemente prefiere pasar el fin de semana en casa en lugar de verse.

Entrará de nuevo en tu vida aquel que, al igual que tú, se enamore de tus alas y te prometa jamás cortarlas. Aquel que no quiera matar su soledad contigo, sino

hacerte un espacio en ella.

Porque, seamos honestos, a veces sólo tienes ganas de ver a tus amigos, leer un libro o terminar de ver esa serie que has postergado tanto. Y no es que no te guste la compañía, sino que son esos espacios personales los que te permiten apreciar la existencia del otro en tu vida y te dan la oportunidad de extrañarlo. Lo que en realidad buscas es evitar saturarte al grado de vaciarte de ti mismo.

Ya no estás en la posición de convertirte en la sombra de alguien porque ya lo has sido y conoces el resultado. Sabes que amar no es desaparecer en ninguna forma y que la idea de convertir a alguien en tu mundo entero es absurda, porque tú ya eres un mundo entero y no quieres dejarlo ni obligar a otro a dejar el suyo. Sabes que eso es egoísta y nunca termina bien.

Hacer las cosas de forma libre pero sin lastimarse o lastimar al otro no significa menos amor a alguien, pero sí más amor a uno mismo. Por eso te digo: búscate un amor así. Anda. Sal y deja de repetir ese viejo y gastado guion que ya sabes cómo acaba. No pierdes nada. Ve por un amor que no te necesite, pero que te quiera consigo. Uno que no pretenda matar su soledad contigo, sino compartirla porque no le molesta, porque se convirtió en su amiga y aprendió a respetarla y darle su lugar aun estando a tu lado.

No todos pueden con algo así. Está fuera de la norma y de lo socialmente aceptado porque nos enseñaron a buscar amor para cubrir carencias y responsabilizar a otros de nuestra felicidad, como si fuera obligación de alguien más. De alguna manera, también nos han orillado a pensar que sufrir es más sencillo y requiere menos esfuerzo. Hemos creído que si sufrimos es porque amamos de verdad. Pero tú sabes que no, eres diferente y buscas algo distinto.

Puede que al inicio te asuste y sea nuevo para ti, pero, créeme, cuando estés al lado de alguien que se enamora de ti con todo y tus alas, así como tú de las suyas, sin que ninguno de los dos pretenda arrancarlas, te preguntarás por qué tenías miedo y por qué demoraste tanto en probar desde el inicio un amor así: libre, pleno y completo. Un amor de esos que te enseñan el

verdadero significado de la palabra *libertad*.

Enamórate sólo cuando encuentres a alguien así

Ya no desperdices tu amor, tu tiempo y tus “te quiero”. Sé paciente, pues cuando esa persona llegue, entenderás que la espera valió la pena.

Y es que, de todas las búsquedas, es por el amor que pasamos más tiempo dando vueltas, yendo y viniendo incesantemente. Por el que entramos de nuevo en lugares que ya habíamos visitado antes y por el que descubrimos muchos otros que habían permanecido escondidos. Por él nos mantenemos atentos, mirando en todas direcciones, a la espera de un día toparnos con eso que tanto ansiamos encontrar.

Es una búsqueda perfectible porque, a medida que avanzamos en el largo sendero de experiencias que conocemos como vida, vamos aprendiendo a definir lo que queremos y cómo lo queremos. Nos damos cuenta de que un día, sin titubear, sabemos distinguir con quién sí, con quién no y con quién nunca.

Sin embargo, es también una búsqueda lenta, porque casi siempre nos gusta aprender de la manera difícil. No sé todavía si es porque somos de aprendizaje lento o porque nos enamoramos de verdad y les tomamos cariño hasta a las piedras. Y, bueno, las piedras no tienen la culpa, adivina quién sí...

Así que tal vez —probablemente en mi afán de intentar salvarte— el mejor consejo que pueda regalarte sea decirte que no te enamores todavía. Sé que quieres y tienes ganas, pero, vamos, siendo sinceros, ¿estás seguro de que no volverías a cometer el mismo error? Creo que, sin ser consciente, buscarías de nuevo a alguien parecido a tu ex porque es el único patrón que conoces y estás acostumbrado a él; por eso, lejos de repararte, ese nuevo alguien te dejaría igual o peor que el anterior.

Te propongo algo mejor: no te enamores a menos que encuentres a alguien que se enamore de tus alas sin querer cortarlas. Alguien que te acompañe a volar y, si no sabe, que esté dispuesto a aprender para ir contigo. ¿Qué dices? Creo que es un trato justo y una buena oferta. Enamórate sólo

cuando encuentres a alguien que comprenda lo que significa no desaparecer nunca por amor. Alguien capaz de hacerte ver que, en tu afán de amarlo y entregarte tanto, comienzas a dejar de lado tu vida y tu mundo entero. Alguien que no requiera verte desaparecer para sentir que realmente lo amas y evite que llegues a ese punto es alguien a quien no deberías dejar fácilmente. Sólo así puedes enamorarte, cuando te den motivos para hacerlo.

Y no, antes de que lo pienses, de una vez te digo que los motivos de cama y sexuales no bastan, no son suficientes para entregarte a alguien. Enamórate sólo cuando puedas encontrar a alguien cuya esencia te cautive y haga que el físico y la entrepierna sean algo secundario. Enamórate de alguien en su totalidad, no sólo de su erección. Si no es así, entonces vete y no pierdas tu tiempo.

Ahora que lo sabes, tienes que cumplir este acuerdo. No vas a enamorarte por costumbre, deporte o necesidad. Lo harás cuando encuentres a alguien así; un amor de esos que no son como en los cuentos de héroes y princesas, pero son mejores por ser reales.

Por lo pronto sigue caminando y no te preocupes por el cómo y el cuándo, porque aquel a quien buscas también ha decidido ya no enamorarse hasta encontrar a alguien así..., alguien que, sí, eres tú.

Alguien complicado es lo correcto para ti

De hecho ninguna relación que se jacte de ser comprometida es fácil. Tener algo de calidad con alguien requiere tiempo y esfuerzo de ambas partes, lo cual no es un pesar porque saben que llegará un día en el que al final dirán:
“¿Ves? Te dije que sí eras el amor de mi vida”.

—¿Y por qué yo no? —le preguntaba Carrie Bradshaw al amor de su vida justo antes de que se quedara con otra mujer—. No. En serio. Realmente necesito escucharlo. Vamos, dímelo —decía insistente.

—No sé. Todo se volvió muy difícil... y ella es... —respondió Mr. Big.

Sé que es cliché citar *Sex and the City*, y algunos podrían considerar que es *too much*, pero no encontré un diálogo más adecuado para ejemplificar lo que quiero decirles. Y es que este episodio demostró a chicos como yo lo que siempre hemos sabido inconscientemente: conocer al tipo de persona “complicada” como nosotros es lo mejor que le puede pasar a alguien. Y perdón si suena a ego; no lo es, pero sí es la verdad.

Mr. Big probablemente iba a terminar esa oración con algo como “fácil”. Todos los que vimos la serie —y confirmamos nuestra homosexualidad con ella— sabemos que Natasha, su futura esposa, no se enoja ni lo desafía a ser mejor. Asiente y se ríe y siempre está cómoda. Es dulce, simpática y deja que Mr. Big haga todo lo que él quiera.

Carrie en cambio es “complicada”. No acepta nada menos de lo que se merece, porque sabe que lo merece. Quiere más de Big. Tiene opiniones, una vida y sueños para los dos. A veces discute con él en momentos inoportunos porque es apasionada y emocional.

Y no es que a Natasha no le importe lo que Mr. Big haga, pero es una chica básica que quiere mantener la paz a cualquier costo, incluso si eso significa dejar de lado sus necesidades. Su mente no es tan analítica e imaginativa como la de Carrie, así que puede aguantar más. Es simple. Así como ella, hay mucha gente simple, y así como Mr. Big, hay muchos ciegos que creen estar en el camino correcto con la persona correcta, aunque su verdadera persona correcta esté frente a sus narices.

En un ejercicio de introspección en el cual me aparté de mi ego, llegué a

aceptar que no soy simple. Admito que soy un desafío para muchas personas, incluso para mí. Aunque intente con todas mis fuerzas ser el chico simple, eso no está en mí. Demando más de todos porque veo gran potencial y porque he aprendido a pedir tanto como doy, pero sin exigir. Sólo quiero lo mejor para mí y para mi pareja, así que nunca aceptaré ninguna señal de una relación mediocre y sin pasión. (Lo mismo deberías hacer tú.)

Alguien sin evolucionar siempre querrá a alguien simple. No tendrá ganas de trabajar duro por nada ni mejorar por alguien que se lo merece, incluso si es una relación que vale la pena... o toda la alegría del mundo. No querrá ser desafiado ni confrontado.

Pero alguien real sabe que siempre será mejor estar con alguien complicado. Puede que no sepas que lo amas, pero así es. En este caso, alguien que sabe lo que quiere nunca estará satisfecho con lo fácil, y aunque puede ser dulce y fingir estar cómodo, lo hará sin inspiración y siempre se quedará con ganas de más.

Incluso el terco Mr. Big se dio cuenta de que no quería lo fácil y terminó engañando a Natasha... con Carrie. Con este ejemplo vemos que las personas "complicadas" son creativas y, a veces, emocionales. Puede también que sean un poco lo que algunos llaman "locos", pero nadie te amará mejor, eso es seguro. Nadie te hará el amor con tanta pasión ni aportará a tu vida "eso" que sabes te hace falta para sentirte bien y feliz. Nadie más te alentará a que sigas tus sueños como lo hará alguien así. Tendrás un sinfín de conversaciones profundas que te harán cuestionar tus creencias e ideas e, incluso, replantearlas. Será más inteligente que tú en varias ocasiones. No siempre resultará fácil, pero será más satisfactorio y siempre entretenido. Hará que lo ames en su totalidad.

Una persona simple, en cambio, tiene una mente simple. Las cosas no serán tan difíciles cuando estés con alguien así. Habrá océanos en calma y navegación sin problemas. Con este tipo de gente probablemente te imagines llegando al altar. Pero si quieres ser la mejor versión de ti mismo y expandir tu mente y capacidades, quédate con la persona "complicada". Y si aún no te convences, piensa en estas ocho razones para hacerlo.

La diferencia entre alguien simple y alguien complicado es que el primero busca su comodidad mientras que el segundo procura la de ambos. El primero te quiere y el segundo te ama.

1. Quédate con quien te diga exactamente lo que espera y lo sigue hasta el final. Lo que necesitas y no lo que quieres escuchar.
2. Quédate con quien demande tu respeto.
3. Quédate con quien puedas hablar de política, religión o espiritualidad, aun cuando sus opiniones sean diferentes a las tuyas.
4. Quédate con alguien cuyos ojos brillen con pasión cuando hable de varios temas. Que brillen cuando te vea llegar.
5. Quédate con quien no permita que desperdicies tu talento.
6. Quédate con quien te empuje a ser mejor todos los días, para ti mismo, para el mundo y, claro..., para sí mismo.
7. Quédate con quien pelees a veces y aun así sólo te haga amarlo más.
8. Quédate con quien sea igual o mejor que tú, con quien quiera caminar en la misma dirección.

Alguna vez una pareja de recién casados se acercó al término de una de mis conferencias para saludar y expresar su admiración por mi trabajo. Platicando con ambos, uno de ellos dijo que lo que más lo atrajo de su pareja fue que era más inteligente que él. Sólo alguien libre de su ego puede decir eso y saber que es bueno para su persona.

Pero, por favor, no malinterpretes el discurso anterior: alguien complicado que todavía no es maduro será muy molesto. Empezará discusiones sobre cualquier idiotez y te sentirás como un fracaso en su presencia porque no sabrás cómo hacerlo feliz.

Lo mejor viene con la madurez porque entonces esa complejidad será más

flexible y, con un poco de experiencia y sabiduría, ese alguien se convertirá en la persona con la que quieras casarte. Y, una vez que llegue ese momento, es mejor que no lo dejes marchar o perderás lo mejor que jamás hayas tenido.

V

Bienvenido otra vez a ese lugar

¿Ves? El dolor no iba a durar para siempre. De nuevo regresaste a ese lugar donde conoces a alguien por primera vez y, mírate, estás tan emocionado como la primera vez. Regresaste a ese sitio tan común donde se encuentran dos con las ganas suficientes para comenzar una nueva historia. Una historia que los entusiasma a ambos como si nunca nadie los hubiera decepcionado o lastimado antes. Y de eso se trata: de volver a creer y volver a confiar. De enamorarte hasta que te salga bien..., y puede que esta vez sí te salga. Ahora todo es diferente, incluso tú. Has aprendido y madurado. Creciste y eres mejor de lo que fuiste antes. Tu visión del amor ha cambiado y ahora es tiempo de ponerla en práctica. Bienvenido otra vez a esa etapa en la que el corazón de nuevo está tranquilo. Nada duele y nada grita. Todo lo anterior ya fue, ya acabó; volviste, y qué bueno que lo hayas hecho para tomar de la mano a alguien que, esta vez, sí respete tus tiempos y tus procesos sin prisa. Alguien que, después de hacer todo eso, sí quiera quedarse a tu lado sin que se lo tengas que pedir.

Nuestro primer café

Entonces, un día, sin esperarlo ni planearlo, llega alguien que te hace querer tirar esas barreras y muros que te protegen de aquello que juraste no volver a sentir jamás.

No sé bien cómo pasó; sin embargo, aquí estamos. Sentados los dos, con una sonrisa, una charla y dos cafés. Me siento nervioso, emocionado y con incertidumbre.

Tenerte de frente y poder oír tu voz en vivo sin auriculares de por medio es mejor de lo que pensaba. Y no es que no disfrutara nuestras charlas a través del monitor. De hecho, algunas noches, en las que pretendíamos ser dos locos tratando de arreglar el mundo de madrugada, solía escuchar tus audios una y otra vez para arrullarme con tu voz hasta quedar dormido..., y funcionaba. Me gustaba imaginar que estabas presente y me hablabas al oído, aun sin conocerme.

Pero poder oírte tan claro y sin interferencias es aún mejor, y ahora te tengo frente a mí, compartiendo la misma mesa, lo que incluso podría convertirse en mi nueva actividad favorita. Y no lo sabes, pero mientras hablas y me pierdo, casi sin darme cuenta, cada vez que sonrías y me miras, no puedo evitar pensar en todo esto porque, hasta cierto punto, es nuevo para mí.

Después de varias veces te acostumbras a que las citas sean algo menos recurrente y emocionante. Por alguna razón pierden su encanto y se tornan monótonas, terminan haciéndose por compromiso y no por gusto, por la necesidad urgente de encontrar a alguien con quien evadir la soledad. Seguro tú y yo no somos los únicos que lo han experimentado: citas sin sentido, sin otro propósito y significado que matar el tiempo o terminar teniendo un encuentro casual.

Hasta antes de conocerte era renuente a las citas o a volver a salir con alguien. No quería toparme de nuevo con la posibilidad de quedar con quien probablemente no se daría nada y a quien, desde luego, no volvería a ver. Alguien que pasaría a ser un adorno más en mi lista de contactos. Y entonces

apareciste tú y me diste muestras de lo equivocado que estaba. Y, por primera vez, me volví a emocionar y viví sensaciones que hacía tiempo no experimentaba.

Quería que me dieras una cita, pero me diste mucho más. Me diste la confianza de volver a creer.

Así que heos aquí. Me gusta lo cómodo que me haces sentir y esa facilidad que tienes para que simplemente sea yo, sin necesidad de máscaras o barreras para protegerme. Me gusta que en cada palabra encontremos algo nuevo, algo en común, y que nos entendamos en cosas que nadie logró entender de nosotros antes. Podría decirte que me gustas, sólo así, como me gusta el café que estoy tomando o mirar el cielo estrellado, me gustas. Y no sé adónde nos lleve esto. Al final podría equivocarme y ésta podría ser nuestra primera y última vez, o, por el contrario, el inicio de algo que nos lleve a lugares donde no hemos estado antes. No lo sé, sólo sé que me gusta y no quiero que acabe.

Después de hoy, lo único que esperaré con ansias será la próxima vez que la vida nos reúna, porque estoy seguro de que alguien como tú no es para una, dos o tres tazas de café. Y, si aceptas, yo estoy dispuesto a beber contigo todas las que quieras compartir hoy, mañana y siempre.

No quiero decirte que sí

No es una negativa irreversible. Ni siquiera es un rotundo no. Sólo tengo la necesidad de seguir confirmando con los días que en verdad quiero y quieres que estemos juntos.

No pretendo decirte que sí por compromiso o por impulso, ni mucho menos por la emoción del momento. Tampoco deseo que tú lo hagas. La verdad es que quiero algo diferente; necesito tener la certeza de querer estar con alguien como tú y, claro, que de la misma forma tú tengas la seguridad de estar con alguien como yo.

¿Cuánto tiempo llevamos en esto? ¿Dos, cuatro semanas? No tengo idea y tampoco me interesa establecer un plazo límite para decirte que sí, porque de hecho podría decírtelo ahora mismo: tengo las ganas y la emoción para hacerlo. Mi corazón brinca tan sólo de pensarlo, pero algo dentro mí, no sé si sea la razón o una mera intuición, me dice que espere, que esperemos.

Sutilmente me susurra que sigamos explorándonos y descubriéndonos en este juego de conquista que muy pocos saben jugar en estos días, en los que todo es tan rápido, tan compulsivo..., tan fugaz. Y, honestamente, querido compañero, mi idea de pretender estar con alguien como tú incluye de todo menos ser fugaces.

A lo largo de mi vida —o, más bien, de mis errores— he aprendido que detrás de todo “sí”, a veces se esconde un “no es para siempre”, y que, al mismo tiempo, no todos los “no” significan realmente una negativa rotunda; algunos esconden un maravilloso “sí” que por cautela a veces no sale tan rápido, pero ahí está, observando.

Seré sincero y confesaré que vivo con la incertidumbre de saber si va a funcionar o no. Es decir, cuando empiezas a salir con alguien, aunque no conoces mucho de esa persona, hay algo que te atrapa y te hace querer estar ahí para seguir viendo qué pasa más adelante, porque casi siempre un nuevo encuentro despierta cierta ilusión y restaura esa fe de pensar que, esta vez, pueda tratarse de la persona correcta.

Si vienes a mí, no he de cambiar. Quiero conocerte y que me conozcas. No he de fingir; abro la puerta y te cuento todo. Quiero mostrarte lo que soy, hasta el aire que respiro y cómo cambió... contigo.

“Algo sucede”, dice Julieta Venegas en una conocida canción. Sin embargo, a veces, con el paso del tiempo, no ocurre nada. Reconoces que en realidad hay muchas cosas que no toleras de esa persona y te da gusto que no haya llegado a algo más. Agradeces incluso haber conocido ese lado oscuro del otro que seguramente no ibas a soportar, y entonces ese experimento que supone salir con alguien queda fallido. Y cuando pasa con alguien a quien se está conociendo apenas, tampoco es el fin del mundo.

Puede que se hayan empezado a involucrar sentimientos y algunas emociones hayan comenzado a surgir, pero nada tan intenso que deje secuelas difíciles de superar. No obstante, es cierto que al conocer a alguien nuevo que nos muestra otra vez la posibilidad de vivir el amor, siempre queremos que ocurra algo más. Yo quiero justo eso, que ocurra algo más.

Por eso me niego a seguir mi torpe impulso y decirte que sí; me niego incluso a preguntarte, porque esperaría que todavía me dijeras que no. Y pienso que decirnos “no” en realidad no significa que no muramos de ganas por hacerlo oficial; al contrario, creo que nos estaríamos haciendo un favor, porque significa seguir disfrutando esta oportunidad de verdaderamente conocernos un poco más, por lo menos lo suficiente para hacer que, cuando digamos “sí”, lo hagamos sin titubeos y con seguridad.

Quiero darme la oportunidad, por ejemplo, de conocer una pequeña parte de todo eso que ocultas y que crees que no debes mostrar, para saber si es algo con lo que puedo lidiar y, aun así, seguir loco por ti justo como he comenzado a estarlo.

Deseo que nos ganemos el “sí” del otro, sólo que no pienso decírtelo hasta que estés plenamente seguro de querer estar con alguien como yo. Quiero que me des la oportunidad de mostrarte lo que siento y lo que soy. De que no sólo conozcas mi lado más soleado y maravilloso, sino también parte de mis

abismos, mis rarezas, incluso todo aquello que yo mismo detesto en mi persona y me parece funesto.

Y entonces, sólo entonces, si después de conocer todo eso en mí te sigo pareciendo alguien especial como ningún otro, alguien increíble y único a quien quieres tomar de la mano para vivir la felicidad a su lado, adelante; porque si eres capaz de quererme en mi caos y decadencia, no imagino cuánto serás capaz de amarme en mis días más brillantes, en la dicha y la alegría que, desde luego, no quiero entregarle a nadie más que a ti. Si es así, pues qué generoso tú y qué afortunado yo.

Sin planes por el momento

Me gustan esos amores que van despacio y sin prisas, a fuego lento. Esos amores que no tienen una carrera contra el tiempo y que, como los buenos vinos, saben mejor con el tiempo.

De entrada, por favor, discúlpame si me muestro renuente a decirte que sí a todo, pero en realidad no siento ganas de hacer todo contigo, al menos no por ahora. También perdóname por bajar el ritmo a veces y querer ir un poco más lento, pero me gusta disfrutar los viajes, y tú eres un viaje que quiero apreciar.

Honestamente no me interesa mucho saber lo que haremos este fin de semana o la semana entrante. Me interesa hoy, este presente que estamos compartiendo, porque es lo único que existe y nada más. De hecho, no quiero y no tengo ganas de hacer planes contigo, no porque no me intereses. Es justo por eso que lo hago así, porque me interesas más de lo que piensas.

No quiero saber cómo será nuestra vida juntos o los nombres que tendrán nuestros hijos. Mucho menos me interesa imaginar nuestra boda y todas esas situaciones que las personas enamoradas suelen pensar, llevadas por la emoción que provoca el enamoramiento. Yo quiero que seamos diferentes, atípicos si quieres, pero que vayamos en la dirección correcta, sin ninguna prisa, como si se tratara de una carrera en la que llegar a la meta es lo primordial. Mi meta contigo es un “poco a poco” que dure siempre y no un “para siempre” que dure poco.

Hay una etapa en la vida de los humanos en la que comerse al mundo de un solo bocado, correr contrarreloj y apresurar todo resulta satisfactorio, excitante y revitalizante; sin embargo, poco a poco, y extrañamente, se le va encontrando el gusto a dejar que ciertas cosas tomen su curso natural y fluyan a su propio ritmo. La necesidad desesperada de ir más rápido y hacer que todo ocurra al momento, como si algo nos estuviera persiguiendo, se va, desaparece. Y en esa etapa es justo donde me encuentro ahora, pero contigo.

Ya no quiero vivir esos amores maratónicos que, al igual que un fósforo, arden con tanta rapidez que no dejan rastro, como las huellas en la arena que

borra el mar a su paso. Ya no. Me cansé de los impulsos adolescentes llenos de sentimientos fugaces que se desvanecen cuando se apaga la emoción del momento o cuando aparece otra distracción pasajera. Así que me senté conmigo mismo y decidí pararme a respirar, reacomodar mis prioridades y aceptar que ya es el momento de darme el permiso de querer otras cosas, sin tanta prisa y sin forzar nada.

Y tal vez, con el paso del tiempo, de muchas historias y experiencias, voltees a verme como lo haces hoy y me digas: “¿Ves? Te dije que sí eras el amor de mi vida”.

Por eso no quiero hacer ningún tipo de plan contigo, no ahora, no mañana. Sólo tenemos que disfrutar el hoy. Saber que nuestro único y más grande plan en común es siempre estar aquí y ahora, en el momento presente. Si llega mañana y pasado, ya lo resolveremos, veremos qué hacer, y si no, no pasa nada: la vida sigue y seguirá. Pero si mañana volvemos a vivir el presente como lo hacemos en este momento, entonces todos los días serán nuestro plan del día, ese plan que poco a poco se armará para nosotros.

Y no sé con exactitud adónde vayamos a parar y en qué puertos terminaremos; tampoco tengo claro lo que sigue. Sin embargo, en honor a la verdad, no me interesa mucho descubrirlo mientras sigamos aquí, juntos los dos, haciendo nuestro propio camino a medida que avanzamos, porque a pesar de no tener claras muchas cosas, sé que encontré mi sitio en el mundo el día que te conocí.

Si decido quedarme

Me senté un día a hablar con mis miedos y les dije que conocí a alguien;
alguien que por fin me motivó a intentar decirles “adiós”.

La cuestión es muy simple: tú y yo metidos en esto por accidente o casualidad, pero metidos al fin. Pudo haber sido la vida, el destino o la suerte quienes jugaron a nuestro favor para que nos encontráramos dentro de las interminables posibilidades que existen en el mundo y que hacen que dos se conozcan. Así fue como llegamos aquí: extraños, curiosos y ansiosos.

Nos pienso como una ecuación de dos elementos de variantes infinitas y con resultados distintos o, con algo de suerte, como ese binomio perfecto con un resultado exacto. Podríamos ser todo y nada a la vez, pero, sinceramente, prefiero que seamos un poco más de todo y un poco menos de nada.

Al crecer y conforme vamos experimentando lo agrídulce de la vida, nos enseñan que debemos ser cada vez más cuidadosos y precavidos para evitar el dolor a toda costa. Nos inculcan el “arte” de impermeabilizar el corazón por temor a que alguien lo destroce, creyendo que así seremos más fuertes y menos vulnerables. El problema con eso es que cada vez impermeabilizamos más. Tanto, que cruzamos la delgada línea que divide a la precaución de la frialdad para echarle al corazón capas y capas de frío y duro hielo.

Entonces decimos que estamos protegidos y que somos más cuidadosos, cuando en realidad solamente congelamos nuestros sentimientos y los damos a cuentagotas por culpa de ese miedo que sólo hemos logrado disimular, pero no destruir ni dominar.

Sin embargo, yo decidí romper la norma para no convertirme en una fortaleza de hielo y abracé la idea de vivir lo que tuviera que vivir, desde una ruptura amorosa —si se presentaba de nuevo— o un corazón roto hasta, tal vez, la mejor de las historias. Me deshice poco a poco de mis miedos y deseché ese manual de precauciones absurdas que nos enseñaron “para cuidarnos del dolor”. Y ahí, justo después de haber decidido todo lo anterior, apareciste tú, aparecimos nosotros.

Sí, sí tengo un poco de miedo e incertidumbre. Pero más miedo me daría no saber lo que podríamos llegar a ser por culpa del miedo.

No sé si al final esto va a resultar o simplemente será un paréntesis en la historia de nuestra vida para después continuar como si nada hubiera pasado. Sin embargo, lo que sí te aseguro es que tengo más ganas de saber lo que se siente quedarme contigo que sin ti.

Tampoco tengo muchas certezas sobre el camino que tomaremos y adónde nos llevará, pero si me quedo contigo prometo recorrerlo a tu lado hasta donde se termine. Si me quedo contigo, quiero que seas mi tarde de lluvia y también de sol. Que disfrutemos desde lo trivial de perder el tiempo decidiendo qué vamos a comer hasta lo complicado de saber cómo hacerte sentir mejor después de un mal día o qué decir luego de una pelea.

Si me quedo contigo quiero que seamos un verso sin esfuerzo, una melodía bien entonada y nuestro reflejo en la mirada del otro. Que seamos la brisa en la madrugada y el calor de nuestras ganas. Si me quedo contigo, me encargaría de convertirnos en un “buenos días”, un beso y un café. De ser un viernes por la noche y un domingo en la mañana.

Si me quedo contigo, te pido que bailemos al mismo son. Que lo hagamos al ritmo de Sinatra y de aquellas melodías que solamente se vuelven perfectas e inmortales cuando tienes con quién bailarlas. Pero, sobre todo, si me quedo contigo, quiero que seamos esos brazos y esos besos que dirán lo que en palabras es difícil expresar.

No sé con certeza si después de todo me quede contigo, pero a mí, en silencio y para mis adentros, me gusta pensar que sí..., que, definitivamente, sí decido quedarme contigo.

Vamos a tener algo

En ocasiones no hacen falta nombres o etiquetas para poder compartir con alguien ese espacio de libertad donde caben dos y nada más.

Ven, quiero hacer un alto aquí contigo, refugiados en el auto, en medio de la carretera y sin nada más que la noche por delante, para decirte que así estamos bien. Que no me hace falta etiquetar esto o nombrarlo de alguna forma para darme cuenta de que es real y que es nuestro.

Algunos lo llaman miedo al compromiso o a la formalidad. Otros lo llaman miedo a perder esa “libertad”, pero es porque su concepto de libertad debe ser muy diferente del mío. Yo prefiero llamarlo “ir sin prisa y sin urgencias”. Después de un tiempo, ir a toda velocidad ya no es atractivo, y bajar el ritmo resulta más cómodo: brinda cierta paz y seguridad.

Hoy, este espacio libre que tú y yo hemos creado para hacerlo nuestro lugar en común es todo lo que necesito para saber que así me siento bien. Que no es necesario definir ni encasillar nada porque hacerlo sería limitarlo. Y créeme que no necesito límites para saber lo que quiero contigo y llevarlo a cabo.

Por eso te propongo que tengamos “algo”, que tal vez no tenga nombre y apellido, pero sí un rumbo, el que nosotros marquemos. Algo que ante los ojos del mundo parecerá indefinido, aunque en la intimidad tú y yo sepamos la verdad de nuestro secreto.

La más grande promesa que puede hacerse es la de entregar tu presente todos los días. Al final, es lo único que hay.

Tengamos algo que, aunque salga de lo “normal” y tradicional, sea sólo nuestro y al final del día nos dé gusto y placer compartirlo. Que sea algo que nos llene y que a pesar de no estar dentro de la jurisdicción de cualquier rol o

canon “socialmente aceptable”, sí esté dentro de los nuestros, los que ambos inventemos.

Tengamos algo como nadie y algo como nunca. Algo con el suficiente valor como para no mantenerlo en secreto, pero también con la cantidad exacta de prudencia para que nadie pueda venir a entrometerse.

Sé que la propuesta no es la usual y mucho menos el camino, porque toda la vida hemos hecho las cosas siguiendo el instructivo, paso a paso. Pero me volví así, rebelde para lo tradicional y especialista en huir de lo convencional, de lo ordinario.

Así que ven, vayamos a vivirnos uno al otro en nuestro “algo” sin fecha de caducidad para que un día podamos recordarnos como esos dos locos que, sin saber exactamente cómo, lograron ser felices de verdad durante diez minutos seguidos, minutos que con algo de suerte y capricho del destino podrían convertirse en el resto de nuestras vidas.

No te quiero todavía

Eso de querer y desquerer a contrarreloj no deja nada bueno. Dejémoslo a los novatos que no quieren aprender. Nosotros ya no estamos en edad.

Hace mucho tiempo dejó de parecerme atractivo eso de ir aprisa, como si se tratara de una carrera contra el tiempo o se me escapara la vida. La verdad es que era desgastante y monótono. Era muy aburrido repetir la misma historia una y otra vez, con el mismo guion, las mismas palabras y el mismo final, hasta que un día me cansé y ya no quise actuarla.

Entonces comencé a aceptar la idea de caminar solo un rato, sin salidas, sin mensajes que esperar para responder, sin llamadas a mitad del día..., sin presiones. Así anduve de un lado a otro acompañándome a mí mismo, y tal vez por eso también pude estar conmigo. Pero entonces, a mitad de mis asuntos, apareciste tú.

No te buscaba, no quería encontrarte y no me urgía que llegaras. Pero llegaste. Tampoco iba a pedirte que te fueras porque, vamos, un nuevo encuentro siempre es emocionante, ¿y a quién no le gusta volver a sentir esas mariposas en la panza? A todos, incluyendo a los solos, los renegados y los lastimados.

Durante un tiempo dije que jamás volvería a creer, pero eso lo decimos todos por enojo y no sirve de mucho; volvemos a caer tarde o temprano. Yo quería saber de nuevo cómo se sentía y probar si esta ocasión salía mejor que las anteriores. Así que te abrí la puerta y te invité a pasar.

Que te ganes mis te quiero y ganarme yo
los tuyos es todo lo que quiero.

Empezamos con café. Una, dos, tres tazas, y perdimos la noción del tiempo. En otra ocasión siguieron las comidas en tus lugares favoritos y los míos. Conocer qué te gustaba y qué no.

Después decidimos cambiar el café por cerveza. Tú clara y yo oscura. Nos volvimos clientes frecuentes del cine y devoramos cada estreno en cartelera de manera puntual durante las últimas semanas. Me gustaba eso y tú también.

Lamento de antemano si soy un poco más tardado que otros para dar el siguiente paso o avanzar, pero descubrí que tomarse tiempo y dejar que todo transcurra a su ritmo me gusta y está bien. Lo disfruto de la misma forma en la que disfruto los domingos echado junto a ti.

Sin embargo, aún no te quiero. No todavía. Deseo hacerlo, comenzar por quererte lento y bonito. A un ritmo que sea cómodo para ambos y que tú también hagas lo mismo, no por compromiso ni desesperación, sino porque lo sientes y te sale natural.

No te quiero, pero quiero quererte. Y me gusta la idea de que sea contigo, porque en un mundo de encuentros con posibilidades infinitas, tuviste que ser tú quien, sin planearlo, se encontrara conmigo, y eso me parece sorprendente.

Ahora sólo quiero estar así, junto a ti, mientras sigo descubriendo motivos para quedarme contigo. Y, un buen día, finalmente cambiar las cervezas y el café por dos copas que celebren esos “te quiero” que, cuando menos esperes, mis labios estarán felices de pronunciar.

Y entonces te encontré

No es quien te mueve el piso: es quien te centra. No es quien te roba el corazón: es quien te hace sentir que lo tienes de vuelta.

No te esperaba. De hecho, ni siquiera te buscaba y no tenía la intención de cruzarme en tu camino o de que tú lo hicieras en el mío. Tampoco estaba cerrado a vivir este tipo de experiencia, es sólo que no esperaba que pasara tan de repente, tan rápido..., tan así.

A estas alturas del partido, tener miedo resulta innecesario en un lugar tan común como éste, donde cada emoción, cada sentimiento y cada palabra son viejos amigos que estaban esperando una invitación para venir. Y, para mi sorpresa, la invitación eres tú.

No sé si sea correcto y tampoco sé si sea prudente, pero sí qué es lo que quiero ahorita y lo que debe pasar, pues a lo largo de mi vida he aprendido que lo que ocurre en el momento es justo lo que debe ocurrir, porque nada pasa ni antes ni después. Así que, siguiendo mi aprendizaje, me dejo llevar, lo acepto, te acepto y me dispongo a vivir esta historia que la vida me está presentando para escribir y no pienso rechazarla. Quiero develar los misterios que encierra y ver hasta dónde puede llegar. Quiero incluso descubrir los misterios que tú encierras y averiguar hasta dónde me puedes llevar.

Dicen que, conforme caminamos en el sendero de nuestra existencia, nos convertimos en el resultado de nuestras experiencias, de lo que hemos aprendido y lo que hemos superado. Y es mi experiencia la que me hace darme cuenta de que contigo quiero evitar los errores del pasado, errores que muchas veces fueron motivados por el impulso, la pasión y la euforia del momento que causa recorrer una nueva piel.

Por eso quiero hacer las cosas diferentes. Contigo quiero cocinar a fuego lento, disfrutar despacio este juego que tú y yo hemos iniciado al aceptar descubrirnos y explorarnos. Quiero sentir y saborear el suave vaivén de esa danza de conquista que me invitaste a bailar. Quiero en verdad enamorarme de ti y conocer a plenitud la responsabilidad y el placer que ello conlleva.

Me dijeron que me quedara con ese que me hiciera cuestionarme por qué tenía tanto miedo de enamorarme y, bueno..., llegaste tú.

Para serte sincero, no sé hasta dónde lleguemos con esto. La vida, que ha sido muy indulgente y comprensiva conmigo, tal como una madre lo es con sus hijos, me ha enseñado que a veces es mejor no planear, sino dejarse ir, fluir con el ritmo de las cosas y dejar que los acontecimientos marquen el curso de los hechos. Creo que eso es lo que me ha permitido volver a confiar, creer y entregar cada vez lo mejor de mí.

Sin embargo, lo que sí tengo muy claro es que quiero que juntos lleguemos lejos, muy lejos, mucho más de lo que hayamos llegado con alguien en el pasado. ¿Y qué hay del tiempo? Bueno, a decir verdad, tampoco sé cuánto dure, pero de igual forma me gustaría que fuera mucho, al menos lo suficiente para descifrarte y lograr volverme uno contigo, fundirme no sólo en tu piel sino también en tu mente, llegar a tocar esas fibras que seguramente muy pocos conocen.

No voy a prometer nada que no pueda cumplir; es más, de hecho no voy a prometer nada. En vez de eso, voy a demostrarte con hechos lo bien que puede salirnos este guisado juntos. No voy a hablar y sólo actuaré para dejarte ver que quiero aprenderte, saber cómo eres y leer tus silencios, para dejarte ver que conmigo tu corazón estará a salvo hoy, mañana y todos los días que me quieras regalar.

Dedicado con cariño a todos aquellos
nuevos amores que se acaban de encontrar.

Cuando decidí esperarte

No quiero estar con alguien por la necesidad de sentir aprecio o por el bendito e inexplicable miedo a la soledad. Por eso esperé para encontrarte.

Empezaré por decirte que quizá soy uno de los últimos románticos que quedan, aquellos que están en peligro de extinción y que todavía guardan ilusiones y creen en el amor. Aquellos que aún creen que esperar a ese alguien especial que te recordará constantemente lo único y valioso que eres todavía vale la pena, pues para él serás extraordinario, a pesar de tus defectos y manías.

Amor de mi vida, quiero decirte que decidí esperarte porque soy consciente de lo que merezco y sé que tú lo vales. Quiero decirte que decidí esperarte porque he pasado muchos días mejorando la relación conmigo mismo en vez de requerir la compañía de otra persona que me ayude a matar la soledad, que suele acentuarse en lo cotidiano de los días. Una persona que, más que pareja, sería mi “dama de compañía”, un mueble que mantendría ahí para maquillar mi soledad. Desde luego no quería eso.

Ahora sé que eres tú ese a quien decidí esperar. Decidí esperar por mí, por ti, por este día en el que por fin estás a mi lado, porque sé que, así como tú, yo también merezco un amor de verdad que me acepte tal como soy, que quiera mis risas y cualidades, pero que también ame mis fantasmas, mis dudas y mis miedos.

Por fortuna, tú y yo sabemos hacer eso muy bien, mejor que cualquier otra pareja en el mundo, pues muy pocos son los que quieren enfrentarse y mancharse las manos a la hora de encarar los defectos del otro. Prefieren el camino más sencillo y fingen que todo es perfecto; prefieren deslindarse de lo difícil y tirar todo por la borda, porque ya nadie quiere esforzarse y luchar por alguien a diario. La buena noticia es que nosotros aún somos de esos pocos locos que lo hacemos.

Por eso valió la pena la espera. Decidí esperar por un amor que me recuerde día a día la belleza de la vida, un amor que me haga sentir que

conmigo todo lo puede y todo lo quiere. Entonces llegaste tú. Decidí esperarte, amor, porque, aunque en ese entonces no tenía la certeza de quién eras o dónde estabas, sabía que andabas por ahí y que sólo tú serías mi lugar favorito. Y lo eres. Así de simple.

Decidí esperarte, porque creo firmemente en un amor intenso, gobernado por la ternura y la admiración. Porque el significado de la palabra *amor* se ha minimizado y yo quise reservar esas cuatro letras para ti, sólo para ti. Quise hacerlo así porque el día en que decidí pronunciarlas, mi corazón las sintió de verdad y te sostuve la mano mientras te miraba sonriente.

Créeme, serán las palabras más sinceras que oirás. No suelo decir cosas que no pienso y mucho menos que no siento. Y te confieso que a veces siento que no son suficientes las palabras que existen para demostrar todo el amor que te tengo. No se puede jugar con los sentimientos de las personas, y sé que una relación así nunca sería suficiente para mí y, desde luego, tampoco lo sería para ti. Por eso llegaste a mí.

... con toda sinceridad, amor, sé lo difícil que puede ser realizar lo que tú, con tanto amor, has hecho conmigo; alguien que tiene tantas facetas tan tiernas y otras tan contradictorias, tan indestructibles y tan vulnerables.

Decidí esperarte porque quería encontrar a alguien que, como tú, me ayudara a aprender el verdadero significado de amar y todo lo que eso implica. Quise esperarte para poder echarme a tu lado y hablar contigo sobre ti, sobre mí y nosotros, sobre lo que fuiste, lo que eres y lo que deseas ser a nivel personal y a mi lado.

Por eso quiero conocer tus mayores anhelos, tus mayores sueños, tus mayores ilusiones, y ser parte de tus mayores alegrías. Quiero, con el pasar de los años, seguir a tu lado y ayudarte a alcanzar todas tus metas. Decidí

esperarte porque también quiero crecer al lado de alguien como tú.

En ese entendido, deseo explicarte todo lo que soy, todo lo que fui y todo lo que quiero ser, y que así, poco a poco, tú solito vayas descubriéndome. Quiero mostrarte quién soy, con mis dilemas, con mis miedos, con mis fracasos, con mis logros, y, sobre todo, quiero tener la libertad de mostrarte mi complejidad, una complejidad que, al abrazarla, convertirás en algo simple y que sólo tú vas a comprender.

También quiero que sepas que decidí esperarte porque, a pesar de no conocerte, había desarrollado ya un grandísimo interés por escuchar todos tus miedos, todas tus decepciones, todo lo que alguna vez causó tu llanto. De esa forma, beso a beso, iría borrando tus marcas, esas que no dejaron huellas en la piel, pero sí en el alma. De esa forma podría curarlas, de esa forma las cambiaría por instantes de felicidad mutua.

Te digo también que estaré allí para llorar contigo y tomar tu mano si la ocasión lo requiere. Por experiencia, sé muy bien lo difícil que es mostrar las propias debilidades, lo difícil que es abrir el alma, la mente, el espíritu, y mostrar lo vulnerable que puedes llegar a ser, a pesar de lo fuerte que puedas mostrarte en apariencia.

Quiero conocer tu lado malo, el menos lindo, ese que crees que no inspira amor y que no puedes mostrar por temor. Quiero que sepas que amaré hasta tu sombra, ya que amar significa aceptar, y me gusta la idea de aceptar quién eres, tanto como la idea de mejorar para ti, mejorar juntos en vez de intentar cambiarnos pues, para mí, ésa es la única manera de amar.

Decidí esperarte porque sabía que estabas ahí, en algún lugar del mundo, esperándome también para aceptarme como soy, con mi manera de reír cuando nadie me ve, con mis libros, mis metas, mis rarezas, mis pasiones y con todo aquello que ni yo mismo acepto sobre mi persona.

Y, ¿sabes?, te digo todo esto porque si ahora te llamo “mi amor” es porque, sin esperarlo, lograste llegar a mí. Lograste esquivar los grandes muros que resguardaban mi corazón, mi mente. Si lograste llegar tan lejos es que eres tú, eres lo que tanto esperaba. Por eso te digo, sonriendo como un loco, que sí, valió toda la pena. Qué afortunados.

Cuando te hice el amor

Un día va a llegar alguien que te haga querer quedarte para besarlos mucho más allá del cuerpo, alguien que te haga querer fundirte en su alma y que te revele misterios que no conocías. Un día...

De repente llega un momento en el que haces el recuento de los daños. Te haces consciente de cuántas pieles has besado y con cuántos amores de una sola noche has compartido la cama. Pueden parecer muchos o pocos, pero todos tienen algo en común: ninguno se quedó lo suficiente para despertar en ti las ganas de querer hacerle el amor.

Después de hacer ese pequeño alto en el camino decides continuar, pero algo en ti ha cambiado, algo que te invita a hacer las cosas de forma diferente para no repetir historias del pasado. Así, continúas avanzando y, de pronto, la vida decide ponerte a alguien en el camino. Ese alguien marca un antes y un después, porque no se compara con nadie que hayas conocido en el pasado y, de hecho, te hace sentir cosas que jamás hubieras imaginado experimentar.

Entonces empiezas a cambiar la idea del sexo fácil y vacío por la idea de hacer el amor con alguien que también quiera hacerlo contigo. Entiendes que hacer el amor es un acto que va mucho más allá de la piel y de los sentidos, algo que trasciende las barreras de lo tangible y que sólo puede ser comprendido por el corazón.

Con eso en mente, te encuentras con alguien distinto y que te da motivos para besarle mucho más que la piel. Y, de pronto, ¡plop! Te sinceras y determinas en ese justo instante que no quieres sexo con esa persona; quieres hacer el amor, porque lo necesitas y porque algo dentro de ti se muere por saber lo que se siente vivir esa experiencia.

Al cabo de un tiempo, y después de montarte en ese tren que te lleva por el camino de “hacer las cosas bien”, comienzas a entender que hacer el amor implica algo más profundo que quitarle la ropa a alguien y desnudarle la piel. Es más bien darle la certeza de que es y será el único al que quieres hacer sentir seguro. Es hacer todo lo posible por aprender cómo es y conocer desde cosas tan pequeñas como su canción favorita o la forma en la que le gusta el

café hasta cosas más grandes y complejas como sus miedos, sus deseos y proyectos.

... es el amor quien disipa los telones y abismos para que los únicos silencios que existan sean esos en los que no hace falta más que una mirada y un beso para decirse todo.

Hacer el amor es un asunto que rebasa los límites de una cama. Es un acto de dimensiones tales que es imposible contenerlo y mantenerlo bajo un par de sábanas. Es poner de tu parte y saber que el otro pone de la suya para hacer que funcione, porque ambos entienden que hacerlo significa darse motivos para permanecer juntos.

Así es como entiendes que hacer el amor no es algo físico o carnal porque es llevar a cabo esas pequeñas cosas que el otro espera que hagas sin necesidad de pedir las, pues las haces por voluntad y por el gusto de sorprenderlo.

Hacer el amor es, sí, poner de tu parte porque al fin comprendes lo afortunado que eres al encontrar tu equipo en alguien más, alguien a quien amas tanto y a quien quieres darle la seguridad de estar ahí hoy, mañana y siempre, alguien a quien no piensas dejar solo, a la deriva, cargando el peso de un barco que es para dos, pues ambos deben mantenerlo a flote.

De esa forma comprendes que el sexo es sólo el medio, un canal para expresar todo lo que descubriste de esa persona antes de hacer el amor. Y luego ocurre lo que pocos viven: después de hacer el amor, no eres tú ni el otro quienes realmente lo llevan a cabo. Ahora, con todo lo aprendido, es el amor quien los hace a los dos.

Ahora que sé tu nombre

Y fue en tu anonimato que aprendí a esperar. Y, mientras, decidí ponerte un nombre. Así fue como comencé a llamarte Mi amor.

Antes de ti he conocido muchas cosas. O creía conocerlas. Fui de un lado a otro explorando sensaciones y saciando mi curiosidad por el mundo, la gente, la vida y el amor. Durante todo ese tiempo, fuiste un espejismo. Una idea vaga que con frecuencia venía a mi cabeza y que yo procuraba abrazar cada que podía. Te contemplaba unos instantes y luego te dejaba ir así, difuso, sin forma..., sin nombre. Pero con la certeza de que existías en alguna parte.

Después continué caminando por el sendero de mi vida que, tras llevarme por algunas experiencias, decidió cambiar la ruta y cruzar mi camino con el tuyo. Caminos que al cruzarse hicieron desaparecer el “tú” y “yo” por separado, para comenzar a crear un “nosotros”.

Entonces, un día en que no esperaba que la vida me sorprendiera contigo, por fin supe tu nombre y el anonimato se esfumó. Supe tu nombre y todo aquello que yo había imaginado, incluso desde antes de conocerte, comenzó a tener forma y color. Supe tu nombre y de inmediato lo incluí en mi lista de palabras favoritas para pronunciar.

Me gustó la emoción de al fin poder ponerle nombre a ese anónimo que desde siempre supe que existía. Ahora que lo sé, me gusta repetirlo en voz alta y para mis adentros. Lo repito en silencio cuando no estás cerca para sentirme contigo. Conozco tu nombre y ahora me gusta que aparezca en la pantalla de mi teléfono y también que venga a mi mente cuando escucho alguna canción. Me gusta verlo ahí, con letras grandes y enmarcado.

Ahora sé tu nombre y sé que combina bien con el mío. Que no es solamente un nombre, es también el valor que hay detrás de él y que yo le he dado por las razones y motivos que me regalas a diario para hacerlo.

Me gusta que sean mis labios los que has escogido para pronunciar tu nombre.

Ese nombre que, aunque corto, provoca en mí emociones gigantescas, tan grandes que no puedo cargarlas yo solo. Por eso las comparto contigo, porque también son tuyas. Te pertenecen. Y ya entendí que eres tú, sólo tú, vida mía, el único a quien quiero entregarle todo lo que siento.

Ahora sé tu nombre y mis labios ya no tienen ganas ni interés en pronunciar otro que no sea el tuyo, porque no sabría igual. Porque todo esto —cada emoción, cada sensación y todo el calor que me recorre el cuerpo cuando tus ojos me ven y tus manos me tocan— lleva ya incrustados tus apellidos. Y nada ni nadie los podrá borrar.

Ahora que vuelves a sonreír

La felicidad no es un lugar al cual llegar o una meta que alcanzar. La felicidad es lo que haces cada día a cada instante y lo que tú quieres que sea. Así que tómala porque ya la tienes, está aquí y ahora.

Finalmente lo lograste y aquí estás, siendo alguien totalmente diferente de la persona que eras antes de abrir este libro. Y qué bueno. Con el tiempo has aprendido que cambiar es bueno y le perdiste el miedo a aquello de ti que no lograbas o no querías comprender.

Te has unido a esa lista de los que atravesamos tormentas y huracanes y logramos salir victoriosos. Y tal vez no sabías cómo ni dónde empezar, pero te enfrentaste a lo que creías que era más grande que tú. Y lo venciste. Has aprendido tanto en el camino y todo te ha servido.

Soltaste lo que tenías que soltar y te alejaste de lo que te tenías que alejar a pesar de lo mucho que seguro dolió. Eso, en mi opinión, sólo lo hacen los valientes, valientes como tú que, sin importar lo vivido, se dan el permiso de sonreír otra vez, a pesar de haber jurado nunca más volver a hacerlo. Y aquí estás, más fuerte, menos triste y más sonriente.

El sociólogo Zygmunt Bauman decía que la felicidad no es tener una vida sin problemas, sino la superación de éstos. Afirmaba que sortear esos obstáculos da una dicha y una alegría que no pueden tasarse con ningún precio de mercado, porque las cosas que verdaderamente nos dan felicidad en la vida no pueden comprarse. En tu caso, haber superado todos esos líos amorosos y reconstruido lo que estaba roto en ti es algo que en ninguna tienda hubieras podido encontrar, algo que no cualquiera logra terminar.

Ahora que lo conseguiste y sonríes de nuevo, ya no busques la felicidad: créala. Haz que tu felicidad sea lo que tú quieras que sea para ti, antes que para alguien más. Ya sabes lo que es abandonarse para acompañar a otro. Has probado lo amargo que sabe la ausencia de ti mismo y también viviste en carne propia lo terrible de la soledad aun estando en compañía de alguien que, al final, jamás estuvo contigo. Haz que todo eso no sea en vano y jamás regreses a esos lugares.

Mejor regresa a ti. Has pasado mucho tiempo fuera de ti. Estuviste demasiado tiempo lejos de tu centro y ni siquiera te diste cuenta del momento en el que te perdiste. Vuelve a ese lugar que ya habías conquistado antes de irte a conquistar el reino de alguien más, que, como ves, decidió abdicar y continuar su camino para comerse el mundo sin ti.

Por eso debes volver a ti. Para recuperar tanta fuerza y energía que has gastado moviendo montañas por las personas incorrectas. Tantos besos y abrazos que diste a manos llenas y que bien pudieron ser de alguien más que sí los cuidara. Por eso regresa y date un tiempo fuera. Vuelve a ser tú.

Que tu felicidad sea para ti antes de que sea por y para alguien más. Que nadie pueda arrebatártela porque es tuya y quien la merezca jamás va a quitártela a la fuerza. Pero, sobre todo, que el amor que generes para ti sea tan bueno que puedas compartirlo con quien quieras y cuando quieras.

Vuelve a escuchar las canciones que cantabas al caminar y que te recordaban lo bien que se sentía ser tú. Por favor regresa y recuerda a qué sabe la felicidad, esa felicidad que conquistaste sin ayuda de nadie. Lee de nuevo esas historias que leías los domingos por la noche antes de dormir y te hacían ver que estar contigo también era buena compañía. Vuelve a ti y a esa vida que dejaste antes de partir, que era tuya y te sabía bien.

El amor no es algo que pueda encontrarse. Es algo que siempre necesita hacerse de nuevo y rehacerse día a día, hora a hora; resucitarlo constantemente, reafirmarlo, atenderlo y preocuparse por él. Eso también lo decía Bauman, y tiene razón. Es lo que has aprendido en el viaje a lo largo de estas páginas. Te acompañé a atravesar ese enojo inicial, pasamos por tus miedos y decepciones, pero también por las verdades que no habías querido reconocer, y juntos llegamos hasta aquí. Lograste convertirte en todo, menos en el monstruo o monstruos que te lastimaron. Ésa era la meta. Así que es

buena idea que ese amor comience por y para ti antes de hacerlo para alguien más. Resucítalo, reafírmalo y atiéndelo para que luego puedas hacer lo mismo para otros.

Ahora recupérate. Date un respiro que te permita reconstruirte y tomar impulso de nuevo para que puedas volver al ruedo con más ganas, pero menos necio y más sabio. Para que lo intentes otra vez, pero ahora según tus propias reglas, a tu tiempo y a tu ritmo.

Por favor vuelve a ser tú, para que recuerdes lo bien que se siente ser tuyo antes de ser de alguien más. Vuelve a usar colores claros y no olvides ese sabor que deja la felicidad. Hazte un favor: deja esa sonrisa dibujada en tu rostro y cuídala porque es tuya. Cuídala porque no sabes lo bien que se te ve la felicidad.

Que éste no sea el fin sino el inicio de una historia, contigo o con alguien más, no importa, pero que sea tuya y que sea feliz. Que sea una historia que te guste escribir y leer, una en la que tú seas el protagonista. Ya si en el camino aparece alguien que quiera protagonizarla a tu lado y te haga desear que así sea, entonces inclúyelo en tu guion. Pero recuerda siempre que ésta es tuya, así que ámala con todo y sus comas, signos de interrogación, puntos suspensivos y, claro, sus puntos y aparte, porque son éstos los que abren paso a nuevos y mejores capítulos, a más experiencias..., con más vida.

Vive tu historia hoy, mañana y siempre.

AGRADECIMIENTOS

Este libro representa muchas cosas. Personalmente, abarca todas las decisiones que al principio temía tomar, pero que al final resultaron bien porque fueron las correctas, aunque yo no lo supiera en su momento. Es también el trabajo de muchas personas que a lo largo del camino me regalaron su tiempo, su talento, su creatividad y entusiasmo para que fuera posible, y por eso es un logro compartido que merece ser reconocido y agradecido.

Primero a mis padres, por su apoyo y aliento constante. Porque su mayor ayuda en este proceso fue estar siempre presentes. Porque sin ellos, probablemente no sería la persona que soy ahora.

A mi querido amigo Alan Viruette, por motivarme a tocar esa puerta que esta vez sí se abrió y fue el inicio de este viaje. A Dania Mejía, mi editora y ahora amiga, por su confianza en mi talento, por su humor y por las buenas charlas de sobremesa en cada reunión. También por su guía y su profesionalismo que han hecho brillar este trabajo aún más. Al maravilloso e inigualable equipo creativo de Penguin Random House, por colorear y vestir estas páginas, logrando que las letras escritas en ellas se vieran todavía más guapas. A Iratxe López de Munáin, por su gran trabajo de ilustración en la portada, me encantó. A los directivos de la que ahora es mi casa, por confiar en mi trabajo y darme la oportunidad. A todos los que han estado involucrados indirectamente y también han aportado.

Y desde luego, gracias infinitas a ustedes, mis lectores, mis “soperos”, por estar conmigo desde el principio y ser mis compañeros de ruta. Este trabajo es más suyo que mío y lo entrego a ustedes porque, en parte, son las historias

que han compartido conmigo lo que me ha inspirado a lo largo de todos estos años a poner en letras ese mundo de emociones que por fin logré juntar y ahora puede ver la luz. Son ustedes los que en realidad me han curado a mí más de una vez. Gracias a todos los que han estado, los que están y los que estarán. Esta estación no es el destino final, es tan sólo la primera parada de ese viaje que tantas ganas tenía ya de emprender y que al fin ha comenzado. Un viaje que desde luego juntos vamos a recorrer.

**El arte de dar vuelta a la página.
Porque enamorarse (otra vez) está chingón.
Para aquellos que aman todo el tiempo, los que alguna vez han
desfallecido de amor y, aun así, siguen creyendo.**



Deja de sentirte roto y vive completo, dispuesto a encontrar a otros seres completos. Tú sabes que hay verdades incómodas, incluso imprudentes pero... necesarias. Te revelan lo que necesitas oír y no lo que tu fantasía te dicta. Podrás reír, llorar y hasta querrás tirar la toalla, pero algo es seguro: después de leer este libro no serás la misma persona. Si te hacen falta unas cuantas puntadas, estas páginas serán tu mejor sastre.

**Sí hay vida después de un amor furioso e ingrato, incluso hay mucho más
y mejor amor.**

ALEX TOLEDO

Se curan rotos, descosidos y deshilachados

Primera edición: octubre, 2018

D. R. © 2018, Alex Toledo

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Iratxe López de Munáin, por la ilustración de cubierta
Diego Medrano e Iratxe López de Munáin, por el diseño de forros

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-270-7

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

Introducción

I. POR SI QUEDÓ ALGO QUE DECIR, ¡ESCÚPELO!

Cuando te fuiste y me sobró amor para darte

Carta para el que te dejó ir

Sin embargo, te extraño

El “malo” del cuento

Saludos a tu nuevo amor

Carta para el chico bueno que se fue

Carta para el monstruo que te lastimó

Déjame dejarte

Siempre te voy a querer

II. PEDRADAS Y LO QUE NECESITAS LEER (ES POR TU BIEN)

Cuando te rompen el corazón

No quiero ser como tú

Deja de buscar el amor

Algo llamado amor

Coleccionista de nombres

A todos los complicados

No desaparezcás por amor

Confesiones de un hombre que maduró
No te conformes con cualquier amor

III. EL ARTE DE DAR VUELTA A LA P*%@ PÁGINA

Vamos a darnos un tiempo
Cuando te cansas de esperar
Ya no quiero ser el otro
Me libero de ti
Afortunadamente no eres tú
Dicen por ahí
Mis días sin ti
Ya no me ardes
Nunca te voy a dar una segunda oportunidad
A los fantasmas de mis ex
Ya no quiero desperdiciar mis “te quiero”
No esperes que te espere
Los amantes pasajeros
Ahora que te vuelvo a ver
Hoy no tengo ganas
Querido futuro amor

IV. PORQUE ENAMORARSE (OTRA VEZ) ESTÁ CHINGÓN

Ahora sí, enamórate sin miedo (otra vez)
Los valientes como tú
Enamórate hasta que te salga bien
Hola, extraño
A quien corresponda
Búscate un amor libre
Enamórate sólo cuando encuentres a alguien así
Alguien complicado es lo correcto para ti

V. BIENVENIDO OTRA VEZ A ESE LUGAR

Nuestro primer café
No quiero decirte que sí
Sin planes por el momento
Si decido quedarme
Vamos a tener algo
No te quiero todavía
Y entonces te encontré
Cuando decidí esperarte
Cuando te hice el amor
Ahora que sé tu nombre

Ahora que vuelves a sonreír
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos